

NOTICIAS HISTÓRICAS

del glorioso mártir

SAN NARCISO

Obispo y Patrono

de

GERONA

recogidas y ordenadas

por

JOAQUÍN FABRELLAS Y AGUSTI



GERONA

TIPOGRAFÍA DE MASÓ

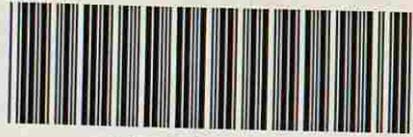
33, BALLESTERIAS, 35.

1901

C. 1
F. 3
BX4700

ICIAS HISTÓRICAS DE SAN

MARKCISO



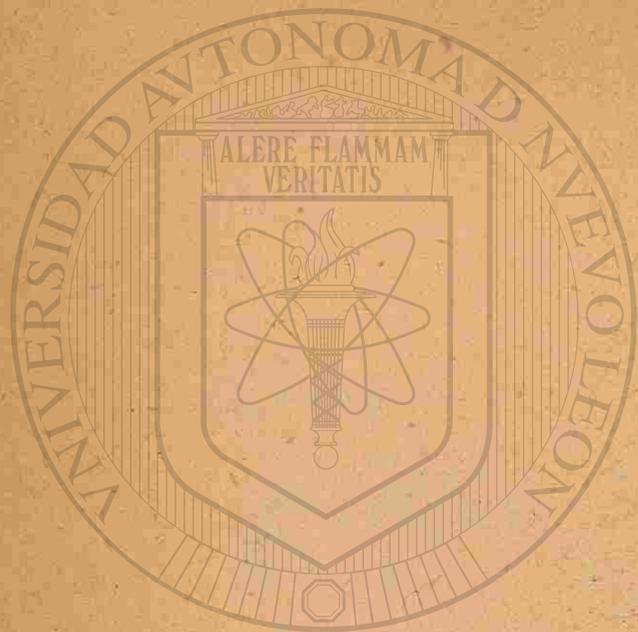
1080021258



NOTICIAS HISTÓRICAS
de
SAN NARCISO.



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



NOTICIAS HISTÓRICAS

del glorioso mártir

SAN NARCISO

Obispo y Patrono

de

GERONA

recogidas y ordenadas

por

JOAQUÍN FABRELLAS Y AGUSTI



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Alfonsina y Torres

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GERONA
IMPRESA DE MASÓ
33, BALLESTERIAS, 35.

1901

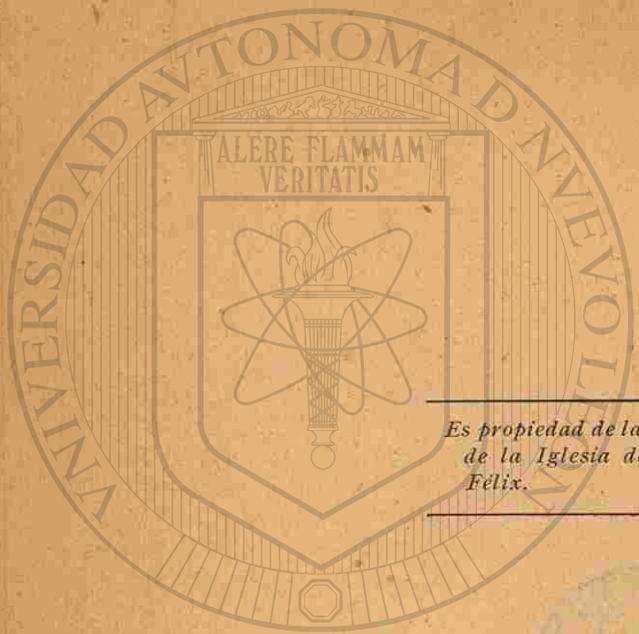
45674

V
922
N

EX 4700

H3

F3



Es propiedad de la Obra
de la Iglesia de San
Félix.



FONDO HISTÓRICO
VALVERDE Y TELLEZ

CENSURA

Excmo. é Ilmo. Sr.

En cumplimiento de la honrosa comisión que V. E. I. ha tenido á bien confiarme, he leído detenidamente el manuscrito titulado *Noticias históricas del glorioso mártir San Narciso, Obispo y Patrono de Gerona*, debido á la docta pluma de D. Joaquín Fabrellas y Agustí, y me cabe la alta satisfacción de manifestarle que no he hallado cosa alguna opuesta á la doctrina y moral católica en ese breve pero bien pensado trabajo, destinado á ensalzar y perpetuar la veneranda memoria de nuestro insigne Patrono, á quien debe no pocas páginas brillantes la gloriosísima historia de nuestra amada patria catalana.

Dios guarde á V. E. I. muchos años.

Gerona 17 de Abril de 1901.

JOSÉ POU Y BATLLÉ, *Pbro.*



Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Gerona.

009111



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO
del
OBISPADO DE GERONA

En la instancia de V. pidiendo permiso para la impresión y publicación del opúsculo titulado *Noticias históricas del glorioso mártir San Narciso, Obispo y Patrono de Gerona*, ha recaído el decreto siguiente: "Gerona 30 de Abril de 1901.—En vista de la favorable censura que ha merecido el opúsculo de que se trata, concedemos Nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse, previniendo que se inserte esta licencia al principio ó final del opúsculo y que oportunamente se remitan dos ejemplares impresos del mismo á Nuestra secretaría de cámara y gobierno.—† TOMÁS, OBISPO DE GERONA."

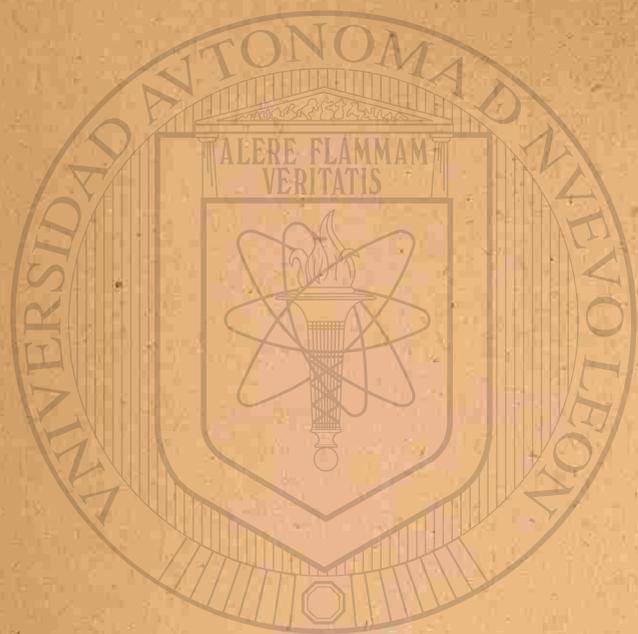
Y lo traslado á V. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde á V. muchos años.

Gerona, 30 de Abril de 1901.
RAFAEL HORTAL, *Pbro. Scio.*



Sr. D. Joaquín Fabrellas y Agustí, vecino de esta ciudad.



Prólogo y protesta

La historia del insigne mártir San Narciso, obispo y patrono de la ciudad de Gerona y su Diócesis, no es de aquellas que pueden presentarse con la riqueza de pormenores y exactitud de detalles que dan á su objeto el carácter de relato enteramente cierto é incontrovertible. Lo remoto de los tiempos á que debe referirse, la escasez de documentos que puedan considerarse auténticos y la larguísima serie de vicisitudes por que ha debido pasar esta región de la península ibérica antes de llegar á constituir la nación catalana, son causa natural y lógica de esa especie de niebla que envuelve su historia en todo aquello que alcanza más antigüedad que la Edad media. A pesar de ello, no existe fundamento bastante para negar en absoluto la verdad de todo lo que se halla

escrito acerca de aquella remota época, ni siquiera para ponerlo todo en duda racional y perfectamente justificada. Porque, si bien es cierto que en este punto reina la oscuridad y confusión que tanto es de lamentar, no puede con todo decirse absolutamente que todo sea negación y tinieblas impenetrables: algunas brillantes ráfagas de luz permiten distinguir algo importante á través de la noche de los tiempos antiguos. Y esto que en general puede afirmarse respecto de la historia de Cataluña, puede también aplicarse en particular al asunto que forma la materia de este opúsculo. Aunque los datos son relativamente pocos, y no todos aceptables, algo se encuentra no obstante en el dilatado campo de las antiguas y modernas crónicas.

Las primeras noticias de la vida y martirio de San Narciso campean con admirable armonía en los viejos breviarios gerundense, barcinonense y augustano, dónde han de suponerse cuidadosamente recogidas, para las lecciones del rezo y sagrada liturgia, de tradiciones y monumentos que debieron reputarse fidedignos. Viene luego la correspondencia que medió en el siglo XI entre ilustres Prelados de Augusta y Gerona, pidiendo y comunicando noticias de un Santo, á quien ambas iglesias justamente veneran como apóstol y doctor insigne de las mismas. Al propio tiempo aparecen las Actas de la

Conversión de Santa Afra, admitidas como antiquísimas y fehacientes por los más autorizados críticos y cronistas. Del mismo siglo es un notable sermón del abad-obispo ausonense Oliva, del que se guarda copia en el archivo de la S. I. Catedral de Gerona. Y posteriormente, además de un *Compendio* de la vida de San Narciso, de fecha menos antigua, existen las relaciones y notas de Papebroquio, Tillemont, Baronio, Tamayo de Salazar y otros ilustres críticos; las colecciones de los Padres Bolandos; varios martirologios y crónicas, y muchísimas obras de notables escritores, que acogen el relato de aquellos antiguos documentos y los reproducen, ordenan y comentan, sin que ninguno de ellos ponga jamás en duda lo fundamental de tan importante historia.

Verdad es que todos esos interesantes documentos se limitan á recojer ó, cuando menos, á parafrasear unos mismos datos, que desde luego acusan idéntico origen; pero esta misma uniformidad y mesura les comunica un carácter tal de probabilidad y casi certeza, que los hace enteramente aceptables. Con ellos pudieron muy bien tejer su historia de San Narciso los eruditos padres Juan G. Roig y Jalpí y Onofre Relles, que casi á un tiempo la escribieron durante el siglo XVII; pero, no quisieron estos autores contentarse con lo que la antigua tradición

había trasmitido y que debió parecerles poco, y para rellenar en lo posible tantas lagunas que hallaban en un asunto por ellos tratado con decidido empeño, no rehusaron admitir como buenas y verdaderas muchísimas noticias sacadas de extraños cronicos, que la sana crítica ha debido relegar al montón de las historias fabulosas. Quizá esta circunstancia fué causa de que sus escritos hayan alcanzado muy poca circulación.

No hay noticia de que, durante el siglo XVIII, se publicase nada nuevo respecto de San Narciso; antes, al contrario, á fines del mismo siglo un ilustre miembro del Cabildo Catedral de Gerona, el Dr. D. Francisco Javier Dorea, escribió una erudita colección de noticias relativas á los Mártires gerundenses, y en ella más bien se propende á cercenar de la historia del santo Patrono de Gerona algo de lo que desde un principio se había admitido como tradición constante y uniforme.

Por esto sin duda el ilustrado catedrático de Letras humanas y beneficiado de la propia Iglesia Catedral, Dr. D. Ciro Valls y Geli, en el prólogo que puso al frente de un libro en que aparecieron reformados los devotos ejercicios del novenario de San Narciso, cuando la traslación del santo cuerpo á la nueva capilla en 2 de Septiembre de 1792, manifiesta que, á pesar del deseo que tenía

de presentar al público la historia del santo Mártir, hubo de decidirse á suprimirla, por considerar generalmente sabidas las noticias que contienen los documentos y autores antes citados; y añade que, á su ver, daría poquísima satisfacción una historia en que necesariamente han de quedar muchos y lamentables vacíos, á menos que nuevos descubrimientos ofreciesen nuevas especies que pudieran ilustrarla.

Desde entonces, ha transcurrido con exceso un siglo, y nada nuevo á venido á disipar las indicadas dudas y llenar los expresados vacíos; siendo, por lo mismo, imposible salvar los inconvenientes que retrajeron al docto catedrático de dar á la estampa un trabajo que consideró de escaso resultado.

Estas consideraciones darán al lector la medida de la verdadera dificultad que se atraviesa en el camino de quien se proponga recorrer los anales y antiguas crónicas en busca de datos con que hilvanar tan sólo un bosquejo de la historia de un Santo mucho más célebre y conocido por los hechos posteriores á su muerte, que por las circunstancias de la época en que desempeñó las funciones de su apostólico ministerio. Por esto quizá ningún otro escritor ha querido ocuparse en repetir lo que de mucho antes estaba escrito y más ó menos divulgado.

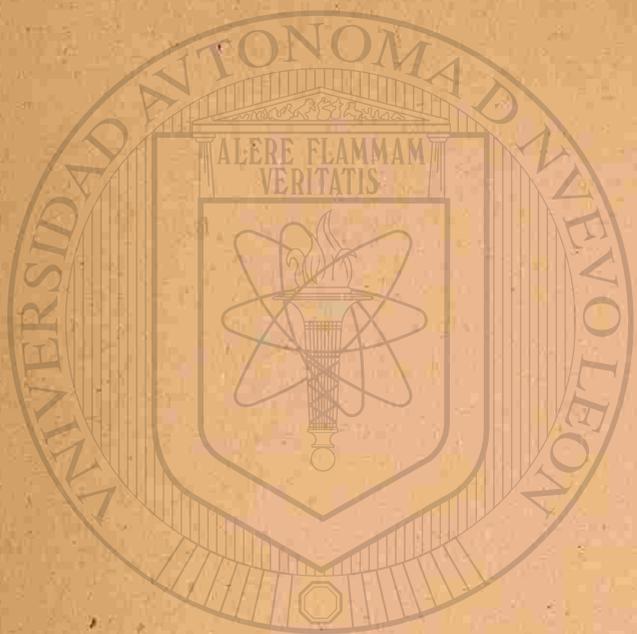
Por mi parte, confieso ingenuamente que

no me sentiría con fuerzas para acometer una empresa de sí tan árdua y dificultosa, si no hubiese podido hallar ya bastante trillado el camino, merced á los esfuerzos de los autores que de jo citados; y solamente me anima á intentarlo la idea de que, en realidad, más bien que componer una historia, voy á limitarme á entresacar y coleccionar noticias de otros autores que me ofrecen ya perfectamente delineado el fondo del asunto. Por este motivo, no me atrevo á dar al presente opúsculo el título de historia ó vida de San Narciso, sino tan sólo el de colección de noticias referentes á la misma; quedando al fin reducido mi trabajo á facilitar á la generalidad de los lectores el conocimiento de lo contenido en viejos libros, que de día en día van quedando más hondamente sepultados en los rincones de antiguas bibliotecas. Sé de antemano que me es imposible ser original, y no abrigo otra pretensión que la de presentarme como mero copista ó, á lo sumo, ordenador de los datos recogidos.

Si en esta humilde labor tengo ó no acierto, podrá apreciarlo el discreto lector, á quien ruego encarecidamente que, haciéndose cargo de que el principal móvil que guía mi pluma es la buena voluntad, unida al ardiente deseo de la mayor gloria de Dios, por medio del acrecentamiento de la fé y devoción de los fieles hácia el santo Mártir, di-

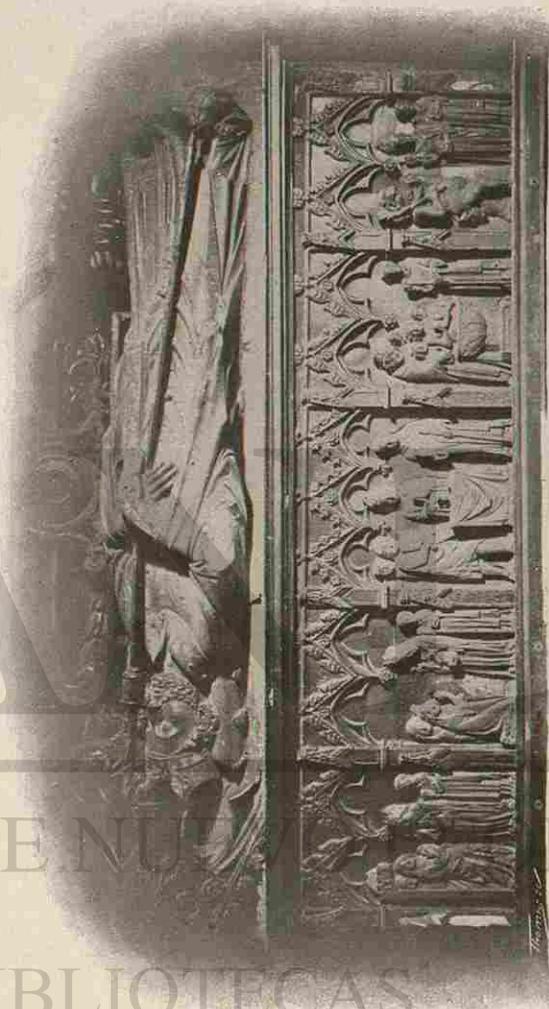
simule caritativamente los muchos defectos que ha de encontrar en este libro, y atienda solamente á la sinceridad del intento que me anima de hacerlo útil para el bien espiritual de cuantos se dignen recorrer sus páginas.

Y por lo que toca á la verdad y exactitud de los conceptos en él vertidos, cúmpleme consignar que procuro en todo atenerme á las opiniones ó conjeturas que se presentan revestidas de mayor grado de certeza ó probabilidad, con arreglo á los preceptos y observaciones de la sana crítica; y teniendo en consideración la índole de mi trabajo, y obedeciendo á los decretos de los Romanos Pontífices, muy particularmente al de N. S. Padre Urbano VIII, de feliz memoria, expedido en la Sagrada Congregación de la Universal Inquisición en 13 de Marzo de 1625, no quiero poner fin á este discurso preliminar sin formular, como en efecto formulo, mi más firme protesta de que, en todo cuanto voy á referir y comentar respecto de hechos extraordinarios y prodigiosos, no es mi ánimo adelantarme al juicio de la Sede Apostólica, calificando de milagro aquello que la Iglesia no tiene declarado como tal, ni pretendo para ello mayor crédito que el de una fé humana, fundada en la autoridad de los escritores que lo refieren; en todo lo cual me sujeto gustosísimo á la censura de nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica, romana, bajo cuya obediencia vivo y quiero morir.



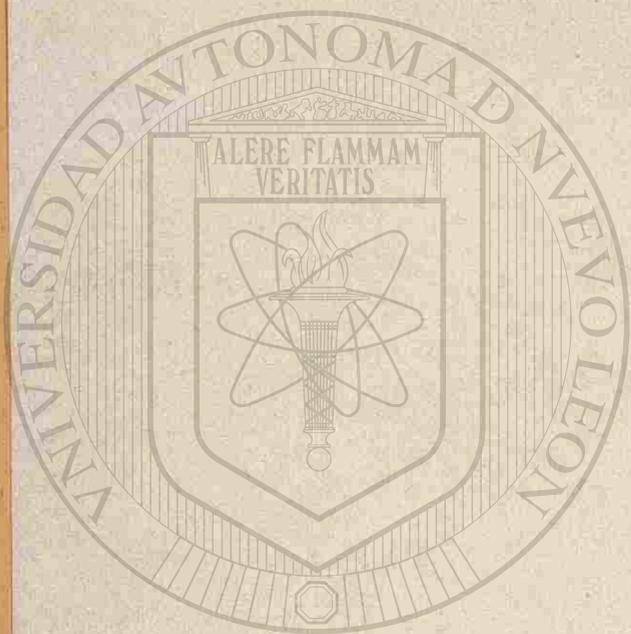
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ANTIGUO SEPULCRO DE SAN NARCISO
(Obra del siglo XIV)





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO PRIMERO.

Preliminares

Antes de emprender la tarea de poner en orden la colección de noticias que hemos podido recojer en diversos autores acerca de la vida, martirio y celebridad del excelso Patrono de la ciudad y diócesis de Gerona, parecénos oportuno trazar á grandes rasgos un sencillo bosquejo de lo que podríamos llamar historia de los primeros tiempos de esta población por muchos conceptos ilustre y celebrada, hasta llegar á la época en que floreció en ella el insigne varón apostólico cuyas glorias nos proponemos narrar en las presentes páginas.

No cabe dudar de que Gerona sea una de las ciudades más antiguas de la península ibérica, que en sus comienzos se llamó Hesperia y más tarde Hispania, ó España, como aún hoy se la nombra; y á tan remota época alcanza su antigüedad, que su fundación, lo propio que la etimología de su nombre, no

son cierta y exactamente conocidas, explicándose sólo por medio de oscuras y dudosas tradiciones, calcadas indudablemente sobre las fábulas que cantaron en inmortales versos los poetas de Grecia y Roma.

La mayor parte de los cronistas que han pretendido esclarecer la densa noche de los primeros tiempos de Gerona, apoyándose en antiguas tradiciones admitidas por escritores de la talla del P. Mariana, Ponce de Icart, Beuter, Pujades, Boades y otros, afirman que su primer fundador fué Gerión, natural de la Libia, según unos, y, según otros, de la Mauritania, añadiendo algunos que este personaje semi-mitológico considerado como rey de toda la península ibérica, era descendiente del rey Beto, último de la línea de Túbal, nieto del patriarca Noé (1). Según ellos, Gerión vino á desembarcar en las costas del que fué después territorio del Rosellón y punto donde termina en el Mediterráneo la cordillera pirenaica, y dicen que en una de las vertientes de aquellos ásperos riscos fundó la histórica población de Coblliure (*Caucoliberis*), internándose luego y subiendo hácia las montañas que circuyen el

(1) Véase en la sagrada Biblia el libro del *Génesis*, capítulo X, v. 2.—Según unos, de Túbal procedieron los iberos que moraban á la otra parte del Ponto Euxino; y otros con San Gerónimo sostienen que de aquel procedieron los españoles, antiguamente llamados iberos.

extremo septentrional de la que fué más tarde comarca emporitana ó ampurdanesa, y pasando después á edificar una torre que vino á llamarse Gironella, en el mismo sitio que ocupaba en Gerona la fortaleza de igual nombre, reducida á escombros al principio del siglo pasado por los salvajes ejércitos de Napoleón I. Aquella torre, construída en la pendiente de una enhiesta colina cuyos piés besan las aguas del Onyar, fuerte é inexpugnable por su posición natural, dió motivo á que fuesen reuniéndose en torno de ella los primeros pobladores de Gerona unos novecientos años antes de la Era cristiana.

Después de la muerte de Gerión, sucedieron en el reino sus tres hijos conocidos también por Geriones ó Lomnimios, nombre que se les aplicó para designar su esfuerzo, rectitud y uniformidad en el gobierno; y éstos comenzaron la edificación de lo que había de formar la ciudad, extendiéndola cuesta abajo en dirección al río y cercándola de fuertes muros que vinieron á encerrar un recinto de forma triangular, reforzado en sus ángulos por toscos y macizos torreones (1).

(1) Los restos de antiquísimas murallas que todavía pueden verse en diferentes puntos de la calle ó subida de Alemanes, sobre el derruido edificio que fué Universidad literaria, en la calle de la Escola Pía y entre algunas casas de la calle de la Forsa y las de la calle de Ballesterías, indican perfectamente el circuito de la primitiva ciudad.

Hasta aquí la tradición referente á los tiempos que podríamos llamar fabulosos, por virtud de la cual conjeturan algunos que la ciudad, ó siquiera la torre Gironella, existía ya cuando los fenicios arribaron á las playas de nuestra península y trajeron á Cataluña los primeros gérmenes de civilización; y como aquellos advenedizos importarían probablemente acá el culto que á Hércules se tributaba en Egipto, Tiro y otros puntos de Oriente, podría esa circunstancia haber dado origen á la fábula que representa á aquel héroe como vencedor de Gerión, forma monstruosa de tres cuerpos, (1) con que quiso designarse la mancomunidad de ideas y acción de los referidos hermanos Lomnimos.

De estas mismas conjeturas coligen varios autores que Gerona debe á Gerión la etimología de su nombre; bien que otros, entre ellos el erudito Bullet y con él los padres Maurinos, atribuyen á aquel nombre distinto origen, haciéndole derivar de las voces célticas *Ger* y *Ond*, que, según afirma el primero en sus Memorias acerca del lenguaje de los celtas, significan "cerca de la confluencia" con que se señaló la posición de Gerona en las inmediaciones del lugar en

(1) *Forma tricornis umbrae.*—Virgilio, *Aeneidos*, libro VI.

que juntan su corriente los ríos Ter y Onyar. Aún se ha pretendido por otros etimologistas, asignar al nombre de Gerona otra procedencia, discurriendo que pudo primitivamente llamarse Gerhona, de *Gerhun*, voz fenicia que significa "indígena", ó de *Geron* ó *Geren*, palabra que en aquel antiquísimo idioma indica un país donde se cosecha abundancia de cereales; resultando de todo ello la completa imposibilidad de poner en claro un punto por tantos tan distintamente apreciado.

Sea lo que fuere de esas fábulas entrelazadas con datos más ó menos históricos por antiguos cronistas nacionales y extranjeros, y abandonando ya la nebulosa noche de los primitivos tiempos, podemos descender, avanzando en la marcha de los siglos, á un terreno más despejado y de más positivas noticias.

Después de la venida de los fenicios y de su establecimiento en todo el territorio que de su caudillo Hispalo recibiera el nombre de *Hispania*, llegó la época en que la potente armada cartaginesa aportó á las costas meridionales de nuestra península las formidables huestes que acaudillaba Asdrúbal y que, solicitando relaciones de fingida amistad, só pretexto de ejercer un tráfico comercial que no era su principal intento, dominaron en todo el territorio y se hicieron

señoras de sus pueblos, castigándoles severamente porque, en defensa de su legítimo derecho á la independencia, se levantaban en armas contra los fementidos invasores. Extendidos los dominios de Cartago hasta las comarcas septentrionales de España y acentuada ya la rivalidad entre el pueblo conquistador y el pueblo romano, sobrevino la muerte de Asdrúbal, á quien sucedió el grande Aníbal, que, enardeciendo con su valor indomable á las huestes africanas, atravesó con formidable ejército estas comarcas y abrióse paso á través de las fragosidades del Pirineo para cruzar el suelo meridional de las Galias, tramontar los Alpes y dirigirse por las llanuras de Etruria y los campos del Lacio á las puertas mismas de Roma. El choque de los dos pueblos rivales produjo una serie de guerras y trastornos que terminaron en España con la derrota de los cartagineses unos 200 años antes de la Era cristiana, en que tuvo complemento en estas regiones la dominación de los romanos.

Ya en aquella época suena en la historia del imperio latino el nombre de *Gerunda*, en el itinerario de Antonino, que la cita como 5.ª estación ó punto de descanso de la gran vía militar que, partiendo de Narbona, se dirige por *Juncaria* y *Gerunda*, siguiendo la parte oriental y marítima de Cataluña, hasta la 7.ª Legión Genuina, establecida en León.

Ptolomeo hace mención de *Gerunda* entre las principales poblaciones de la región ausetana, y Plinio la presenta como ciudad latina en el convento jurídico de Tarragona, adornada de los privilegios concedidos por el Senado romano á las principales ciudades de sus dilatados dominios.

Durante aquel tiempo, España siguió la suerte de las demás naciones sujetas al imperio de los Césares, y es natural que las supersticiones idolátricas de los romanos arraigasen en ella, á la par que sus costumbres y su modo de ser político fuesen amoldándose al carácter de aquella pseudo-civilización pagana. Mas, luego que el sol del Cristianismo comenzó á difundir sus benéficos rayos sobre la tierra, merced á la predicación de los Apóstoles, y los inspirados ecos de su voz evangélica se dejaron oír en esta parte occidental del antiguo continente, Gerona fué una de las primeras ciudades que abrazaron entusiastas la fé de Jesucristo. Una piadosa tradición, seguida por escritores autoradísimos, asegura que España pudo escuchar en los primeros años de nuestra Era la predicación de los apóstoles San Jaime ó Santiago el Mayor, San Pedro y San Pablo. El valioso testimonio de autores tan graves como San Isidoro, San Antonino de Florencia, Antonio Beuter, Vicente Belovacense, el Obispo Equilino, el Papa León III y el

Breviario reformado de San Pio V, recogido cuidadosamente por el ilustre maestro Alfonso de Villegas en su *Flos Sanctorum*, nos da noticia de la venida del primero de dichos apóstoles. De la venida del segundo hablan detalladamente el escritor griego Simón Metafraste, Luitprando, citado por el P. Argaiz y otros; y de la venida de San Pablo (1) tratan extensamente San Hipólito, San Epifanio, San Juan Crisóstomo, San Gerónimo y San Gregorio, citados por Fleury y Ernesto Grave; el V. Beda, Adón Vienense, Teofilacto, el Cardenal Baronio, Natal Alejandro y otros muchos que no citaremos, por no engolfarnos en disquisiciones acerca de un punto que no forma el principal objeto de las presentes páginas. Indicaremos, sin embargo, que los citados escritores, apoyándose en muy fundadas razones, coligen de la misma antiquísima tradición que los pueblos lacetanos, cosetanos, laletanos, indigetes, ausetanos y ceretanos, que formaban esta región catalana, no sólo pudieron beber la santa doctrina del Evangelio en las mismas fuentes apostólicas, sino que además pudieron recibirla con más frecuencia y quizá con mayor prontitud que otras comarcas de Es-

(1) El mismo Apóstol, en su epístola á los Romanos expresa su propósito terminante de ir á España. (*Rom. XV, 24 et 38*).

paña, dada la circunstancia, que antes hemos apuntado, de atravesar este territorio la principal vía que le ponía en comunicación con la metrópoli del imperio.

De estos antecedentes es lógico deducir que los hijos de Gerona escucharon desde luego la predicación de los enviados de Jesucristo; y el progreso que entre ellos alcanzó bien pronto la fé cristiana queda plenamente demostrado con el gran número de mártires que en esta ciudad sacrificó la feroz persecución de los primeros adversarios de la Iglesia naciente. En aquellos dos largos siglos de tan sangrienta lucha con el error, los cristianos geroneses veíanse unas veces obligados á esconderse, para la celebración de los divinos oficios, en impenetrables grutas y oscuros subterráneos, á fin de evadir el espionaje y caza que les daban los infieles; pero, en otras ocasiones, cuando la persecución amainaba su crudeza ó se experimentaba en ella alguna tregua, salían al punto á la luz del día y en su ardiente celo por el esplendor de la Religión, se lanzaban decididamente á promoverlo en públicas manifestaciones, edificando templos ó capillas donde pudiese tributarse á Dios mayor gloria y un culto más digno de su Excelsa Majestad. Así vemos que, durante el imperio de Felipe el africano, que murió hácia la mitad del siglo III, los cristianos de Gerona, apro-

vechando la libertad que les concedía este emperador, á quien algunos llegan á suponer convertido á la fé de Cristo, emprendieron la construcción de un templo dedicado á la Santa Cruz en el mismo lugar que actualmente ocupa la iglesia de San Martín ó del Seminario.

Sin pretensión, pues, de dar á cuanto dejamos apuntado mayor valor histórico del que puedan tener las crónicas de que entresacamos todos estos datos, podemos con fundamento concluir que, de uno ú otro modo, debió la fé cristiana echar prontas y hondas raíces en el fecundo suelo que tantos y tan esclarecidos mártires dió más tarde á la Iglesia de Dios. Y aquí precisamente, en tales circunstancias y en esta ilustre ciudad que bien podía considerarse jardín convenientemente preparado para que creciera y fructificara en él la buena semilla del Evangelio, floreció el bellissimo y fragante Narciso, á cuyo loor dedicamos este humilde trabajo, guiados por el único intento de publicar una vez más sus brillantes prerogativas y promover y ensanchar en lo posible entre los fieles su culto y devoción.



CAPITULO II

Pátria de San Narciso

Las noticias referentes á nuestro ilustre Mártir que se encuentran unas diseminadas y ordenadas otras en las antiguas crónicas, son por su procedencia de tal naturaleza, que obligan á señalar en la vida del Santo dos distintos períodos. Por su orden natural y cronológico, comprende el primero los años transcurridos desde el nacimiento de San Narciso hasta la época de su marcha á Alemania: el segundo corre desde esta época hasta su muerte. Las noticias relativas al primero de dichos períodos han de considerarse inciertas y no pocas de ellas muy probablemente falsas, como procedentes de documentos de escasísima autoridad y de crónicas que la recta crítica ha tachado de apócrifos; pero las de los hechos desarrollados en el segundo período son de origen tan autorizado, que deben reputarse ciertas.

Muévenos á establecer esta distinción de

vechando la libertad que les concedía este emperador, á quien algunos llegan á suponer convertido á la fé de Cristo, emprendieron la construcción de un templo dedicado á la Santa Cruz en el mismo lugar que actualmente ocupa la iglesia de San Martín ó del Seminario.

Sin pretensión, pues, de dar á cuanto dejamos apuntado mayor valor histórico del que puedan tener las crónicas de que entresacamos todos estos datos, podemos con fundamento concluir que, de uno ú otro modo, debió la fé cristiana echar prontas y hondas raíces en el fecundo suelo que tantos y tan esclarecidos mártires dió más tarde á la Iglesia de Dios. Y aquí precisamente, en tales circunstancias y en esta ilustre ciudad que bien podía considerarse jardín convenientemente preparado para que creciera y fructificara en él la buena semilla del Evangelio, floreció el bellissimo y fragante Narciso, á cuyo loor dedicamos este humilde trabajo, guiados por el único intento de publicar una vez más sus brillantes prerogativas y promover y ensanchar en lo posible entre los fieles su culto y devoción.



CAPITULO II

Pátria de San Narciso

Las noticias referentes á nuestro ilustre Mártir que se encuentran unas diseminadas y ordenadas otras en las antiguas crónicas, son por su procedencia de tal naturaleza, que obligan á señalar en la vida del Santo dos distintos períodos. Por su orden natural y cronológico, comprende el primero los años transcurridos desde el nacimiento de San Narciso hasta la época de su marcha á Alemania: el segundo corre desde esta época hasta su muerte. Las noticias relativas al primero de dichos períodos han de considerarse inciertas y no pocas de ellas muy probablemente falsas, como procedentes de documentos de escasísima autoridad y de crónicas que la recta crítica ha tachado de apócrifos; pero las de los hechos desarrollados en el segundo período son de origen tan autorizado, que deben reputarse ciertas.

Muévenos á establecer esta distinción de

tiempos por una parte la verdadera baraunda que reina entre los escritores que tratan de lo que llamaríamos albores de la vida de nuestro Santo; y por otra el empeño con que nos proponemos recojer la mayor suma posible de datos tomados de obras apoloéticas, en general poco conocidas, sin empero caer en el extremo por todos conceptos inconveniente de una credulidad que, por lo infundada, podría tocar á los límites del ridículo.

Es común creencia que San Narciso nació y vivió, por lo menos durante los años de su niñez y mocedad, en la ciudad de Gerona, de la que fué más tarde obispo y finalmente mártir y patrono; pero esta opinión tan halagüeña para los que con legítimo orgullo nos honramos con el título de hijos de una ciudad tan noble y celebrada, no tiene por desgracia el carácter de indiscutible. Mientras autores de nota y antiquísimos y graves documentos señalan á Gerona como lugar natal de San Narciso, otros autores y otros documentos de no menor peso ponen en duda, y aun llegan á negar fundamento á aquella opinión á los geroneses tan grata. No siéndonos, pues, permitido inventar los hechos ni siquiera tergiversar los que aparecen consignados en las antiguas crónicas, no nos queda otro recurso que exponer el modo de sentir de los principales investigadores que de este asunto han tratado, y de-

jar la cuestión en el punto que más seguro parezca entre tal diversidad de pareceres.

Al dirigir los primeros pasos por las inciertas veredas de este inextricable laberinto, ofrécese al punto, como cruel desengaño, á nuestros ojos las frases que el célebre Obispo de Gerona D. Berenguer Wifredo estampó en una carta de que más adelante hablaremos, dirigida en el año 1087 al Abad de San Udalrico y Santa Afra, de Augusta, en la que el ilustrísimo Prelado gerundense lamenta la imposibilidad de transmitir amplia noticia de los hechos de San Narciso, porque el libro en que aquellos estaban consignados desapareció durante la invasión de los infieles y destrucción de las iglesias, sin esperanza de poderlo recobrar: *irrecuperabiliter amissimus*. ¡Y cuántos y cuán preciosos códices debieron perderse en aquella edad de hierro de nuestra patria! No pudiendo, pues, buscar antecedentes en testimonios auténticos de aquella remota época, es preciso sacar noticias de autores más modernos, en cuyos escritos se hallan recogidas antiguas tradiciones, que, en lo posible, han de suplir la falta de tales documentos.

El R. P. Juan Gaspar Roig y Jalpí, de la orden de los Mínimos, cronista que fué en los reinos de la Corona de Aragón, tratando de San Narciso en su *Resumen historial de las grandezas y antigüedades de Gerona*,

publicado en 1678, recoge el aserto de Juan Tamayo de Salazar, que en su *Martirologio Hispano* sostiene la opinión de que San Narciso fué natural de la ciudad *Scalabytana* (hoy Santarém, en el reino de Portugal), y poniéndolo en pugna con el Breviario de Barcelona impreso en 1560 por orden del Obispo D. Jaime Cassador, que hace á San Narciso oriundo de la Gothia y de la ciudad *Scyritana*, viene á concluir que ninguno de los dos está en lo cierto, por haber confundido lastimosamente las especies, y aduce en prueba de tal inexactitud testimonios más antiguos presentados por el erudito cronista Pujades y por el P. Vicente Domenech, que afirman sencilla y rotundamente que San Narciso fué natural de Gerona; opinión en que así mismo abundan el Dr. Bernardo Boades en el capítulo tercero de su famoso libro acerca de los hechos de armas de Cataluña, Marco Velseiro en el número segundo de la vida de Santa Afra, y el P. Diago en el número primero de su *Episcopologio Gerundense*.

Otro escritor de no menor aprecio que el P. Roig, bien que, al parecer, no tan bien informado, publicó poco tiempo después un extenso libro acerca del mismo asunto. Nos referimos á la *Historia Apologética de la vida y martirio de San Narciso* del reverendo P. Onofre Relles, teólogo de la Compañía de Jesús, impreso en Barcelona el año

1679. Este ilustrado religioso, que coleccionó en su obra documentos de verdadera importancia, en la parte relativa al segundo período de la vida del santo Mártir gerundense, marcha, salvo ligeras variantes, enteramente acorde en el fondo con la narración de los demás escritores que de estos hechos han tratado; mas, en el primero de los expresados períodos, apoyándose en los cronicones de Liberato Gerundense, Flavio Dextro y Marco Máximo, calificados no sin fundamento de sospechosos y aun falsos por ilustres críticos, salpica la mayor parte de los capítulos de su historia con noticias sacadas de tan malas fuentes, cuya veracidad es lícito y aun prudente poner en duda. Según él, San Narciso nació en Gerona y sus padres se llamaron Lucio y Serena; eran de noble linaje, tenían cercano parentesco con Pomponio Paulato, arzobispo de Toledo, y descendían de una esclarecida familia patricia de Roma. Añade el propio Relles, insiguiendo las mismas fabulosas narraciones, que en aquel tiempo existía en Gerona una famosa universidad sostenida á expensas del erario público, en la que podía la juventud dedicarse al estudio de las humanas letras y de la filosofía, bajo la dirección de maestros tan notables como los celebrados oradores Rufo y Cayo Paulato y el no menos famoso Lucio, orador español de la Bética, que fué profe-

sor de Zaragoza, Gerona y Roma; y de esto deduce que San Narciso debió dedicarse aquí al estudio de la literatura y de las ciencias naturales, para emprender luego el de las sagradas Escrituras, llegando en sus mejores años á una altura tal, que con el prestigio de verdadero oráculo convertía á la fé cristiana á cuantos tenían la dicha de oír su predicación admirable.

No tenemos noticia de que con posterioridad á las dos obras que acabamos de mencionar se escribiese cosa alguna notable acerca de nuestro excelso Patrono, como no sea un compendio de su vida estereotipado de aquellas, especialmente de la última, y que, por lo mismo, nada nuevo añade á lo que hasta entonces se había escrito respecto del mismo asunto. Pero, á principios del pasado siglo se publicó un libro verdaderamente notable, en que su ilustrado autor, después de un profundo estudio de los mejores críticos, echa por un camino enteramente nuevo. Forma el principal objeto de esta obra una razonada *Colección de noticias para la historia de los Santos Mártires de Gerona*, compuesta por el Ilre. Dr. D. Francisco Javier Dorca, canónigo de esta Santa Iglesia Catedral, y dada á luz después de su muerte que acaeció en el año 1816. En ella prueba este ilustrado crítico la falsedad de los citados cronicones de Liberato, Dextro y Máxi-

mo, y discurriendo largamente acerca de los textos pertinentes al caso que campean en documentos reputados y auténticos, tacha de ligeros y baladíes algunos asertos del padre Roig y Jalpí referentes á la patria de San Narciso, y pone la narración del P. Rellés, antes referida, en el catálogo de las historias fabulosas; por manera que, según el Dr. Dorca, los hechos del primer período de la vida de San Narciso son enteramente desconocidos; y, en consecuencia, lejos de considerarle natural de esta ciudad, se inclina decididamente hácia la opinión de los que presentan á nuestro Santo como uno de los obispos apostólicos que, sin sede fija ni determinada, recorrían los pueblos ejerciendo en ellos el ministerio de la predicación evangélica.

Aquí creemos del caso advertir que, al consignar los anteriores elogios y la verdadera confianza que nos merece la erudición del ilustre Dorca, no es nuestro ánimo rebajar el mérito de los nombrados padres Roig y Rellés, por más que del cotejo de unas y otras obras resulten las de estos dos escritores menos bien informadas. El lector comprenderá desde luego que un siglo entero de crítica es bastante para aclarar muchos conceptos y aun dirigir la opinión por nuevo derrotero.

Pero, ¿es que el Dr. Dorca deja entera-

mente demostrado el primitivo error y puede fijar cierta y definitivamente cuál sea la patria de San Narciso? No, por cierto. Su razonamiento, aunque discreto y fundadísimo, no asciende á mayor categoría que la de simple conjetura. Con lo que, después de todo, queda todavía abierto el campo á nuevas investigaciones; y no vemos inconveniente en seguir opinión diferente de la suya. Y puesto que la cuestión no parece que pueda rebasar la línea de ese terreno de conjeturas, creemos perfectamente lícito inclinarnos hácia el lado naturalmente preferido por los hijos de Gerona. Y, para decirlo de una vez, entre dos extremos dudosos, nos decidimos por el que nos da motivo para considerarnos compatriotas de tan excelso Mártir, no precisamente porque esta opinión halague más á nuestra devoción ó, si se quiere, á nuestro amor propio, sino además y principalmente porque creemos apoyarnos, para pensar así, en razones de no escaso fundamento. Veámoslo brevemente.

Los datos en que se funda el Dr. Dorca para suponer á San Narciso oriundo de otros países y venido como apóstol á esta ciudad, son unos positivos, y negativos los otros; y ofrecen la singular circunstancia de que los primeros no han prevalecido ni siquiera como opinión firme, y los últimos no alcanzan á más que dejar la cuestión en el mismo incierto punto en que se halla planteada.

Solamente dos pruebas positivas aduce el Dr. Dorca en favor de su tesis: la primera es que la antigua tradición y creencia de la Iglesia de Gerona era la de que San Narciso vino á élla desde otras regiones, puesto que en los breviarios manuscritos que se conservan en su archivo, se lee la antifona *Venerabilis Pontifex* no como está actualmente en el rezo del Santo, sino que en ella se dice que, después de la conversión de Santa Afra, "marchó intrépido hácia Gerona:" *Gerundam adiit intrepidé*. Pero el caso es que, después de varias modificaciones introducidas en el rezo de nuestro Patrono y de resueltas algunas dudas con intervención y acuerdo de la Sagrada Congregación de Ritos, han quedado en la referida antifona, en vez de las citadas palabras, las siguientes: *Gerundam rediit*: volvió á Gerona; lo que indica claramente que, al marchar para Augusta, de Gerona había salido.

La segunda prueba que aduce el doctor Dorca es una letrilla, vulgarmente *gozos*, de San Narciso, impresa en Barcelona el año 1561, en la que se dice que la Iglesia de Gerona consideraba al Santo oriundo de Alemania, sacada probablemente tal idea del mencionado Breviario de Barcelona, impreso en el año 1560, en el que se lee: *Narcissus é Scyritana á Gothis urbe, trahens originem*. Pero ya hemos visto que el P. Roig y

Jalpí presenta contra esa opinión testimonios más antiguos que aquel Breviario, como son Pujades, Domenech, Boades, Velsero y Diago, no rehusados por el mismo Dr. Dorca.

Los datos negativos en que apoya el propio Dorca su modo de sentir, consisten en que, reconociendo la antigüedad y legitimidad de las Actas de la conversión de Santa Afra y de un notable sermón del Obispo Oliva de Vich, de que á su tiempo trataremos, y concediendo á la citada carta del Obispo de esta ciudad Berenguer Wifredo la autoridad que se merece, nota que de ninguno de esos documentos se desprende que su autor considerase á San Narciso natural de Gerona, antes por el contrario parece más bien reflejarse en ellos la persuasión de su expresado carácter de Obispo Apostólico. Pero la verdad es que en tales documentos se prescinde por completo de la procedencia y naturaleza de nuestro Santo, para limitarse á referir únicamente su paso por la ciudad de Augusta y los triunfos apostólicos obtenidos en ella por el santo Obispo, y concluir con una ligera indicación de su partida para Gerona, donde vino á obtener la palma del martirio; con lo que queda sin resolver la cuestión que ahora ventilamos.

En cambio, la opinión contraria puede presentar en su apoyo textos positivos que, si bien carecen del valor necesario para darle

carácter de hecho indubitable, tienen por lo menos la ventaja de presentarla con cierto grado de probabilidad no negada ni contradicha.

Partiendo de la falsedad de los referidos cronicones, que admitimos como comprobada por la sana crítica, y descartando de nuestro asunto las particularidades que de ellos tomó el P. Relles acerca de los padres y estudios de San Narciso, tenemos en primer lugar que el Breviario de Augusta, impreso en Roma el año 1580, dice en la primera lección del rezo que "San Narciso obispo nació de nobles padres en España y ciudad de Gerona," y añade luego que "de España pasó á Alemania en compañía del diácono Félix" (1).

En segundo lugar, cita el P. Relles un manuscrito que poseía D. Francisco de Cartellá y Malla, en el cual hay un himno de San Narciso en que se lee la siguiente estrofa:

*Nobilem mundo dedit hunc Gerunda
inclytis natum patribus;
deinde patriæ præsul meritó
creatus cæli numine.*

Este mismo himno está igualmente continuado en otro manuscrito procedente del Con-

(1) El propio Dr. Dorca dice que esta lección y otras están copiadas con su testimonial correspondiente en el archivo episcopal de la Curia Eclesiástica de esta ciudad.

vento de Padres Agustinos de esta ciudad, que conservaba el mismo Relles, y al principio del cual consta que fué tomado de los Breviarios barcinonense, gerundense y augustano, de Surio y de Baronio.

Además el erudito P. Fr. Francisco Diago, cronista de la Corona de Aragón, en su Episcopologio Gerundense, pone en el número primero: *Sanctus Narcissus Episcopus et Martyr, nobilibus parentibus Gerundæ ortus.*

Podríamos citar muchísimos otros textos de varios escritores que abundan en la misma opinión, y esto sin necesidad de apelar para nada á los referidos cronicones apócrifos; pero no queremos demorar más tiempo en este punto, porque creemos que lo dicho basta para justificación de nuestro modo de sentir que dejamos bien determinado.

Falta sólo decir algunas palabras acerca de otro particular que tiene muchísima conexión con lo que acabamos de exponer, y es averiguar si San Narciso fué obispo de Gerona ya antes de su marcha á Alemania.

Los mismos autores en cuyo testimonio nos hemos fundado para decidirnos por la opinión de los que consideran á San Narciso natural de Gerona, afirman también que este santo Mártir fué obispo de ella y que con tal carácter emprendió su peregrinación á Alemania con el fin de ganar almas á la fé de

Jesucristo. Sólo el Dr. Dorca entre los más modernos se inclina á la opinión contraria, obligado naturalmente por lógica consecuencia de sus referidos asertos. Pero, á pesar de ello, se ve precisado en distintos parages de su erudita obra á admitir textos en que, refiriéndose á la misión de nuestro Santo en Augusta, se le presenta ya como obispo gerundense. Hé aquí los principales. En el número 2 del capítulo IV de su *Colección de noticias, etc.*, cita el Martirologio de San Notkero, escrito hácia el fin del siglo IX, en que se consigna la noticia de Santa Afra, convertida por la doctrina de San Narciso OBISPO DE GERONA: *Nativitas Sanctæ Afræ; quæ... per doctrinam Sancti Narcissi Gerundensis Episcopi... ad Christum conversa... igni est tradita.*—En el número 18 del mismo capítulo cita un pasage de la *Vida de San Magno abad*, en que, aludiendo á San Narciso durante su estancia en Augusta, se le llama *Episcopus Tolesanæ civitatis*, y dice que los célebres críticos conocidos en el mundo de la historia por Bolandos ó Bolandistas enmiendan aquella cita aplicando á nuestro Santo el calificativo de *Episcopus Gerundensis*.—En el número 27 cita un texto de Bonino Mombricio en su obra *De Sanctis*, acogido también por dichos Padres Bolandos, en que se afirma que el obispo San Narciso, después de dejar en Augusta las cosas

en orden, partió para España y dirigióse á su ciudad, llamada Gerona: *profectus est ad civitatem suam, quæ vocatur Gerunda.*

Con lo dicho creemos perfectamente justificada nuestra opinión acerca de la patria y obispado de San Narciso, en lo que nos proponemos solamente vindicar para Gerona una gloria que otras ciudades han querido disputarnos, aunque todo ello no alcance mayor autoridad que la de simples conjeturas; con lo que ponemos fin á este capítulo, dejando en este punto la cuestión, para entrar en el exámen de otros particulares no menos controvertidos é interesantes.



CAPITULO III

Primera misión de San Narciso

A los que han escrito los hechos de San Narciso durante el dudoso período de sus primeros tiempos, no ha parecido natural y conforme que el celo apostólico del santo Mártir pudiese quedar satisfecho con ejercer su misión evangélica solamente en la ciudad de Gerona y su comarca, cuyo número de habitantes era relativamente limitado en aquella época; y consecuentes con ese modo de sentir, no enteramente destituido de fundamento, hanse echado á formar conjeturas acerca de posibles viajes del Santo hácia las partes occidentales de España.

Parécenos que el principal motivo de esas conjeturas estriba en la noticia que dan algunas crónicas más ó menos autorizadas de la estancia de San Narciso en las ciudades de Braga y Santarém (Lusitania, ó Portugal), llegando algunos á suponerle obispo de las mismas: y muévenos á pensar de ese modo

en orden, partió para España y dirigióse á su ciudad, llamada Gerona: *profectus est ad civitatem suam, quæ vocatur Gerunda.*

Con lo dicho creemos perfectamente justificada nuestra opinión acerca de la patria y obispado de San Narciso, en lo que nos proponemos solamente vindicar para Gerona una gloria que otras ciudades han querido disputarnos, aunque todo ello no alcance mayor autoridad que la de simples conjeturas; con lo que ponemos fin á este capítulo, dejando en este punto la cuestión, para entrar en el exámen de otros particulares no menos controvertidos é interesantes.



CAPITULO III

Primera misión de San Narciso

A los que han escrito los hechos de San Narciso durante el dudoso período de sus primeros tiempos, no ha parecido natural y conforme que el celo apostólico del santo Mártir pudiese quedar satisfecho con ejercer su misión evangélica solamente en la ciudad de Gerona y su comarca, cuyo número de habitantes era relativamente limitado en aquella época; y consecuentes con ese modo de sentir, no enteramente destituido de fundamento, hanse echado á formar conjeturas acerca de posibles viajes del Santo hácia las partes occidentales de España.

Parécenos que el principal motivo de esas conjeturas estriba en la noticia que dan algunas crónicas más ó menos autorizadas de la estancia de San Narciso en las ciudades de Braga y Santarém (Lusitania, ó Portugal), llegando algunos á suponerle obispo de las mismas: y muévenos á pensar de ese modo

la circunstancia de notarse que todos los autores que así discurren han sacado aquella noticia de idéntica fuente, puesto que lo dicen en términos enteramente semejantes y apoyándose al parecer, en iguales datos. El P. Roig y Jalpí (1) opina que San Narciso recorrió, acompañado de su diácono Félix, los territorios que han formado más tarde los reinos de Aragón y Castilla, entrando por Galicia á Portugal y predicando en su peregrinación la fé cristiana á aquellos pueblos, entre los cuales dice que cosechó notables y preciosos frutos de su misión evangélica; pero no cita en apoyo de su afirmación autoridad alguna que pueda justificarla, debiendo por lo mismo atribuirse el viaje del Santo á puro celo por la gloria de Dios y conversión de las gentes á la fé de Jesucristo. En cambio, el P. Relles parece no contentarse con esos levantados motivos y, sin desechar la opinión del P. Roig, trata de buscar en otras circunstancias el motivo de la marcha de San Narciso hácia las partes occidentales de la península ibérica. (2) Recuerda á propósito que Eusebio de Cesarea refiere una impetuosa irrupción de los Germanos hácia la mitad del siglo III, en la que aquellas feroces gentes entraron en España

(1) *Resúmen Historial*, part. I, cap. 7.

(2) *Hist. apol.* de San Narciso, lib. 1, cap. VIII.

por el Rosellon talando campos y saqueando pueblos, hasta llegar á la ciudad de Tarragona que cayó en poder de sus bárbaras huestes y quedó destruída, lo propio que otras poblaciones de esta parte oriental de España. (1) Claro es que Gerona sufriría también los males de aquella terrible invasión de enemigos del Imperio romano, y á juzgar por lo que cuenta Paulo Orosio en el lugar ya citado, es de creer que este territorio quedaría casi despoblado, expulsados sus moradores y sembrado todo de ruinas y desolación; circunstancias que parecen salir efectivamente en apoyo de la conjetura del P. Relles.

Según los citados autores y otros que menciona Pujades, (2) esta invasión fué combatida en primer término por los naturales del país durante algunos años, en los cuales sobrevino el alzamiento sucesivo de los *treinta tiranos* que pusieron en grave aprieto al Imperio romano y que fueron definitivamente vencidos en el año 277 ó 278 de Cristo por el emperador Aureliano, quien, habiendo sojuzgado á los partidarios de Tétrico que combatían en las comarcas de Cataluña,

(1) *Germani Hispaniam tenentibus, Tarraco expugnata est.* (Eusebio).—*Germani ultores abrasa potiuntur Hispania.* (Paulo Orosio, lib. 7. *De Oct. persecut.*)

(2) *Crónica universal de Cataluña*, tom, III, lib. 4.º, capítulos LXI y LXIV.

obligó al mismo tiempo á los Germanos á repasar el Pirineo y volverse á Francia por los montes de Andorra, con lo que se vió esta tierra libre de los males de aquella tremenda irrupción.

Cómo y cuándo regresó San Narciso á Gerona, después de restablecida la calma tras un período agitadísimo de doce años, no lo dicen los historiadores que de estos hechos han tratado; pero, de documentos y testimonios muy autorizados parece racionalmente colegirse que, como principal motivo, llamaría al santo Obispo su ardiente celo por el bien de la grey cristiana en su amada patria, víctima otra vez de nueva y sangrienta persecución. Porque es de notar que, según algunos historiadores, el emperador Aureliano que á veces demostró cierta benignidad hacia los hijos del naciente cristianismo, manchó luego los laureles alcanzados en brillantes victorias sobre los enemigos de Roma, con la horrible persecución que levantó contra la Iglesia en los seis años escasos de su permanencia al frente del Imperio. Y aunque parece que en esta nueva época de muerte y exterminio no sufrieron los cristianos de Gerona como en la siguiente persecución promovida por Diocleciano, de que más adelante hablaremos, puesto que no se tiene noticia de ningún martirio ni hecho notable de la misma, con todo es enteramente

lógico y puesto en razón pensar que el Pastor vigilantísimo se apresuraría á regresar á su patria para sostener la fé de sus atribuladas ovejas y ampararlas y protegerlas de la nueva tempestad que amenazaba desencadenarse con inaudito furor.

Opinan otros autores que esta persecución no llegó á realizarse y que no pasó de un maligno intento concebido por aquel belicoso emperador, y aun añade Eusebio en su *Historia de la Iglesia* (1) que el cielo le contuvo inutilizándole la mano al tiempo que iba á firmar el edicto; lo que parecería venir en abono de la indicada carencia de noticias de tal calamidad en estas tierras. Por donde se echa de ver cuán equivocados andan los que, como Tamayo de Salazar y otros, han pretendido que el martirio de San Narciso acaeció en la época de que venimos hablando; pero de este particular trataremos más adelante en su lugar oportuno. Y de todos modos, ya fuese esa persecución de Aureliano sangrienta como la pintan San Antonio de Florencia, Harman Schadel, Morales, Beuter, Pons de Icart, Pujades y otros, ó bien fuese frustrada como queda dicho, es de pensar que nuestro santo Obispo no permanecería inactivo en tan críticas circunstancias, sino que se ocuparía con asiduo em-

(1) Lib. VII, cap. 30.

peño en preparar el terreno para los acontecimientos que iban precipitándose y prevenir la conveniente defensa contra los males que, como nube tempestuosa, se cernían ya en el lejano horizonte, en tanto que la divina Providencia le destinaba para realizar en otros países importantísima misión.

Estas consideraciones nos llevan como por la mano á mencionar aquí un notable documento, al que es posible nos veamos precisados á recurrir otras veces en el decurso de esta narración. Nos referimos á un *Compendio* de la vida de San Narciso, hallado en el archivo del célebre monasterio de San Udalrico y Santa Afra de la referida ciudad de Augusta, escrito, según todas las probabilidades, durante el siglo XI y del cual poseía el P. Relles una copia autorizada por Jorge Fauler, notario eclesiástico de Augusta, y legalizada por el Secretario cancelario del reverendísimo Obispo de aquella ciudad, con fecha 13 de Agosto de 1624. El curioso lector podrá verla en la citada *Historia Apologética* (1) y también en la *Colección* de los continuadores del P. Juan Bolando al día 18 de Marzo. Está escrita en latín, y de ella vamos á traducir solamente los párrafos referentes al punto que estamos tratando y dicen así:

(1) Lib. 2.º, cap. XX.

“En la España occidental, en la ciudad de Gerona, levantóse cruel tempestad contra los cristianos, y todos sus moradores veíanse forzados á sacrificar á los ídolos por mandato de los impíos emperadores Diocleciano y Maximiano.

“Hallábase entonces en la propia ciudad un santísimo obispo llamado Narciso, á quien podemos apellidar en nuestro idioma hermosísima flor, varón nobilísimo y muy bien cimentado en la fé cristiana, quien, al encenderse la persecución, procuró fortalecer en la fé de Jesucristo al pueblo que se le había confiado, exhortándole á menospreciar la furia de los perseguidores, con estas persuasivas palabras:

“Hermanos carísimos: Permaneced constantes en la fé de nuestro señor Jesucristo y no os amedrente la rabia de los perseguidores, que pronto se disipará como humo y al punto experimentaréis el auxilio y consuelo del Señor. No recibirá la corona del triunfo sino aquel que debidamente hubiere combatido. Dichoso el que resiste á la tentación, que, una vez probado, recibirá la corona de vida eterna. Nada son las tribulaciones de esta vida comparadas con la gloria que les aguarda; y así los que quieran piamente vivir en Cristo padecerán persecución. No os den temor los que pueden matar al cuerpo, mas no pueden matar al alma; temed más

bien á aquel que, después de la muerte del cuerpo, tiene poder para arrojar el alma al fuego del infierno. Por tanto vosotros, hermanos amadísimos, tan clara y piadosamente enseñados por el Espíritu Santo, acercaos á la cruz de Cristo, no forzados sino de buena voluntad, para ser compañeros de su resurrección; porque, si os haceis semejantes á Cristo en sus tormentos y muerte, lo sereis igualmente en la gloria de su resurrección.

“Instruídos aquellos fieles con estas y otras exhortaciones sacadas de las sagradas Escrituras, hallábanse prontos y dispuestos á sufrir el martirio por nuestro Señor Jesucristo y por el amor de la patria Iglesia; y el santo Obispo Narciso, pastor de aquellas ovejas de Cristo, se adelantó á todos, y antes que todos, como capitán y guía de su rebaño, ofrecióse gozoso á padecer, deseando anhelante, por mucho tiempo, ser inmolado en rescate de sus ovejas, á fin de adelantarse á recojer la palma del martirio después de obtenida la victoria en su pasión. Habiendo, pues, recibido por el nombre de Dios muchísimas injurias de los inícuos verdugos y cuando se creía ya próximo á empuñar la palma de victoria, apareciósele el Señor y le dijo:

“Sé fuerte, oh mi querido paladín; sé generoso y sufrido, y lograrás la corona que te está preparada en mi reino. No has llega-

do aún, como tú te figuras, al punto de recogerla: espera todavía un corto tiempo, hasta que esté completo el número de almas que, por la palabra de tu predicación, han de abrazar mi fé. Es necesario que vayas antes á anunciar mi palabra á otras tierras y á otras gentes; conviene que allí prediques, y luego que hayas ganado para mí á aquellos pueblos, volverás acá y en esta tu ciudad de Gerona recibirás tu digna recompensa. Hay en los países de la Rethia una ciudad llamada Augusta, que no ha escuchado aún la predicación del Evangelio y en la cual se desata furiosa la tempestad de nueva persecución. En ella reinan, por desgracia, el vicio de la lujuria y las más torpe disolución de costumbres. Cuando llegues allá, te presentarás en la casa de una famosa ramera llamada Afra, y con tu diácono Félix, invocando mi nombre, echaréis de ella al demonio que allí se esconde, y le mandarás que vaya á matar un fiero dragón en los Alpes Julios. Purificarás con tus oraciones aquel súcio lupanar y bautizarás á las malas mujeres que moran en él; y cuando lo tengas preparado todo, enfervorizarás á aquella iglesia y á aquel pueblo que habrás purificado, para que se dirija al logro del reino de la eterna vida; ordenarás por su obispo á Dionisio, y finalmente regresarás en paz á este lugar de tu habitación, para recibir tu codiciada co-

rona y poseerla eternamente entre mis santos. Marcha, pues, seguro y confiado, que yo envío delante á mi ángel para que te conduzca á aquel lugar y te guarde continuamente y, después de haber tú ganado para mí muchas almas, te acompañe de regreso á obtener aquí tu corona; y ten presente que, siendo yo tu amparo y defensa, nadie podrá arrancarte de mi mano.

“Resuelto entonces y animoso el obispo San Narciso, y acompañado de Félix (1) su diácono, emprendió el camino atravesando dilatados territorios y caudalosos rios, hasta que, guiado por el Señor, llegó á Augusta de Alemania al tiempo en que se veía oprimida aquella ciudad por la persecución de Diocleciano, en términos que eran en ella poquísimos los que se atrevían á confesar á Jesucristo.”

Suspendemos aquí la traducción del referido *Compendio*, porque las noticias que se dan en el resto del mismo son referentes á los hechos del segundo de los períodos en que hemos supuesto dividida la historia del santo Patrono de Gerona: y, para el buen orden y mayor claridad del presente bosquejo histórico, creemos más conveniente no adelantar conceptos que deberemos exponer

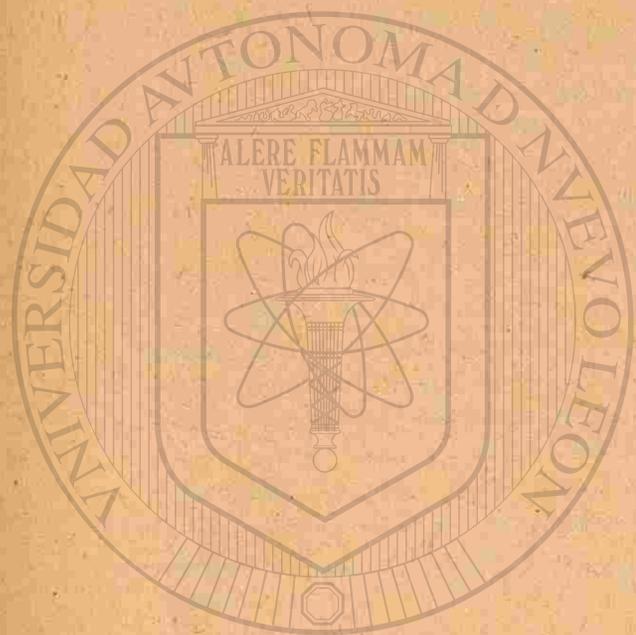
(1) No se confunda á este santo diácono con el santo doctor y apóstol del mismo nombre, titular de la iglesia y parroquia de San Félix de la ciudad de Gerona,

en su lugar propio y natural. Hemos querido dar á conocer los precedentes párrafos solamente para que vea el lector que en cuanto dejamos dicho acerca de San Narciso, hemos procurado conformarnos con lo que se escribió hace ya ocho siglos, circunstancia que, á nuestro entender, dá muchísimo valor y autoridad á la opinión por qué hemos demostrado marcada preferencia.

El Dr. Dorca se esfuerza en su citada obra (1) en quitar autoridad é importancia al expresado *Compendio*, cuyos son los párrafos antes trascritos, suponiéndolo compuesto en Augusta con noticias que desde aquí se mandaron á aquella ciudad alemana; pero entendemos que todo eso, que nos parece muy natural y arreglado á su especial modo de pensar en este asunto, no destruye en manera alguna el fundamento que pueda tener la opinión contraria, robustecida, como se ve, por una tradición escrita que cuenta ya ochocientos años de antigüedad.

Ya hemos dicho, y aquí lo repetimos, que no queremos dar á cuanto dejamos referido otro valor que el de conjeturas más ó menos fundadas y probables; y por ningún concepto hemos de pretender mayor grado de certeza para las apuntadas opiniones acerca de la primera misión de nuestro Santo.

(1) Cap. IV, § 3.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



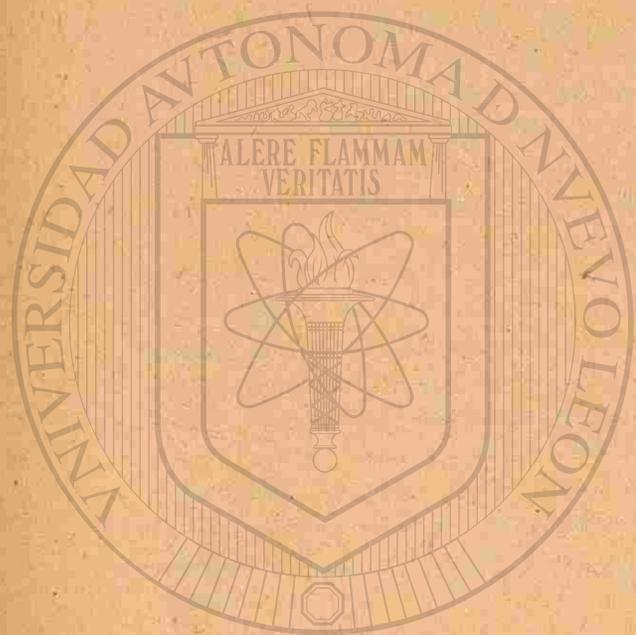
CAPITULO IV

Persecución de Diocleciano

En el capítulo anterior queda ya indicada la peregrinación de San Narciso hacia las provincias de Alemania sujetas al imperio de los Césares, donde, como veremos en los siguientes capítulos, desempeñó el oficio de verdadero apóstol y convirtió á la fé cristiana multitud de almas que yacían sumidas en los errores del paganismo.

Con los hechos que vamos á reseñar, acaecidos en los albores del siglo IV, entramos en el segundo período de la historia de nuestro excelso Patrono, abandonando ya el terreno de dudas y nebulosidades que hasta aquí hemos venido sorteando, para salir definitivamente á un campo más despejado y dirigir nuestros pasos por camino más trillado y seguro.

Saltaban á la sazón las primeras chispas de un violento incendio que, sin la indispensable intervención y el potente auxilio de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO IV

Persecución de Diocleciano

En el capítulo anterior queda ya indicada la peregrinación de San Narciso hacia las provincias de Alemania sujetas al imperio de los Césares, donde, como veremos en los siguientes capítulos, desempeñó el oficio de verdadero apóstol y convirtió á la fé cristiana multitud de almas que yacían sumidas en los errores del paganismo.

Con los hechos que vamos á reseñar, acaecidos en los albores del siglo IV, entramos en el segundo período de la historia de nuestro excelso Patrono, abandonando ya el terreno de dudas y nebulosidades que hasta aquí hemos venido sorteando, para salir definitivamente á un campo más despejado y dirigir nuestros pasos por camino más trillado y seguro.

Saltaban á la sazón las primeras chispas de un violento incendio que, sin la indispensable intervención y el potente auxilio de

Dios, había de concluir por el aniquilamiento del Cristianismo. Ya se comprenderá que aludimos á la nueva era de muerte y exterminio iniciada contra la Iglesia por el odio satánico del decadente paganismo; y como quiera que los efectos de ese supremo embahte de la impiedad en las diferentes provincias del imperio tienen íntima relación con los hechos de nuestro santo Obispo en esta segunda etapa de su apostólica misión, creemos oportuno dar aquí una breve idea de aquel funesto período, durante el cual ocurrieron los sucesos que vamos á referir.

Era á principios del año 303 cuando comenzó la décima persecución contra el Cristianismo, persecución quizá la más terrible y sangrienta de cuantas promovió la ira de los enemigos del nombre cristiano. El imperio de Roma había caído en el año 284 en manos de Diocleciano por una de esas revoluciones militares que son, cuando se repiten con mucha frecuencia, síntoma indeclinable de la ruina de las naciones. En el decurso de esos diez y nueve años, Diocleciano compartió desde un principio el imperio con Maximiano Hercúleo, y más tarde nombró césares con título de emperador á Constantino Cloro y á Galerio, á quienes hubo de conferir tal autoridad con objeto de ocurrir á las crecientes necesidades de aquel extensísimo imperio acometido por toda suerte de

gentes bárbaras en sus más remotos confines.

En los primeros años de su dominación mostróse Diocleciano no solamente benigno y tolerante para con los cristianos, sino que llegó, además, á portarse como verdadero protector de ellos, dando ocasión esta circunstancia á que la Religión de Jesucristo se extendiese rápidamente por todas partes y fuese ya incalculable el número de fieles que hacían pública profesión de su fé.

Irritado el espíritu infernal al ver que iba perdiendo ya su dominio sobre la tierra, y empeñado en sostener á los falsos dioses que vacilaban sobre sus pedestales, no cesó un instante de instigar la malicia de los que estaban al frente del imperio, para que, imitando la conducta de sus sanguinarios antecesores, empezasen de nuevo á encender cruel guerra contra los cristianos de todos los lugares. Así sucedió antes de mucho tiempo, y al entrar la primavera de dicho año 303, se promulgó el decreto que fué base de la nueva persecución (1). En él se ordenaba que fuesen derribados todos los templos y edificios en que se reunían los cristianos para la celebración de los divinos misterios, y que fuesen entregados á las llamas

(1) Véanse Eusebio (*Hist. Eccl.* lib. 8, cap. 2) y Lactancio (*De Morte persecutorum*, caps. 12 y 13).

los sagrados libros; que los fieles á la fé de Cristo perdiesen la libertad si eran plebeyos, é incurriesen en la nota de infamia si eran nobles (1).

El César Galerio, más cruel y sanguinario que los otros imperantes, aconsejaba á Diocleciano que mandase arrojar al fuego á cuantos profesaban la ley de Jesucristo; pero Diocleciano no quiso de momento mostrarse tan severo, y se contentó con la publicación del referido edicto.

Acaeció poco después que un terrible incendio hizo inesperadamente presa del palacio imperial y lo redujo casi á cenizas; y, como es natural entre gente impía, se echó la culpa sobre los cristianos. Creen algunos, y así lo dice Lactancio (2), que el mismo Galerio fué autor de tal siniestro con el estudiado intento de culpar luego á los hijos de la Iglesia santa; más, fuese esto así ó fuese efecto solamente de una causa imprevista, el malévolo Galerio no desperdició la ocasión de presentar como autores de ello á los cristianos; con lo que Diocleciano comenzó á irritarse y perseguir con hierro y fuego á los mismos familiares de su palacio, entre los cuales había no pocos que profesaban la fé católica, á fin de ver si, por el temor, descu-

(1) Eusebio, *ibid.*

(2) *De Mort. persec.* caps. 14 y 15.

bría al culpable del supuesto delito. Quince días trascurrieron sin que pudiese averiguarse la verdadera causa de aquel suceso, durante los cuales iba creciendo el enojo del emperador, y al fin de ellos se reprodujo otra vez el incendio, sin que tampoco fuese posible hallar á su autor. Entonces Diocleciano montó en ira y llevó su cólera al extremo de la desesperación; apoderáronse de su espíritu las más aviesas pasiones y decretó la persecución general de que venimos hablando. Publicó nuevos edictos y envió órdenes particulares á Maximiano Hercúleo y al César Constancio para que imitasen su conducta en las regiones confiadas á su autoridad. Su mandato fué exactamente cumplido, y todos á la vez comenzaron en su respectivo distrito á regar el suelo con sangre cristiana, de la misma manera que á raíz del primer edicto se habían apresurado á poner en ejecución sus feroces disposiciones, arruinando templos y entregando al fuego los libros y objetos sagrados.

Las víctimas del furor gentilico fueron desde luego innumerables. Ya no eran conducidos al suplicio aisladamente, sino á grandes pelotones y como á ejércitos enteros. Los calabozos se vieron atestados de cristianos, y se inventaron los más refinados tormentos para dar inhumana muerte á los fieles que caían en poder de los sicarios de la impiedad.

A medida que los edictos de persecución iban promulgándose en las diferentes provincias del imperio, explotaba en ellas la furia de los delegados ó presidentes de las mismas; y así las horribles hecatombes de la Siria y de Palestina fueron produciéndose gradualmente en las comarcas septentrionales, cundiendo como arrasador incendio por el mediodía de Alemania hacia las Galias y España, en el extremo occidental del imperio, y bajando hasta la parte de Africa sujeta al cetro de los emperadores romanos.

Ya se ha visto en el anterior capítulo que los pueblos de Alemania se hallaban á la sazón enteramente faltos de pastores que condujesen á aquella nascente cristiandad por los salvadores caminos de la doctrina evangélica y la sostuviesen y confortasen en la terrible lucha contra las potestades del infierno; y por ahí se echará de ver cuán á tiempo les mandaba la divina Providencia el valioso auxilio del santo Obispo gerundense. Mas en España el caso era muy distinto: aquí se sintió, quizá con mucho mayor fuerza que en otros puntos el rigor de aquella sangrienta persecución; pero esto fué debido en gran parte á la circunstancia de haber el Cristianismo adquirido en nuestra península extraordinario progreso, de modo que á fines del siglo III la iglesia española estaba ya constituida en perfecta jerarquía, como cla-

ramente lo demuestra el hecho de que los obispos, previendo los males que la persecución ya extendida por Italia causaría al despertar en España, se reunieron en número de diez y nueve, con veinte y siete presbíteros, muchos diáconos y otros fieles del pueblo en Elvira (1), y celebraron allí el famoso concilio iliberitano, con el principal objeto de prepararse para la tormenta que se desencadenaba y evitar en lo posible la ruina que ella podía ocasionar en la fé cristiana.

Esa demostración pública y solemne de la vida y robustez del Cristianismo en nuestra España concitó vivamente la ira de los emperadores (2), que al punto enviaron como delegado á Daciano, hombre brutal y de fieros instintos, con el especial encargo de convertir á estos pueblos más bien que gobernarlos (3). Entró éste por el Rosellón, con el carácter de presidente de toda la España, y dirigióse luego á Zaragoza donde fijó su residencia. A su paso por Gerona dejó en ella como lugarteniente de su autoridad al cruel Rufino, con expresa delegación de secundar-

(1) *Iliberis*, población que existía muy cerca del lugar que hoy ocupa la ciudad de Granada. ®

(2) Así lo afirma el erudito escritor D. Lorenzo de Padilla, citado por Fr. Pablo de San Nicolás en su notable obra *Antigüedades eclesiásticas de España*, pág. 277 de la edición publicada en Madrid el año 1725.

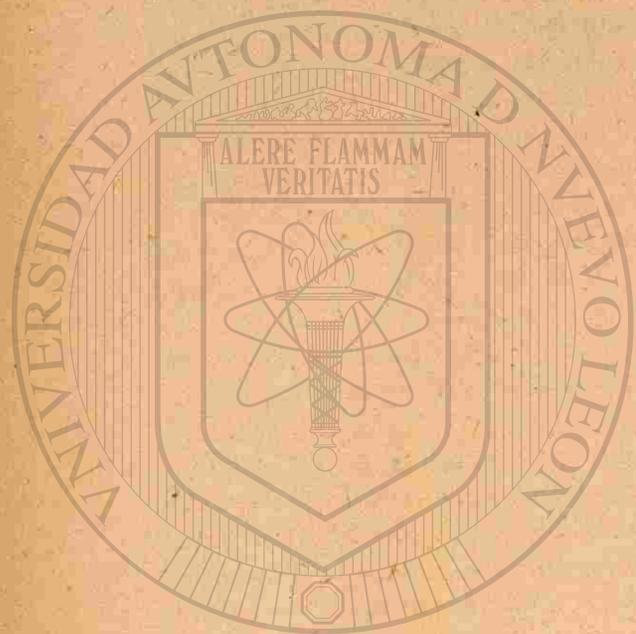
(3) Así se lee en las actas de Santa Leocadia (Florez, *España Sagrada*, tom. VI, pág. 315).

le en la obra de exterminio de los cristianos, hasta que no quedase con vida ni uno solo, si no querían todos apostatar de la fé de Cristo. Rufino cumplió al pié de la letra el inícuo encargo de su jefe, y á poco de su llegada dió cruel muerte á los santos Vicente, Oroncio, Víctor, Aquilina y al marido de ésta; luego después á los cuatro santos mártires Justo, Germán, Paulino y Sicio, al santo obispo Poncio, á los santos Román y Tomás, Sixto y Teobaldo y á otros muchos que sería imposible enumerar, y muy señaladamente al intrépido doctor de la fé San Félix africano, el glorioso apóstol de Gerona, á quien sin duda había inspirado el Señor para que, desde lejanos países, viniese á sostener la fé de los gerundenses cuando la persecución estuvo en su mayor apogeo, y se encontraban aquellos fieles huérfanos de su amadísimo Pastor.

San Narciso caminaba entre tanto, como hemos indicado, hácia Alemania, atravesando las dilatadas comarcas que forman el límite oriental de la Francia y los accidentados territorios limítrofes á la antigua Helvecia, hoy Suiza, para entrar en las tierras meridionales de Alemania hasta llegar al país de los Rethios y Vindelicios, donde á la sazón iba desarrollándose el ferviente odio del paganismo á la Religión cristiana. Hemos de suponer que nuestro Santo, desem-

peñando fielmente la misión apostólica que el cielo le confiara, iba en su larga peregrinación sembrando la doctrina evangélica entre los pueblos de aquellas extensas regiones, siguiendo siempre el impulso de la inspiración divina que le alentaba á través de tantas dificultades y ásperos caminos, ora sufriendo las rudas fatigas de tan largo viaje, ora probando las continuas penalidades é impropio trabajo de sustraerse á los rigores de la creciente persecución. Así llegó, casi fugitivo, á la ciudad de Augusta á últimos de Noviembre del año 303, según juicioso cálculo de los cronistas continuadores de Bollandó, fundado en los datos de la tradición augustana que recogió el erudito Velsero en su comentario *Ad passiones S. Afræ martyris, et SS. Hilarie, Dignæ, Eunomia, Eutropiæ, etc.* (núm. 4); de todo lo cual vamos á tratar detenidamente en los siguientes capítulos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO V

Misión de San Narciso en Alemania

Lo que vamos á referir en el presente capítulo está en gran parte tomado del *Compendio* de la vida de San Narciso, de que hemos dado noticia en el capítulo tercero, y consta en el mismo documento á continuación de los párrafos que allí dejamos traducidos. Existe, además, otro documento en que se narran los mismos hechos y que reviste tal carácter de autenticidad, que le hace altamente preferible al referido *Compendio*. Nos referimos á las Actas de la conversión de Santa Afra, admitidas por la más escrupulosa crítica y cuya antigüedad es tal, que el erudito Marco Velsero no titubea en señalar como autor de las mismas á algun individuo del clero augustano, que por comisión de su iglesia las compuso poco después de la persecución de Diocleciano, restablecida ya la paz en la Iglesia durante el imperio del grande Constantino. El P. Relles

poseía una copia de esas *Actas*, sacada por el eminente jesuíta P. Andrés Moragues de un antiguo libro de coro ó santoral de la Collegiata de San Félix de Gerona, y la dejó inserta en la citada *Historia Apologética* (1); y el Dr. Dorca cita otra copia de las mismas *Actas* rubricada por mano de un obispo y enviada á Gerona desde Augusta en el siglo XVII, que existe auténtica en el archivo capitular de esta S. I. Catedral. Y, finalmente, otro documento igualmente auténtico viene en confirmación de la verdad de cuanto en los dos antes indicados se refiere, y es un sermón que á mediados del siglo XI pronunció en Gerona el célebre obispo ausonense Oliva, el insigne abad de los antiquísimos monasterios de Cuxá y de Ripoll, á quien canta en inmortales versos nuestro insigne vate Mossen Jacinto Verdager (2).

Según esos respetabilísimos testimonios, San Narciso, fugitivo y procurando librarse de las pesquisas de los perseguidores, á su llegada á las tierras de Alemania se dirigió á la ciudad de Augusta (3), y no sabiendo en

(1) Lib. 2, cap. XXI.

(2) En su leyenda épica *Canigó*. De este sermón hablaremos más adelante.

(3) *Augusta Vindelicorum*, hoy Augsburgo, ciudad del reino de Baviera, situada en una extensa y fértil llanura entre los rios Wertach y Lech, unas 10 leguas al N. O. de Munich y 20 al S. O. de Ratisbona.

donde guarecerse, entró acompañado de su diácono Félix en la casa de una famosa pecadora llamada Afra, á la que destinaba el Señor para que fuese ejemplo patente de su divina misericordia, convirtiéndose de escandalosa ramera en fervorosa cristiana que llegó á obtener la palma del martirio por su heroica confesión de la fé de Jesucristo, como en su lugar tendremos ocasión de ver.

Acogió Afra á sus desconocidos huéspedes con la mayor galantería y el más fino agrado, figurándose que aquellos santos varones visitaban su morada con el perverso intento de los libertinos que solían frecuentarla, y mandó á sus sirvientas y compañeras en el vicio que dispusiesen una regalada cena en obsequio de sus inesperados comensales; y, si bien Narciso y Félix aceptaron el convite, condujéronse desde luego como quien eran, mostrando en todos sus actos la mayor modestia y el más honesto recato. Sentáronse á la mesa y, depuesto todo humano respeto, comenzaron á rezar salmos y oraciones, después de hecha con toda reverencia la señal de la cruz.

Admiróse Afra del comportamiento para ella enteramente nuevo de los forasteros, observó atentamente sus acciones y llegó, por fin, á sospechar que fuesen cristianos; y acercándose á ellos con un comedimiento algo ageno á su costumbre, les dijo:

—Paréceme, buenos hombres, que al entrar aquí habeis padecido lamentable equivocación. Si no entiendo mal, vosotros sois cristianos; y he de advertiros que mi casa no es lugar á propósito para albergue de gentes de vuestra clase. Solamente el libertinaje tiene objeto adecuado en este sitio. Aquí nadie llega en busca de otro fin que el disfrute de los placeres de que abominan los secuaces de la ley de Cristo; y entiendo que vuestra virtud está aquí en peligro, si en efecto sois lo que se me figura.

A lo que contestó Narciso:

—Somos efectivamente cristianos, y, como tales, miramos con sumo desprecio los placeres ilícitos que nuestra santa ley reprueba y sentimos para con ellos horror profundísimo; y si, á pesar de ello, hemos entrado en vuestra morada, es porque el Señor ha guiado á ella nuestros pasos para dar comienzo á la obra de recojer nuevas gentes para nuestra sacrosanta Religión y conducir á muchas almas por el camino de la eterna felicidad.

Afra quedó escuchando atónita aquel lenguaje tan nuevo para ella; comenzó á sentir el benéfico influjo de la divina gracia que fué descendiendo sobre su alma á las persuasivas razones del intrépido apóstol; y, en cuanto entendió que el que así la hablaba era un obispo de los cristianos, poseída de respe-

tuoso temór y midiendo de una ojeada el abismo de torpeza en que se hallaba sumida, postróse humildemente á los piés del Santo, y exclamó:

—¡Señor! indigna soy de estar en vuestra presencia, como que no es posible hallar en esta ciudad otra mujer más impura que yo.

A lo que repuso Narciso:

—Mi Dios y Salvador no desdeñó la presencia de una pecadora tan insigne como vos, ni temió mancharse con las lágrimas de verdadero arrepentimiento con que aquella bañó sus augustas plantas; antes, al contrario, su infinita santidad borró las culpas de un alma penitente, porque las más inmundas torpezas no pueden jamás empañar el brillo de la divina pureza, bien así como el resplandor del sol permanece puro en el firmamento, por más que sus limpios destellos desciendan hasta los sucios lodazales de la tierra. Con que, hija, abrid los ojos y recibid en vuestro entendimiento la luz de la fé, para que, purificada de todos vuestros pecados, podais eternamente felicitaros de mi venida á vuestra casa.

—Pero, replicó Afra; ¿cómo es posible que quede yo limpia de tantas culpas, que exceden en mucho al número de mis cabellos?

Y respondió el santo Obispo:

—Para salvaros, basta que, verdadera-

mente arrepentida, abracéis la fé de Jesucristo y recibais el bautismo.

Entonces Afra, alzándose del suelo con firme resolución, llamó á sus criadas Digna, Eunomia y Eutropia, que al punto comparecieron no menos admiradas, y explicándoles en pocas palabras cuanto acababa de ver y oír, las dijo:

—Este buen hombre es un obispo de los cristianos, y me asegura que, si profeso la fé de Cristo y recibo el bautismo, quedaré enteramente limpia de todas mis impurezas y lograré una felicidad eterna. ¿Qué os parece?

Y contestó una de las criadas, asintiendo las demás:

—Vos sois nuestra señora; y, si os hemos seguido é imitado en la maldad, ¿por qué no hemos de imitaros y seguiros en el arrepentimiento y perdón de las culpas? Vos sois nuestra cabeza, y es menester que los miembros la acompañen á donde quiera que ella vaya.

Tomó pie Narciso de esas buenas disposiciones y comenzó á catequizar á aquellas pecadoras, dirigiéndolas palabras de consuelo, animándolas á seguir por el buen camino que iban á emprender, y enseñándolas los primeros rudimentos de la santa fé que salva al mundo. En estas pláticas, llegó la noche y el santo Obispo y su Diácono co-

menzaron á recitar salmos y dirigir al cielo fervorosas oraciones, sin que Afra ni sus criadas se apartasen un punto de su compañía, siempre más admiradas de cuanto oían y notando ya en su alma el principio de la transformación que en ellas iba obrando la divina gracia.

A la mañana siguiente, los perseguidores tenían ya noticia de la llegada de los dos atletas de la fé y aun del punto donde habían recibido hospedaje. Comenzando sus pesquisas, se presentaron en la habitación de Afra, y hallándola en ella, le preguntaron:

—¿Dónde están los forasteros que aquí han pasado la noche?

Y Afra, procurándo desorientarles, contestó:

—Los huéspedes á que os referís son amantes míos, y han salido ya de mi casa, con objeto sin duda de ir á ofrecer sacrificio á nuestros dioses.

Un tanto desconcertados aquellos ministros con esta respuesta, creyeron que en efecto los dos reciénvenidos podían haber subido al templo ó Capitolio, y no insistieron en sus indagaciones, retirándose al punto. Pero, uno que iba con ellos se quedó y dirigió á Afra esta insidiosa observación:

—Yo tengo seguridad de que los dos forasteros que anoche aquí se hospedaron son cristianos, puesto que se les vió repetidas

veces hacer sobre su frente la señal de la cruz en que murió el Cristo á quien adoran.

A lo que respondió Afra, con estudiado disimulo:

—¿Cómo podéis suponer que los cristianos vayan á una casa de libertinage como es la mía? Aquí no entra más que gente de mi condición; aquí solo viene quien quiera aprovecharse de nuestras liviandades.

El interpelante fingió darse por satisfecho con tales evasivas, y marchóse para enterar á los otros de cuanto Afra acababa de decirle.

Afra comprendió desde luego el peligro que corrían el Obispo y su Diácono, y concibió la idea de sacarlos de su morada y buscarles lugar más seguro. Dirigióse sin tardanza á la casa de su madre, llamada Hilaria, y, una vez en ella, la dijo:

—Extraordinario es, madre mía, el lance que á estas horas me trae á vuestra casa. Llegaron anoche á mi casa un obispo cristiano y un diácono, que se conoce iban como fugitivos, sin saber á donde guarecerse. Mis criadas y yo procuramos agasajarles, como tenemos por costumbre hacerlo con cuantos á nosotras se acercan, y dispusimos la cena; mas, bien pronto echamos de ver que los recién llegados eran hombres muy diferentes de los que suelen venir á nosotras. Han pasado la noche en oración, entonando á su

Dios hermosos cánticos, y han querido que nosotras les acompañásemos en su rezo. A eso de la media noche, apagóse la luz que nos alumbraba, y, cuando iba yo presurosa á encender otra sin que pudiese conseguirlo, el diácono me ha dicho: “No busquéis una luz que puede apagarse: pronto se os mostrará otra luz enteramente inextinguible.” Y, oyendo el Obispo estas palabras, levantó sus manos al cielo, diciendo: “Baja del cielo, luz de la verdad; muéstranos tu risueña faz, y seremos salvos.” Oyóse luego un ruido como de trueno, y del cielo ha bajado un resplandor semejante al del sol, que ha iluminado la estancia hasta al amanecer. Al concluir el Obispo su oración, nos ha mandado que digéramos todos “*Amén*”, y al punto la luz celeste ha desaparecido de nuestra vista (1). Vivamente conmovida por aquel prodigio heme arrojado á los piés del Obispo, y, sin poder contener mi emoción, le he dicho: “Menguado favor os habéis hecho entrando y permaneciendo en la casa de una mujer pecadora y por ende indigna de estar en vuestra presencia.” Y él ha contestado: “Entré donde Dios me ha mandado entrar.” No bien

(1) Este rito de concluir la oración con la respuesta *amen* (así sea) de toda la concurrencia de fieles, es antiquísimo; y de él hace mención San Justino mártir en su segunda *Apología* en favor de los cristianos (pág. 213 de la edición de París, año 1575).

ha amanecido y muy cerca de la hora de tercia (1), se han presentado en mi casa unos que, desde la noche, estaban acechando, sin duda para prender á mis huéspedes y darles muerte; mas yo he procurado persuadirles con buenas razones, para que desistieran de su intento, ocultando entre tanto á aquellos santos varones entre unas haces de lino. Ahora estoy temerosa de que vayan á registrar mi casa y den con ellos. Si bien os parece, haré que vengan acá, para que se hallen más seguros: y advertid, madre, que me tomo por ellos tanto interés porque el santo Obispo ha prometido hacerme cristiana y borrar con ello todas mis faltas.

Hilaria, que había escuchado con asombro cuanto su hija acababa de contarle, llenóse de alegría por tan inesperado suceso, y exclamó:

—¡Concédame el cielo tan señalado favor!

Y díjole Afra:

—En cuanto llegue la noche, haré que vengan á esta casa.

Hilaria, sintiendo ya el poderoso efecto de los primeros toques de la divina gracia, repuso:

—Sí, hija mía; ruégales que vengan; y,

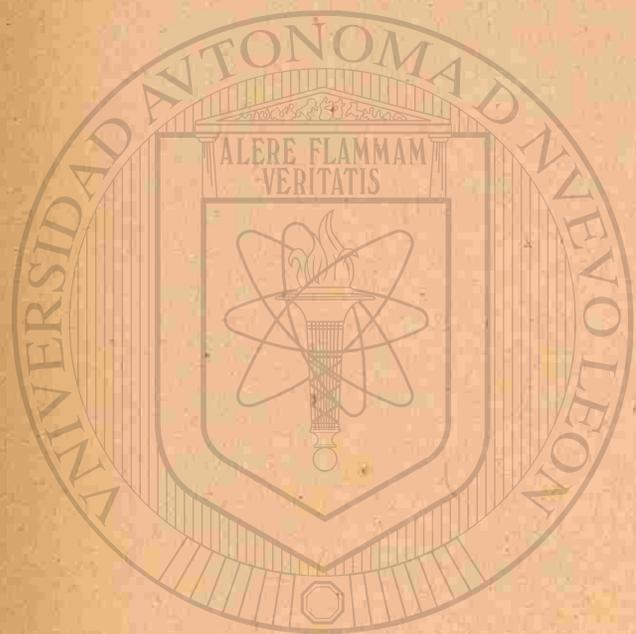
(1) Las 6 de la mañana, según la opinión más común.

si alguna dificultad se ofrece, vé de allanarla (2).

Con este encargo, despidióse Afra de su madre, dirigiéndose luego á su casa con el propósito de poner en salvo la preciosa vida de los que consideraba ya como sus salvadores y mejores amigos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(1) Todos estos pormenores están traducidos casi literalmente de las Actas de la conversión de Santa Afra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO VI

Prosigue la misma materia

Llegó por fin la noche. Afra había puesto á Narciso al corriente de cuanto acontecía, y rogóle encarecidamente que se acogiese al plan de salvación que ella había preparado. El santo Obispo y su diácono, aprovechando la oscuridad, para no ser descubiertos, y seguidos de Afra y sus criadas, se trasladaron á la casa de Hilaria, en la que fueron recibidos con grandes muestras de alegría de los que en ella moraban: *factum est gaudium magnum*, dicen las Actas; y añaden que el favor de la divina gracia fué allí tanto y tan eficaz, que la buena Hilaria, al oír las primeras palabras del Santo, se postró á sus plantas y estuvo por espacio de tres horas atenta á sus inspiradas enseñanzas, exclamando al fin:

—¡Señor! ¡haced que quede yo limpia de mis pecados!

Y San Narciso la dijo:

—Por dichosa podeis teneros, señora, con el favor que recibís del cielo; puesto que, antes de haber aprendido la palabra de verdad, habéis prestado asenso á la verdad misma, que el hombre puede apenas conocer después de habérsela mostrado. Y ya que os veo dispuesta desde luego á escuchar la voz de Dios, empezad á guardar saludable ayuno y continuadlo por espacio de siete días, durante los cuales oiréis mi enseñanza, y al octavo día todas quedaréis limpias de pecado, como niños que no tienen conciencia de culpa alguna.

Entonces dijo Hilaria:

—Para que mejor podáis mostrarnos el nuevo camino que debemos seguir, explicaré, señor, si bien os parece, la vida que hemos llevado y las erradas creencias que hemos venido profesando.

A lo que respondió el santo Obispo:

—El espontáneo ofrecimiento que me hacéis de confesar humildemente vuestros yerros, es garantía de la buena disposición en que os halláis para abrazar la fé que os anuncio. Podéis, pues, explicar las falsas creencias en que habéis vivido.

Hilaria prosiguió:

—Mis padres fueron naturales de la isla de Chipre y de allá trajeron el culto de la impúdica Venus, que erradamente hemos guardado. Ya sabéis que, según enseñan los

sacerdotes de aquella diosa, no hay para las mujeres manera mejor de honrarla que entregarse por completo á la prostitución; y por eso consentí en que la morada de mi hija fuese público lupanar, pensando equivocadamente que, con ello, tendría tanto más propicia á la diosa, cuanto mayor fuese el número de amantes que de las liviandades de Afra se aprovecharen.

Al oír tamaña miseria, el santo Obispo no pudo contener las lágrimas, y lleno de compasión hácia aquellas desgraciadas víctimas del espíritu infernal, dirigiéndose á su diácono, exclamó:

—¡Levántate, carísimo hermano! Lloremos amargamente tan horrenda iniquidad y roguemos humildes al Señor, para que donde abundó el pecado abunde aun más la divina gracia.

—Postráronse al punto todos y permanecieron largo espacio atentos á la fervorosa oración de Narciso, hasta que vino á turbarla un suceso verdaderamente extraordinario. Refieren las Actas que venimos extractando, que en aquel punto se apareció el demonio en figura de un etíope, negro como el cuerpo, desnudo y lleno de asquerosa lepra; y dando un espantoso aullido se encaró con el santo apóstol y le dirigió amargas reconvenciones porque le arrebatava las almas sujetas á su ominosa servidumbre. San Nar-

ciso le conjuró á que manifestase si sabía que nuestro Señor Jesucristo había sido escarnecido, abofeteado y maltratado con horribles tormentos, azotado, coronado de espinas, crucificado y finalmente muerto y sepultado, y á que dijese por quién había el divino Salvador sufrido tanto. El maligno espíritu, forzado por la prodigiosa virtud del siervo de Cristo, respondió que tenía perfecto conocimiento de todo esto, y que sabía igualmente que todos los tormentos del Dios-Hombre, lo propio que su triunfante resurrección, habían servido no sólo para redención del linage humano, sino además para dejar sujeto con ígneas cadenas al príncipe de las tinieblas, que tiene por nombre Satanás, esto es, principio de la muerte. Y el santo Obispo le mandó que se apartase inmediatamente de aquel sitio y dejase en paz á aquellas almas que iban á ser hijas amadas del Señor y herederas de la eterna gloria. Entonces el demonio, lleno de ira al ver que perdía su presa, desapareció dando espantosos alaridos.

Aquellas pobres mujeres quedaron horrorizadas de tan horrible visión, y fué necesario que San Narciso las animase con nuevas é inspiradas exhortaciones, para que, de puesto todo temor, siguiesen animosas por el camino de su conversión, sin miedo á las amenazas del despechado enemigo.

El resto de la noche lo pasaron todos en fervorosa oración, atentos los catecúmenos á las palabras de consuelo que brotaban de los labios del Santo, y unidos en espíritu á los cánticos y salmos con que él y su Diácono estuvieron ensalzando las bondades del Señor y dando gracias al cielo por las bendiciones que empezaba á derramar sobre aquella nueva grey de Jesucristo.

A la mañana siguiente, apenas nació el día, presentóse otra vez el demonio repitiendo sus quejas y reclamaciones porque San Narciso le quitaba las almas que tenía ganadas para sí; y el Santo le conjuró de nuevo en nombre de Dios y le echó de aquel lugar, ordenándole que se dirigiese inmediatamente á los Alpes Julianos y diese muerte á un fiero dragón que con su aliento emponzoñaba las aguas de una fuente, de las cuales por tal motivo no podían beber los hombres ni los ganados. El demonio se vió forzado á cumplir el mandato de San Narciso, y mató á aquella dañosa alimaña, con lo que pudieron en lo sucesivo servirse del regenerado manantial los moradores de aquellas montañas (1).

(1) Hácese mención de este suceso en la vida de San Magno abad, caps. 2 y 4, con estas palabras: *...Ad fontes Alpium Julianorum, ubi B. Narcissus Episcopus Tolessanae civitatis jussit diabolo draconem interficere, quando Sanctam Afram convertit ad fidem.* Ya hemos indicado antes que los críticos Bolandistas enmiendan el *Tolessanae* por *Gerundensis*.

Afra, su madre, sus criadas y los que en la casa de Hilaria vivían cobraron ánimo con la victoria que el santo Obispo acababa de obtener sobre el maligno inspirador de todos los enemigos de la Iglesia santa, y estuvieron varios días oyendo las enseñanzas con que su generoso libertador fué disponiéndoles para recibir el bautismo y entrar en el gremio de los fieles servidores de Jesucristo. Preparados con el ayuno, la oración y otras prácticas piadosas, llegó finalmente el día para ellos tan deseado, y fueron bautizados con grande regocijo de los varones apostólicos que veían coronado con feliz éxito el primer paso de sus trabajos evangélicos en aquella ciudad, y de los nuevos cristianos que adquirían el inapreciable derecho de conseguir la felicidad eterna.

Bien pronto llegó á conocimiento de los parientes y amigos de aquella dichosa familia el cambio radical de vida y costumbres de sus individuos, á consecuencia de su conversión al Cristianismo, y quisieron todos oír la predicación de San Narciso, que poco á poco fué convirtiéndolo y bautizando á todos ellos. De estos, pasó la noticia á otros muchos que igualmente acudieron á nuestro Santo, y unos y otros salieron cristianos de aquella permanente misión. En poco tiempo creció de modo extraordinario el número de conversos, en términos que una gran parte

de los moradores de Augusta adoraron á Jesucristo, abrazando entusiastas y decididos su santa ley.

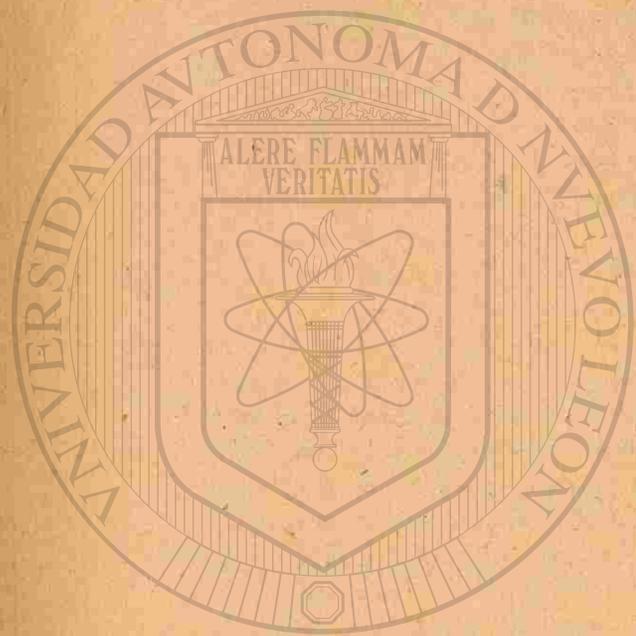
En esta grande obra emplearon San Narciso y su Diácono nueve meses, durante los cuales enseñaron á los augustanos las sublimes verdades de nuestra sacrosanta Religión y les animaron á seguirla y defenderla en todos tiempos y circunstancias, aunque para ello se viesen precisados á arrostrar los mayores peligros ó sufrir horribles tormentos y la muerte misma, seguros de que jamás había de faltarles el auxilio del Señor y la condigna recompensa en la vida que no tendrá fin. Pasado este tiempo y convenientemente preparado el terreno, San Narciso ordenó de presbítero á Zózimo, ó Dionisio como le llaman otros, tío de Afra y hermano de Hilaria; y convertida en templo la casa de esta última, pudo considerarse ya fundada la primitiva iglesia de Augusta, cuyos hijos se vieron no obstante obligados á mantener oculto á las miradas profanas aquel lugar, en que se celebraron desde luego y en cuanto fué posible los augustos actos del culto cristiano, á fin de sustraerse á la persecución de los gentiles que allí, como en todas partes, fué creciendo y generalizándose con inaudita crueldad.

Por fin, llegó el día en que San Narciso creyó cumplida su providencial misión, y

trató de disponerse á emprender su viaje de vuelta á Gerona. Entonces elevó á Zózimo á la dignidad de obispo de aquella naciente congregación de fieles; dispuso cuanto estimó necesario para que se perpetuase allí el ministerio sacerdotal, indispensable para el régimen y dirección del pueblo fiel; y despidiéndose para siempre de la nueva grey que dejaba instituída para Cristo, tomó en compañía de Félix el largo y trabajoso camino á través de las dilatadas comarcas que les separaban de su querido país natal.

Los auténticos documentos de que hemos hablado no descienden á más minuciosos detalles de los hechos que venimos reseñando, limitándose solamente á trazar las líneas generales de esta verídica historia en la misma forma y empleando casi las mismas palabras con que acabamos de referirla. No queremos, sin embargo, pasar adelante sin apuntar brevemente dos reflexiones que ella nos sugiere. Es la primera considerar cuán valioso ha de ser el patrocinio de un Santo tan esclarecido como nuestro ilustre tutelar, á quien confió el Padre celestial el glorioso ministerio de llevar la fé y civilización cristianas á un pueblo que yacía embrutecido entre los groseros errores del paganismo, levantándole de su abyección y dirigiéndole por los senderos de la verdad y la vida; lo que debe animarnos á honrarle y profesarle

la más afectuosa devoción, para merecer en nuestras necesidades el eficaz auxilio de su poderosa intercesión para con el Señor. Y es la segunda reflexión la consoladora idea de la bondad y misericordia infinitas de nuestro Dios, que no sólo se muestra siempre dispuesto á prevenir cuanto es necesario para socorrernos en las mayores necesidades de la vida y procurar nuestro bien temporal y eterno, como lo atestigua la providencial marcha del santo Obispo á una región menesterosa del apoyo de su misión apostólica; sino que está, además, siempre pronto á borrar nuestros pecados y acogernos en el seno de su divina gracia, mediante nuestra sincera penitencia, como así nos lo enseña la admirable mudanza de Afrá, convertida de pública pecadora en mujer virtuosa y santa; lo que inspiró al venerable obispo ausonense Oliva las palabras con que en su aludido sermón nos exhorta á la imitación de las virtudes de nuestro Santo, con el fin de conservarnos en gracia de Dios, y nos recuerda la necesidad de que si, por desgracia, la enormidad de nuestras culpas nos empujase al abismo de la desesperación, busquemos remedio en la imitación del arrepentimiento de Afrá y de sus compañeras, que, amaestradas por la doctrina del santo Apóstol gerundense, merecieron opimos frutos de gracia y justificación en Jesucristo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO VII

Primeros mártires de Augusta

Dejemos por unos momentos á San Narciso y á San Félix, su diácono, en su camino de vuelta á España, y detengámonos un poco entre los vindelicios para presenciar el sublime espectáculo que solamente pueden ofrecer los héroes que dan su vida por la confesión de la verdadera fé.

Augusta iba llenándose de cristianos y la Religión del Dios crucificado era ya profesada en todos los ámbitos de aquella célebre ciudad. Su presidente ó prefecto Gayo se empeñaba inútilmente en atajar sus progresos é iba montando en cólera, á medida que tocaba la realidad de su pública derrota. Sus amenazas sólo conseguían estimular el fervor y la intrepidez de los neófitos augustanos. Un día resolvió, instigado por el espíritu de las tinieblas, ahogar en sangre el entusiasmo de los que en número siempre creciente iban abrazando la fé cristiana. Desde

aquella noche en que había intentado prender á los ilustres huéspedes de la casa de Afra, las puertas de ella habían permanecido cerradas á las abominaciones de que hasta entonces había sido teatro; y como quiera que la interdicción de los asquerosos placeres de la carne es el principal resorte para enconar el odio de los enemigos de nuestra Religión santa, era natural que el infiuo presidente desfogase en primer término su ira contra la mujer arrepentida que negaba á los malvados la satisfacción de sus brutales deseos. Afra fué llamada á la presencia del presidente, y Gayo, después de recriminarla durísimamente por su mudanza de vida y conversión al Cristianismo, la increpó en estos términos:

—Es necesario que ofrezcas sacrificio á nuestros dioses; de lo contrario, vas á sufrir horribles tormentos. Reflexiona que es mil veces preferible vivir á encontrar la muerte en cruel suplicio.

—De ninguna manera seguiré vuestro consejo, contestó Afra; bastantes pecados he cometido siendo infiel.

—¡Bah! replicó el presidente; déjate de inútiles negativas. Vé al Capitolio y sacrifica.

—Mi Capitolio es Jesucristo, repuso Afra con inspirada voz: á él tengo siempre presente á mis ojos y á él confieso humildemen-

te mis culpas. Y puesto que me reconozco indigna de ofrecerle un sacrificio adecuado á su Majestad soberana, deseo vivamente el sacrificio de mi vida por su santo nombre.

—Pero, preguntó Gayo, ¿no te entregaste hasta ahora á la prostitución? ¿Y quieres que el Dios de los cristianos acepte tus obras?

—Sabed, respondió Afra, que nuestro Señor Jesucristo bajó del cielo á la tierra precisamente para redimir y salvar á los pecadores; y, como enseña el Evangelio, jamás desdeñó la presencia de las mujeres mundanas ni de los mismos publicanos, con tal que unas y otros tratasen de arrepentirse de sus maldades.

—Ofrece sacrificio, te repito, dijo el tirano; y serás querida de tus amantes, como antes lo eras, y aún podrás atesorar muchas riquezas.

—¡Jamás! respondió con viveza la Santa. Nunca tomaré en lo sucesivo semejante dinero. El que tenía lo he arrojado ya lejos de mí, porque en buena conciencia no podía guardarlo, y venciendo la resistencia de algunos cristianos pobres que se negaban á recibirlo, se lo he dado todo (1).

—Es inútil, volvió á decir el presidente, que reconozcas y confieses á Jesucristo,

(1) La Iglesia antiguamente ni aún para los pobres admitía las oblações de las públicas ramerás.

puesto que una ramera no puede llamarse cristiana.

A lo que Afra contestó bajando con humildad los ojos.

—Por cierto que no merezco llamarme cristiana; pero la misericordia de Dios es tanta, que ha querido admitirme á su santa amistad y gracia.

Y Gayo replicó:

—Bien: sacrifica á los dioses, y ellos te salvarán.

—¡No mil veces! contestó la Santa. Mi salvador es Jesucristo, que, pendiente en la cruz, prometió el Paraíso al ladrón que tuvo el valor de confesarle.

El inicuo juez no tuvo ya calma para escuchar más negativas, y con los ojos encendidos de despecho exclamó:

—¡Sacrifica! ú ordeno que, desnuda, seas vilmente azotada en presencia de tus mismos amantes.

—¡Ah! repuso Afra con dulce acento; ya no tengo otro motivo de confusión y vergüenza que los pecados de mi vida pasada.

—Avergonzado estoy, prosiguió el tirano, de estar tanto tiempo contendiendo contigo. Si no me obedeces, morirás.

Y la Santa, no pudiendo contener su alegría, al oír esta fiera amenaza, exclamó regocijada:

—¡Oh! ese es mi ardiente deseo, si es que

no soy indigna de morir por mi amado Jesús.

—¡Sacrifica! volvió á gritar el juez, ó mando que te atormenten y te quemem viva.

—Padezca enhorabuena el cuerpo que ha pecado, contestó Afra tranquilamente: lo que no quiero es que tenga que padecer el alma por haber ofrecido incienso á los demonios.

Entonces Gayo, encendido en ira, se puso de pié en el tribunal y pronunció así la sentencia:

—Condenamos á la prostituta Afra, que se ha declarado cristiana, á ser quemada viva, por haber rehusado sacrificar en honor de los dioses del imperio.

Los verdugos se apoderaron inmediatamente de ella y la condujeron á un arenal aislado en medio del rio Lech, no muy distante de la ciudad, y una vez allí, la desnudaron y la ataron á un poste. Ella levantó los ojos al cielo y comenzó á dar gracias y alabanzas al Señor, derramando lágrimas de consuelo. Entre tanto los verdugos disponían la hoguera al rededor de la dichosa mártir, arrimando haces de sarmientos. Pegáronles fuego, y al poco rato la Santa entregó su espíritu al Creador sofocada por el humo y las llamas que la envolvían.

A la orilla del rio se divisaban, merced á la débil claridad del crepúsculo, algunas personas que de lejos habían estado contemplando aquel fúnebre cuadro; y, no bien los

verdugos abandonaron el cadáver de la Mártir, vadearon aquellas el río, y acercándose á la hoguera, pudieron todavía impedir que el cuerpo de la Santa quedase reducido á cenizas. Eran Digna, Eunomia y Eutropia, las tres siervas y compañeras de Afra, acompañadas de un niño que volvió atrás y corrió á dar noticia del suceso á Hilaria, la madre de la valerosa Mártir. Hilaria, en cuanto cerró la noche, se dirigió en compañía de algunos sacerdotes y otras personas á aquel lugar, y reunidos allí todos, recogieron el cuerpo exánime de Afra y lo llevaron á un sepulcro que para sí y su familia había antes erigido Hilaria á dos millas de la ciudad (1).

La noticia de este entierro fué comunicada al presidente, dándosele carácter de reunión clandestina de cristianos, y Gayo despachó para aquel sitio un pelotón de soldados con orden de obligar á cuantos encontrasen allí á ofrecer sacrificio á los dioses, só pena de ser entregados al fuego sin consideración ninguna. Fueron allá los soldados y, no pudiendo lograr con ruegos ni con amenazas que se cumpliese el mandato del presidente, llenaron el ámbito del sepulcro hasta la bóveda con haces de cambrones y

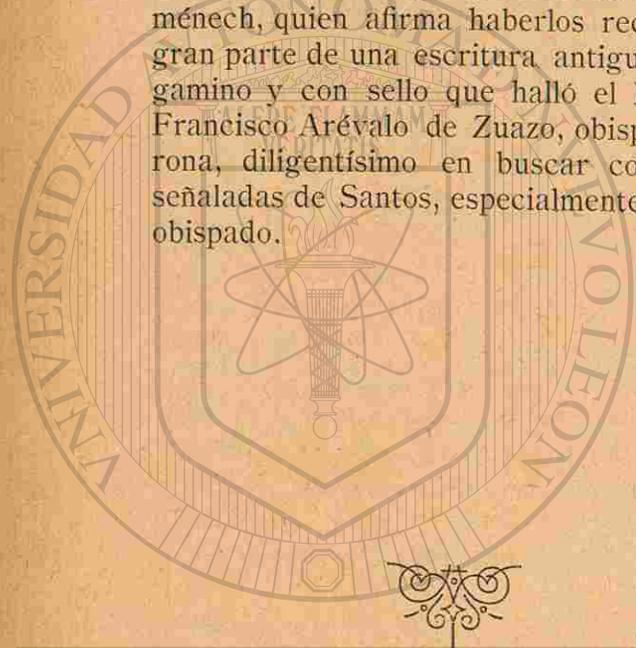
(1) Consistían los sepulcros de las personas pudientes de Augusta, en pequeños edificios de capacidad bastante para contener varios departamentos ó separaciones en que iban depositando los cadáveres de los difuntos de la familia.

sarmientos secos, pegáronles fuego y, cerrando la puerta, se retiraron de aquel lugar en que recibieron el martirio la madre de Afra, las criadas y las otras personas que las habían acompañado en la fúnebre ceremonia.

Los críticos Ruinart y Tillemont observan que, si bien la festividad de esos mártires se celebra el día 5 de Agosto, acaeció el martirio el 7 del propio mes, año 304; y el P. Juan Croisset, de la Compañía de Jesús, añade á estos datos que el bienaventurado San Afro, tío de Afra, cuya fiesta se celebra el día anterior á la de aquella santa Mártir, debió ser martirizado con mayores tormentos, para que fuese ejemplo de otros, aunque no se sabe con que género de martirio haya padecido. Y respecto del glorioso San Dionisio ó Zózimo, tío tambien de Santa Afra, dice el mismo P. Croisset, siguiendo la opinión del erudito Velsero, que es de creer que estaría presente como sacerdote y pontífice á las exequias de su bendita sobrina, y que con su hermana Santa Hilaria y las otras mártires fué quemado y recibió la palma del martirio.

Por la conexión que con nuestro asunto tiene la noticia que acabamos de apuntar acerca del triunfo de los primeros discípulos de San Narciso, hemos creído oportuno dedicar á la misma el presente capítulo. El lec-

tor, haciéndose cargo de este razonable motivo, nos dispensará esta digresión, cuyos datos hemos entresacado del historiador Doménech, quien afirma haberlos recogido en gran parte de una escritura antigua en pergamino y con sello que halló el Ilmo. don Francisco Arévalo de Zuazo, obispo de Gerona, diligentísimo en buscar cosas muy señaladas de Santos, especialmente de este obispado.



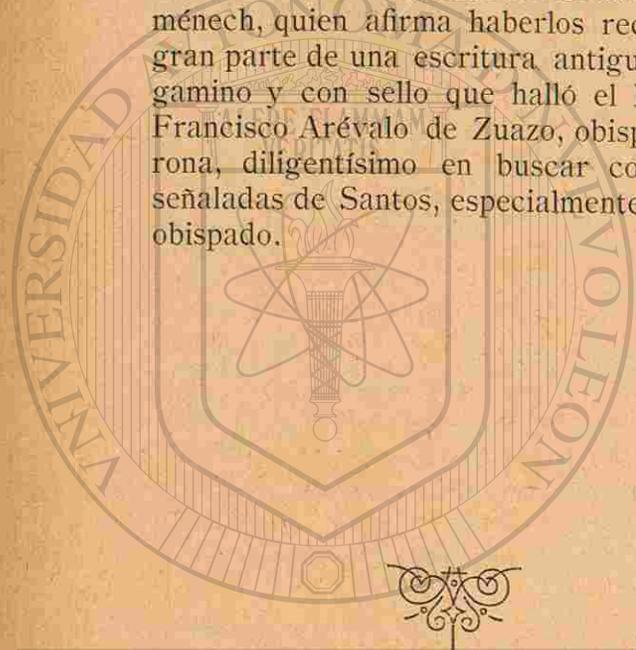
CAPITULO VIII

Regreso de San Narciso á Gerona

Después de recorrer el larguísimo trayecto que media entre Alemania y España, pisaron nuevamente San Narciso y su diácono Félix las tierras que se extienden hácia el Mediodía en el extremo oriental de la cordillera pirenaica, y tras un viaje de seis ó siete meses, á pié y sufriendo todo género de incomodidades y privaciones, llegaron á Gerona.

Por lo que dejamos apuntado en el capítulo IV puede fácilmente colegirse el lamentable estado en que el santo Obispo debió encontrar á su amada grey, combatida duramente todo aquel tiempo por la furia del delegado de Daciano, que ejecutó en ella la más horrible carnicería. El bárbaro Rufino había encontrado al pueblo gerundense enteramente cristiano, y se cebó en él como lobo hambriento entre un rebaño de tímidas ovejas. Verdad es que hubo de habérselas

tor, haciéndose cargo de este razonable motivo, nos dispensará esta digresión, cuyos datos hemos entresacado del historiador Doménech, quien afirma haberlos recogido en gran parte de una escritura antigua en pergamino y con sello que halló el Ilmo. don Francisco Arévalo de Zuazo, obispo de Gerona, diligentísimo en buscar cosas muy señaladas de Santos, especialmente de este obispado.



CAPITULO VIII

Regreso de San Narciso á Gerona

Después de recorrer el larguísimo trayecto que media entre Alemania y España, pisaron nuevamente San Narciso y su diácono Félix las tierras que se extienden hácia el Mediodía en el extremo oriental de la cordillera pirenaica, y tras un viaje de seis ó siete meses, á pié y sufriendo todo género de incomodidades y privaciones, llegaron á Gerona.

Por lo que dejamos apuntado en el capítulo IV puede fácilmente colegirse el lamentable estado en que el santo Obispo debió encontrar á su amada grey, combatida duramente todo aquel tiempo por la furia del delegado de Daciano, que ejecutó en ella la más horrible carnicería. El bárbaro Rufino había encontrado al pueblo gerundense enteramente cristiano, y se cebó en él como lobo hambriento entre un rebaño de tímidas ovejas. Verdad es que hubo de habérselas

con cristianos entusiastas y esforzados como hijos de nuestra noble ciudad, y se vió precisado á combatir con atletas de la fé como el insigne diácono Victor y el indomable apóstol Félix africano; pero, á pesar de tanta fé, tanto valor y tal constancia, llegó el infame tirano á diezmar á los fieles de Gerona en términos que los sobrevivientes se vieron amedrentados y reducidos á ocultarse otra vez en las cavernas y subterráneos, por falta de jefes que pudieran guiarles en aquella lid sangrienta.

En tales circunstancias, creyendo Rufino ya cumplida su infernal comisión, pudo abandonar esta ciudad en la creencia de haber acabado en ella con la congregación de los adoradores de Jesucristo.

El conocimiento de esta dispersión y nueva calamidad nos sugiere fácilmente una idea de la oportunidad con que llegó San Narciso á su querida patria. ¡Cómo se esforzaría el santo Obispo en reorganizar su atribulada grey, y cuánto ánimo cobrarían los cristianos con la presencia y tutela de su venerado Padre! Es de suponer que no cesaría de animarles con sabias exhortaciones y que les conjuraría á seguir animosos en la profesión de la verdadera fé, poniendo ante sus ojos los bellísimos ejemplos de los que habían vertido su sangre por confesar á Jesucristo, mostrándoles la brillante corona que por ello ceñían en el reino de los cielos.

El citado *Compendio* de la vida de nuestro Santo, cuya traducción hemos suspendido en el capítulo tercero, después de referir cuanto queda dicho acerca de la conversión de Santa Afra y del regreso de San Narciso en compañía de su Diácono, dá cuenta de su llegada en los siguientes términos:

“Encontraron aquella Iglesia quebrantada por horrible tempestad de persecución, en términos que eran muchos los que vacilaban en la fé, á los cuales confortó San Narciso; y exhortando á todos para que los que seguían constantes lo estuviesen aún con mayor firmeza, les animó á sufrir el martirio.

“Reunió luego á los fieles de ambos sexos y les expuso el motivo de su largo viaje, refiriéndoles como Jesucristo, por su gracia y gran misericordia, obró en Augusta la conversión de insignes rameras para ejemplo en todos de penitencia y para que la virtud se viese ensalzada entre los gentiles. Oyendo este razonamiento, toda la multitud de fieles derramó copiosas lágrimas y dió gracias al Señor que no permite que ninguno se pierda, sino que desea que abracen todos la penitencia y consigan el perdón de sus pecados. ®

“Entre tanto, mientras San Narciso iba sembrando la divina palabra por los lugares de España y convirtiendo á muchos á la fé, llegó á sus oídos la nueva de que la iglesia que dejó fundada en Augusta se hallaba ya

tan despedazada por la cruelesísima persecución de los gentiles, que apenas quedaban en ella insignificantes restos de la Religión cristiana; y que la bienaventurada Afra, obligada á comparecer ante el tirano y después de haber hecho pública confesión de su fé, por el nombre de Cristo habfa sido condenada á la hoguera, en cuyas llamas sufrió martirio con todos los de su familia.

“Sabedor de esto el santo Obispo, dió gracias al Señor por la gran victoria que con su pasión habían logrado Afra y sus compañeras; pero, al mismo tiempo, lloró con amarguísimas lágrimas la persecución y ruina de aquel rebaño de Jesucristo; y rogando fervoroso á Dios por las reliquias que subsistiesen del lozano vergel que habfa plantado en Augusta, señaló día en su Iglesia para la solemne conmemoración del martirio de Afra y demás que la acompañaron en su triunfo, y divulgó por las Iglesias de España la historia de su conversión y gloriosa muerte.”

De estas últimas palabras y del contexto de los párrafos que acabamos de copiar deducen algunos que nuestro Santo, en el espacio de cerca tres años que medió desde su regreso á Gerona hasta su martirio, no se limitó á reconstituir su propio obispado, sino que además recorrió otros países y visitó muchos otros lugares de España, predi-

cando en todas partes la doctrina evangélica, convirtiendo á muchísimos y levantando el culto y adoración de Jesucristo á la altura que habfa alcanzado antes de esta última persecución. El Breviario barcinonense consigna la noticia de su predicación en la populosa ciudad de *Emporion* (Ampurias) sobre la costa meridional del golfo de Rosas, en la que habfa predicado, poco antes, y recogido abundante fruto el glorioso Apóstol de Gerona San Félix el africano, y de cuyo extenso ámbito quedan sólo débiles vestigios y reducidas ruinas.

Debió favorecer muchísimo á esta última misión de San Narciso la circunstancia de haber abandonado estas tierras el cruel prefecto Daciano y su delegado Rufino, á consecuencia de la abdicación de los emperadores Diocleciano y Maximiano Hercúleo, verificada en primero de Mayo del año 305 de nuestra Era (1), con lo que terminó la pretura extraordinaria de aquellos lugartenientes del Imperio. Entonces cesó por completo la persecución que podríamos llamar oficial y que en España no se prolongó á más del año 304, según afirma Eusebio (2); pero continuó

(1) Así se desprende de la narración de Lactancio en su libro *De Morte Persecutorum*. Pueden verse las notas del eminente crítico P. Antonio Pagi, al año 304, en las obras históricas del cardenal Baronio.

(2) *De Martyribus Palestinae*, cap. XIII.

todavía durante algunos años una persecución popular, sostenida, con aquiescencia de las autoridades imperiales, por el fanatismo de los gentiles en quienes no acababa de extinguirse el odio al Cristianismo. A estos resabios de persecución se debió el martirio de San Narciso que luego vamos á referir.

Vuelto el Santo á Gerona después de sus últimas predicaciones en varios puntos de Cataluña, se dedicó especialmente al cuidado é instrucción de sus amados hijos los geroneses. Corría el año 307 y la presencia del Pastor vigilantísimo iba ya reportando su fruto en el pueblo cristiano. El ardiente amor de Dios que abrasaba su pecho, el poderoso estímulo de sus virtudes ejemplarísimas, su incansable celo y su caridad inagotable excitaban y enardecían á un tiempo el amor de los buenos y el odio de los malos; y así como el elocuente oráculo de su palabra aumentaba diariamente el número de los que atentos y dóciles le escuchaban, así también iba redoblándose el encono que el espíritu maligno infundía en los obcecados secuaces del paganismo.

Entonces, como ahora y como siempre, había hombres perversos, que, esclavos del vicio y enemigos de la austeridad que demanda la moral verdadera, se empeñaban en eclipsar el sol de la verdad que les confundía y en matar la voz de la virtud que re-

prendía sus excesos y maldades. Estos odiaban de muerte á San Narciso, y en su deseo de destruir la obra del glorioso Prelado, concitaban los ánimos contra él y sus fieles adictos, y mantenían en lo posible la persecución que ya no ejecutaban directamente los poderes públicos. Es achaque de todos los tiempos en que los gobiernos no están informados por el espíritu de la moral católica, el descaro de los malos en vejar y oprimir á los que siguen el camino del deber y de la justicia; y esto precisamente pasaba en Gerona durante aquella época en que el sol del Cristianismo pugnaba todavía por romper la densa niebla que los errores gentílicos tendían sobre la tierra.

Pero, además de las causas de persecución y exterminio que acabamos de alegar, hubo otra muy poderosa y eficaz, que señala el referido *Compendio* y que fué el verdadero instrumento de la muerte de San Narciso. Esta fué la falsa prudencia de aquellos enemigos encubiertos que, só capa de fingido celo por el bien general y con el taimado pretexto de evitar mayores males, no solamente procuran dejar expedito el camino para que los malvados puedan realizar su dañado intento, sino que á veces, y esto es lo más frecuente, se adelantan á promover y aconsejar el mal, si no tienen valor para ejecutarlo por sí mismos. Esos adversarios sola-

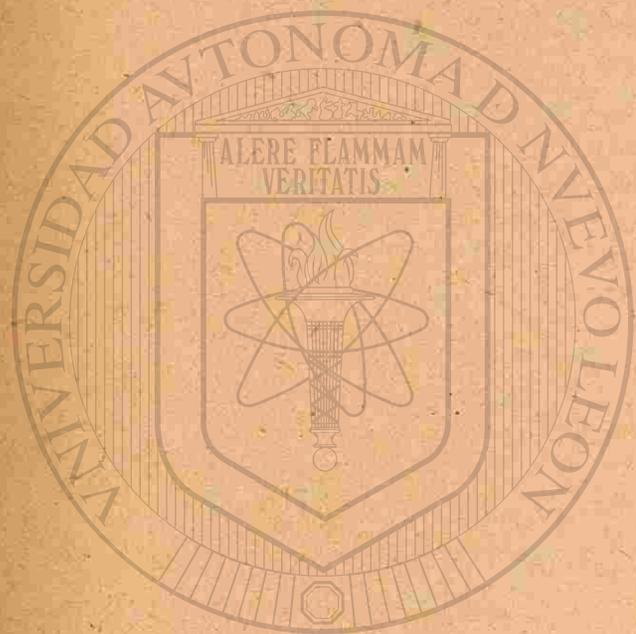
pados ó traidores encubiertos sabian positivamente que los sicarios del gentilismo maquinaban la muerte del santo Obispo, pero comprendían que éstos no se hubieran atrevido á realizar su maldad por el temor de que se originase un tumulto en defensa del amado Pastor de los cristianos. Por otra parte, estaban firmemente persuadidos de la inutilidad de exigir al Santo, ni siquiera proponérselo, que cesase en su predicación y trabajo apostólico en defensa de la verdad católica contra los errores de la inmunda idolatría; porque un atleta de la fé cristiana ni cesa un instante en la lucha ni transige jamás con las añagazas del artero adversario. Y temerosos de que la cristiana entereza y santa intransigencia del valeroso apóstol ocasionase una nueva persecución en detrimento de la falsa paz que tanto codiciaban los mundanos, resolvieron en secreto procurar la muerte del enviado de Dios, facilitando mañosa y disimuladamente la realización de un crimen que quizá no se hubieran atrevido á perpetrar los enemigos descarados del nombre cristiano. Asi lo dice textualmente el tantas veces citado Compendio de la vida de nuestro Santo, con las siguientes palabras: *Audientes interim majoris Civitatis Gerundæ multos quotidie converti ad Christum per Beatum Narcissum, quem dudum ob declinandam perse-*

cutionem ad exterarum regiones profugisse audierant, timentes ne fama doctrinæ ad aures præfecti Hispaniæ pertingeret, et ne forte furor illius contra Civitatem illam desæviret, cogitaverunt eum occidere; sed quia vir nobilis erat, et etiam multi erant qui per eum Christo crediderant, timentes ne seditio oriretur in populo si publicè occideretur, jusserunt satellitibus suis ut observarent eum, et accepta opportunitate clam interficerent.

Al transcribir ese notable texto, hemos creído conveniente dejarlo en latín, tal como se halla continuado en los autores que en otro lugar citamos (1), para que no pueda sospecharse que, con la traducción, recargáramos la dureza de su concepto, ni atribuirse á exageración nuestra el relato de una maldad que atestigua la proverbial baja de los *prudentes* del siglo, de aquellos que en todos tiempos han causado mayor daño á la Religión que sus más fieros y descarados perseguidores.

A esa vil infamia se debió la muerte de nuestro glorioso Patrono, de que vamos á tratar en el capítulo siguiente. ®

(1) En el cap. III, pág. 30.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



CAPITULO IX

Martirio de San Narciso

Acercábase el momento en que el valeroso apóstol de España y Alemania iba á recibir, en recompensa de su ímprobo trabajo, la corona de eterna gloria que el Señor le tenía preparada en el reino de los cielos. Su misión estaba cumplida y sólo le faltaba obtener la palma del martirio por él tan ardentemente deseada.

En el capítulo precedente queda ya indicado el anhelo de la muerte del glorioso Obispo que de consuno abrigaban sus descarados enemigos y sus encubiertos adversarios; veamos ahora cómo unos y otros se pusieron en combinación para realizar su común perverso intento.

Por lo que dejamos dicho en el decurso de nuestra narración, puede el lector formarse idea del triste estado á que debían verse reducidos los cristianos de Gerona en aquellas aciagas circunstancias. Es regular

y muy probable que se hallaba derruida la capilla ó templo público dedicado á la Santísima Virgen, que, según opinión de los mejor reputados cronistas, era sede episcopal y estaba edificada dentro de los muros de la ciudad, en el mismo sitio que actualmente ocupa nuestra magnífica Catedral; el culto cristiano proscrito por los decretos imperiales; los fieles que se atrevían á hacer exterior manifestación de sus creencias, perseguidos y martirizados, y el Pastor amantísimo de la cristiana grey gerundense, precisado á huir de la luz del día y buscar lugares escondidos para reunir al pueblo y hacerle partícipe de los sagrados misterios, tomando para ello todas las precauciones posibles á fin de ocultarlo á la vista de los feroces sicarios del paganismo.

En las afueras de la parte septentrional de la ciudad, á corta distancia de la puerta que todavía existe, comunmente conocida por *Sobre-portas*, estaba emplazado, según las mejor fundadas conjeturas, el cementerio de los cristianos, en el mismo sitio que ocupa la ex-colegiata iglesia de San Félix (1), donde estaban sepultados los innumerables mártires de la entonces reciente perse-

(1) Según otros autores, había en aquel sitio una casa con su jardín ó huerta de recreo, por el estilo de las villas romanas, de la cual se había utilizado una parte para capilla ú oratorio.

cución de que hemos hablado. No pudiendo utilizarse el derruido templo que poco antes indicamos, es verosímil que, insiguiendo la costumbre observada por los cristianos de aquel tiempo, los fieles se reuniesen allí con su Obispo, en alguna cripta ó subterráneo ignorado de los profanos y convertido en más ó menos espacioso templo, según lo permitía el lugar y las circunstancias de aquella calamitosa época. Allí se ocultó por algún tiempo la reunión de los que profesaban y sostenían la fé de Jesucristo, hasta que su concurrencia llamó la atención de los fanáticos adversarios del Cristianismo. Concibióse primero alguna sospecha, inquirióse luego lo que allí pasaba, y no tardaron los malvados en tener conocimiento de todo, tomándose por fin la resolución de acabar de una vez con lo que unos detestaban por odio sectario y otros miraban como un peligro de que volviese á alterarse la pública tranquilidad ó recrudesciese la persecución ya un tanto reducida.

Preparada insidiosamente una indigna sorpresa y llegado el día en que se resolvió llevarla á cabo, apostáronse algunos en las sombras de la noche para espiar el momento oportuno de realizarla, teniendo de antemano dispuestos los malvados que se prestaron á ejecutar acción tan villana.

San Narciso entró como de costumbre en

la capilla, y poco á poco fuéronse reuniendo en ella los cristianos, que aquel día acudieron, segun verídica tradición, en bastante número. No bien se hubo preparado lo conveniente para el santo sacrificio de la Misa y cuando se disponía el santo Obispo á celebrarla, asistido de su diácono Félix, invadieron los asesinos el cementerio, forzando sus puertas, y dirigiéndose á la capilla, se precipitaron en ella con estrepitoso tumulto y llenaron de insultos á cuantos oraban ante el sagrado altar, prorrumpieron en horribles blasfemias y dirigieron al Santo los más injuriosos dicitrios. En medio de tal confusión, los malvados se abalanzaron sobre él y, arrebatándole del altar, le infirieron tres profundas heridas, una en el hombro, otra en la garganta y otra en el tobillo; degollaron bárbaramente al diácono y sembraron la desolación y la muerte entre los fieles allí congregados, que uno á uno fueron cayendo á los despiadados golpes de aquella horda de viles foragidos.

Los autores que relatan el martirio de nuestro Santo, aparte de la indicada discrepancia que en ellos se observa respecto de las circunstancias del lugar, aparecen todos en lo fundamental del hecho puntualmente conformes, de modo que acerca del género de muerte que recibió San Narciso no cabe la menor duda; pero luego añaden unos, si-

guiendo el texto de las Actas de la conversión de Santa Afra, que á consecuencia de las tres heridas que recibiera como confesión de la Santísima Trinidad, *in confessione Trinitatis*, murió allí mismo entre sus amados hijos, quedando todos sepultados bajo las ruínas de aquella especie de catacumba; mientras los demás, ateniéndose á lo que se lee en el citado Compendio, en que se le supone solamente "ensangrentado con lentas heridas", *infideles... gladio percusserunt et lentis vulneribus cruentatum reliquerunt*, entienden que no espiró allí mismo, sino que, recogido por los cristianos, falleció después en otro lugar y pasado algún tiempo, á consecuencia de las heridas que había recibido. De cualquier modo que fuese, sábase que los cristianos dieron á su glorioso cuerpo decente sepultura, bien que procuraron esconderla en sitio seguro, con objeto de preservarla de la profanación de los despechados enemigos.

De esta manera coronó el Señor al esforzado atleta del Cristianismo, al celoso apóstol, al intrépido confesor de Jesucristo. En vida obtuvo la recompensa de ver ya el feliz resultado de su obra y regocijarse en los abundantes frutos de su incansable predicación, de sus trabajos apostólicos, de sus fatigas y sudores; y por fin recibió de Dios, como condigno premio, la palma del marti-

rio y con ella la brillante corona de gloria que ciñe en el cielo por toda la eternidad.

Con lo dicho hasta aquí podríamos dar por terminado el trabajo de recojer noticias relativas á la vida de San Narciso; pero creemos oportuno añadir todavía algunos datos curiosísimos, que por referirse á hechos posteriores á su martirio y haber indudablemente sido causa de su celebridad en los anales de la historia eclesiástica, y muy particularmente en la historia de nuestra patria, no dudamos que han de parecer al lector sobre manera interesantes. Antes, empero, de emprender su breve reseña, que formará el objeto de los tres siguientes capítulos con que intentamos terminar este desaliñado libro, han de permitírse nos cuatro palabras acerca del tiempo en que acaeció el martirio de nuestro santo Patrono.

Como efecto sin duda de la escasez de noticias auténticas que desde un principio hemos lamentado, obsérvase notable diversidad y no poca confusión en este punto entre los escritores que han de guiarnos en esta y semejantes disquisiciones históricas. Tamayo de Salazar, en su *Martirologio*, pone la muerte de nuestro Santo en el año 277, suponiendo que fué durante la persecución de Aureliano. Lo mismo resultaba del antiguo Martirologio de que usaba la Iglesia en el rezo litúrgico solemne. En las leccio-

nes antiguas del rezo de San Narciso, tomándolo sin duda de una inscripción puesta en el sepulcro que guardaba su venerando cuerpo antes de su traslación al altar y capilla que hoy ocupa, se dice que murió en el año 297. El cardenal Baronio en sus anales y Pujades en su Crónica universal de Cataluña fijan como época de su muerte el año 303, y dicen que fué bajo el gobierno de Daciano, en lo que no están conformes Marco Velsero y los Bolandistas, quienes, admitiendo como muy aproximada la época, sostienen sin embargo, y en ello se conforman con el actual Martirologio romano, que fué durante la persecución de Diocleciano, *in persecutione Diocletiani*.

En medio de tanta confusión de fechas, es no obstante facilísimo fijar con gran probabilidad de acierto la verdadera época de aquel martirio. Si se tiene en cuenta lo que dejamos sentado en los apartados tercero y cuarto del capítulo III, acerca de la persecución de Aureliano; lo que en el capítulo IV hemos referido respecto del tiempo en que se desarrolló y sostuvo la persecución de Diocleciano; la época en que San Narciso regresó de Alemania, según lo dicho en el capítulo precedente; si además se atienden las circunstancias de que el Martirologio romano, con el que concordaba Tamayo, ha sido corregido con arreglo á la referida data

del cardenal Baronio, que la citada inscripción del antiguo sepulcro es documento de poca autoridad por su fecha relativamente reciente, como que data sólo del siglo XIV (año 1328), según afirma el P. Relles, conceptuándolo todavía más moderno el P. Roig y Jalpi, y que los autores más cercanos á nuestro siglo, después de buscada y depurada la verdad en los más autorizados documentos así de la antigüedad como de los cronistas posteriores, se han visto precisados á situar la época de los últimos hechos de San Narciso dentro de la primera década del siglo IV, no puede ya haber la menor duda de que su martirio debió acaecer en el año 307, como así se desprende lógicamente de la coordinación de los hechos que hasta aquí hemos venido refiriendo.

Por lo que toca al día de la pasión de San Narciso, nada es posible sacar en claro: es una circunstancia que se ignora por completo, y bien clara y terminantemente lo dijo el obispo Berenguer Wifredo en su mencionada carta dirigida á la iglesia de Augsburgo: "Merced á la irrupción de los paganos, dice el ilustre Prelado, á la devastación que ellos trajeron á nuestra iglesia y á la ruína que causaron en nuestro territorio, hemos perdido el libro de la pasión de nuestro Santo y la noticia del día de su muerte, sin esperanza de recobrarlo." Con todo, añade, "aquí

celebramos cada año con toda solemnidad la fiesta de su muerte el día cuarto de las calendas de Noviembre, y la de su traslación el día quinto de las calendas de Octubre." De modo, que en el siglo XI, en que se escribió esta carta, se celebraban en Gerona dos fiestas de San Narciso; la de su muerte en 29 de Octubre, y la de su traslación en 27 de Setiembre, que son los días á que respectivamente corresponden los de dichas calendas. Esto es lo único que se ha podido averiguar.

De entonces acá, nótase en la iglesia gerundense una novedad, y es la introducción de otra fiesta de San Narciso que anualmente se celebra en 18 de Marzo y es vulgarmente conocida por *Vot de Sant Narcís* en nuestro idioma catalán. A tenor de esta denominación, podría creerse que en algún tiempo se hubiese hecho público voto ó promesa de la celebración de tal fiesta; pero no es así, ó por lo menos no hay de ello noticia. Los antiguos martirologios anteriores al romano, como son el de Lubech, el de Greveno, el de Usuardo adicionado por Solerio, y otros, ponían invariablemente la muerte ó tránsito de San Narciso en el referido día 29 de Octubre, conformándose con la práctica inmemorial seguida en nuestra iglesia gerundense; pero, después, cuando el Martirologio romano se presentó comentado, con va-

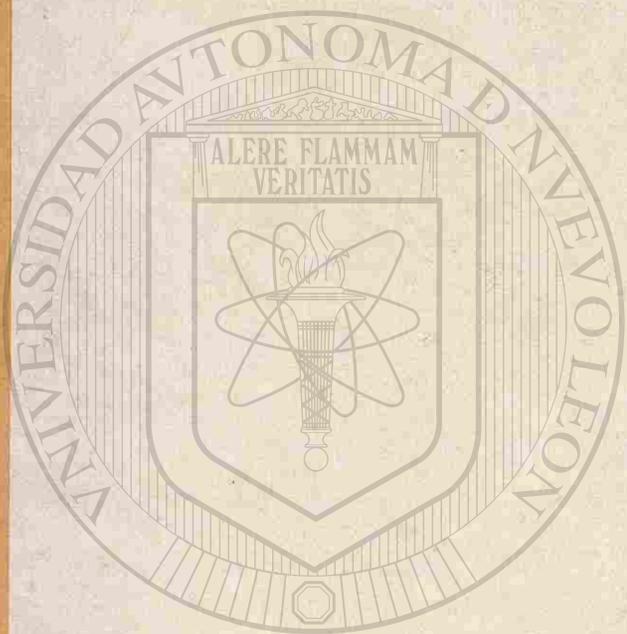
rias enmiendas y anotaciones, principalmente del cardenal César Baronio, y apareció consignada en él la memoria de nuestro Santo al día 18 de Marzo, tal como está actualmente, sin que sea fácil averiguar el motivo de esta variación (1), el Ilmo. Don Jaime Casador, obispo de Gerona, á petición del Jurado y Consejo de la propia ciudad y con el fin de conformarse con lo establecido en la sagrada liturgia, mudó la fiesta que desde remotísima época venía celebrándose en 29 de Octubre, poniéndola en dicho día designado por el Martirologio. Pero, habiendo esta variación redundado en menoscabo de la devoción y culto del Santo, otro obispo de Gerona, el Ilmo. Don Francisco Arévalo de Zuazo, deseoso de reavivar la decaída fiesta y mediando también instancia de los Jurados y Consejo de la ciudad, trató de restablecerla en su primitivo día; y no atreviéndose á introducir tal innovación por su sola autoridad, solicitó de la Santa Sede la debida autorización, que obtuvo, como consta en una carta del mencionado cardenal Baronio dirigida al propio Prelado con fecha 24 de Junio de 1691, existente en el archivo epis-

(1) El erudito Romaguera, en su *Glosa* al lib. I, tit. I, cap. 3 de los *Sinodales Gerundenses*, parece atribuir este cambio á la circunstancia de haberse conmemorado en algún tiempo el día 18 de Marzo como aniversario de traslación del sepulcro ó del cuerpo de San Narciso.



CUBIERTA DE PLATA DEL ACTUAL SEPULCRO DE SAN NARCISO



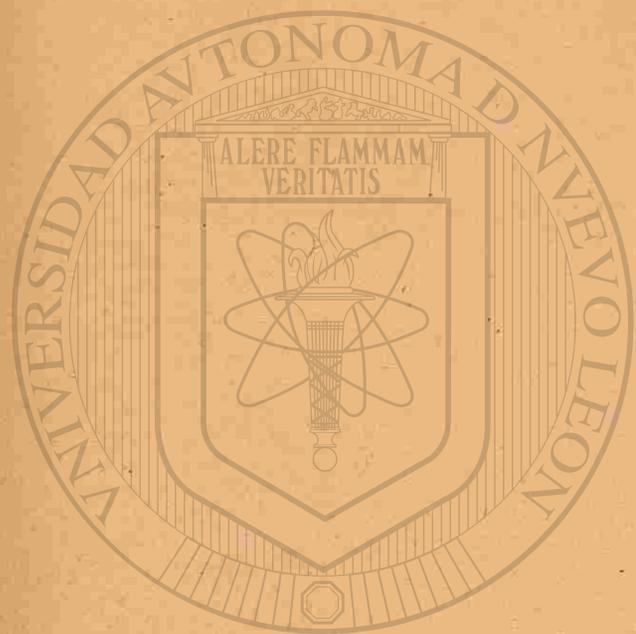


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

copal de Gerona, en la cual dice el eminentísimo purpurado “que, si bien se había variado con justa causa el día de la celebración de la fiesta de San Narciso para conformarse con el Martirologio romano, no obstante, por haberse de ahí seguido menoscabo en el culto y devoción del Santo, convenía Su Santidad en que se celebrase, como antiguamente, en 29 de Octubre; pero que, sin embargo, no dejase de hacerse particular memoria al Santo en el día que lo celebra el Martirologio (1).” De todas estas circunstancias, á las que se refiere un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos existente en dicho archivo episcopal y continuado al fin de las *Sinodales Gerundenses*, proviene la costumbre todavía observada por la Santa Iglesia de Gerona de celebrar las dos fiestas de San Narciso (2).

(1) Así se lee en la citada *Colección* del Dr. Dorca, Cap. IV, § IV, núm. 35.

(2) En la fiesta del 18 de Marzo, se celebra todos los años una sencilla procesión en honor de San Narciso, que sale de la Catedral por la tarde después del rezo solemne de las horas canónicas y sigue el curso ordinario de las procesiones generales. Según el P. Relles, fué instituída en 1589 y se celebraba con gran solemnidad en reconocimiento al Santo por haberse librado milagrosamente, por su intercesión, esta ciudad de una terrible peste que en aquella época afligió á otras muchas poblaciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO X

Maravillosa integridad del cuerpo de San Narciso

Verdaderamente, como dice el Real Profeta, Dios es admirable en sus santos (1). Son innumerables los prodigios con que en ellos y por ellos ha querido el Señor manifestar en todos tiempos su excelsa omnipotencia, y apenas existe pueblo alguno que no haya sido testigo de hechos portentosos obrados por el Altísimo en honra y prestigio de sus más esclarecidos servidores.

Los gerundenses tenemos constante ocasión de convencernos de esta verdad en la maravillosa integridad del sagrado cuerpo de nuestro Santo Patrono. ¿Cual de nosotros puede desconocer una maravilla que tenemos continuamente á nuestra vista? ¿Y cómo es posible que haya un solo habitante de este Obispado que, por lo menos, no haya oído

(1) Salmo LXVII de David, vers. 36.

referirla á muchísimos que han podido contemplarla con sus propios ojos? Todos los años se abre el sepulcro de nuestro Mártir á la pública veneración en determinados días, y á todas horas están dispuestos los encargados de su custodia para abrirlo y permitir que puedan gozar de su preciada vista cuantos tengan de ello deseo y no puedan acudir á visitarlo en los días señalados. Verdad es que se observa bastante marcada, en el cuerpo inanimado del glorioso Santo, la acción destructora del tiempo, singularmente por el color negruzco que presenta en el rostro y las manos, que es lo único que puede verse y que indica que habrá sucedido lo propio en lo restante que cubren los vestidos (1); pero ni esto es cosa de extrañar, si se tienen en cuenta el largo período de tiempo trascurrido desde su muerte y las vicisitudes y traslaciones que ha debido sufrir, como luego veremos, ni estas remotas señales de destrucción han aparecido precisamente en nuestros días, puesto que ya el P. Relles, en su citada obra escrita há más de doscientos años (en 1678), observa que en su tiempo se

(1) Recordamos haber oído decir repetidas veces á personas que nos merecen entero crédito, que á su vez habían oído asegurar á personas que presenciaron la última traslación del cuerpo de San Narciso, que tomó ese color poco después de ser colocado en el nuevo sepulcro; lo que se atribuyó á la humedad efecto de lo reciente de la obra.

notaba "que el extremo de la nariz estaba algo carcomido". Y, de todos modos, siempre consta por el testimonio unánime de muchos é ilustradísimos escritores, por varios y antiquísimos documentos de innegable autenticidad y por el indubitable hecho de nuestra propia observación, que la conservación y entereza del sagrado cuerpo es un verdadero prodigio real y permanente á través de tantos siglos.

Y, en efecto, el martirio de San Narciso acaeció, como hemos visto, en el año 307. Los cristianos recogieron su cuerpo y lo ocultaron á la profanación de los infieles, como así se expresa en el rezo del Santo, aprobado por la Iglesia: *Ejus corpus a christianis subductum*. Así estuvo oculto por espacio de algunos siglos, hasta que, recobrada Gerona del poder de los sarracenos y expulsados éstos definitivamente de esta comarca por los ejércitos de Carlomagno, á principios del siglo IX, fué hallado el sagrado cuerpo junto con el de su diácono y otras muchas reliquias de varios mártires, sin que sea fácil precisar la fecha de tal hallazgo; constando, no obstante, de un modo positivo que en el siglo XI ya la iglesia gerundense daba culto y pública veneración al cuerpo incorrupto de nuestro Patrón; y aquí aparece el primer documento auténtico que dá fehaciente testimonio de la perfecta integridad

del cuerpo de San Narciso, á los setecientos ochenta años de su muerte. Es este documento la carta de que hemos hecho mención en el capítulo segundo y en algún otro lugar de este libro, escrita en 1087 por el obispo de Gerona Berenguer Wifredo al Abad de San Udalrico de Augusta, en la que, contestando á la petición que se le había hecho de reliquias y noticias de San Narciso, manifiesta que, en prueba de la unión y hermandad entre ambas iglesias, se complace en atender su demanda y remite reliquias de otros santos y aún parte de los vestidos de San Narciso, excusándose de mandar nada del sagrado cuerpo del mismo, por la circunstancia de hallarse en aquella fecha tan entero é incorrupto como en el día en que su alma pasó de esta vida mortal á la eterna gloria: *De corpore autem ejus vobis ideó mittere nequivimus, quoniam ita hactenus Dei gratiá servatur incorruptum sicut eá die qua spiritus ejus de hoc saeculo nequam transvectus est ad Dominum* (1).

Durante el siglo XIII, seguía conservándose en la iglesia de San Félix el cuerpo de San Narciso en el mismo estado de incorruptibilidad, merced á lo cual pudieron los salvajes huestes de Felipe el Atrevido perpetrar en aquella preciosa reliquia la más

(1) Puede verse la traducción de todo el texto de esta carta en el apéndice, núm. 1.

brutal profanación, que el cielo castigó duramente, como veremos en el próximo capítulo.

En el primer tercio del siglo XIV se verificó la solemne traslación del mismo santo cuerpo al sepulcro que todavía existe en el altar dedicado á Santa Afra en la misma iglesia de San Félix, y con tal motivo se celebró lucidísima fiesta el día 29 de Octubre de 1328, en la cual, según consta de un antiguo libro de memorias guardado en el archivo de aquella iglesia, fué llevado procesionalmente el glorioso cadáver en ricas andas, entre músicas y espléndida iluminación, al rededor del espacioso templo, al cual había acudido tanta multitud de fieles de la ciudad y de otros puntos, que estaba materialmente lleno con tan extraordinaria concurrencia.

Del siglo XVII tenemos el autorizado testimonio de los referidos escritores Roig y Relles, que en sus citadas obras, á pesar de disentir en varios puntos históricos relacionados con la vida y milagros de nuestro Santo, convienen en este particular y dan como cosa averiguada por sus propios ojos y experiencia la admirable integridad del cuerpo de San Narciso, de la que uno y otro declaran haberse cerciorado repetidas veces, con singular diligencia.

Y del siglo XVIII, además de la circunstancia de haberse verificado la última tras-

lación del santo cuerpo al magnífico sepulcro en que actualmente le veneramos, de la cual hemos podido alcanzar y en realidad hemos conocido testigos oculares, hallamos plenamente reconocida y confirmada su integridad en la referida eruditísima obra del Dr. Dorca, donde con toda razón se la califica de estupendo y continuado prodigio (1).

Y, por fin, ese mismo prodigio puede ostentar, y en realidad ostenta en su favor el valioso sello de la aprobación y reconocimiento de la Iglesia, que en el rezo del Santo pide para nosotros al Señor el inmortal galardón de la felicidad eterna, por la intercesión de San Narciso, fundándose precisamente en la señalada maravilla de la integridad de su glorioso cuerpo: *Deus, qui Beatum Narcissum martyrem tuum atque Pontificem illustri laurea decorasti, ejusque corpus admirabili integritate clarificas...*, como así se dice en la oración ó colecta del sagrado oficio. Por manera que, después de tan continuos y autorizados testimonios y con la propia experiencia de un hecho tal que tenemos constantemente á nuestra vista, ya no es posible abrigar respecto de él ni la más ligera sombra de duda.

Al tocar este punto de la historia de San Narciso, fijase el P. Relles (2) en un detalle

(1) Cap. IV, § IV, núm. 44.

(2) Hist. Apol. de S. Narciso, lib. 2, cap. IX.

de que podía hacerse cuestión en su tiempo, pero que hoy no tiene razón de ser, por lo que muy luego se verá; y es el hallarse cortado y separado del santo cadáver el pié izquierdo, que en aquella época se guardaba con suma veneración en la real Colegiata de Santa María de la ciudad de Perpiñán. Primeramente, pone en duda dicho escritor la autenticidad de tan preciada reliquia, y se esfuerza en probar que no pertenecía al cuerpo de nuestro Santo, fundándose en que, según testimonio del P. Guillermo Sovies, de la Compañía de Jesús, consignado en una carta que dirigió desde aquella ciudad francesa á D. Francisco de Cartellá, con fecha 31 de Diciembre de 1621, el pié que se guardaba en dicha Colegiata, era el izquierdo, como así había podido reconocerlo aquel religioso al examinarlo con gran diligencia; y precisamente el pié del santo cuerpo que más patente estaba en el sepulcro era también el izquierdo, lo que acusaba evidentemente la certeza de que el pié de Perpiñán no podía ser el de nuestro San Narciso, á menos que se pretendiese "que el Santo tuviera dos piés izquierdos". Pero, algunos párrafos más adelante del mismo capítulo, rectifica su equivocación y dice que, habiendo posteriormente visitado expreso el santo cuerpo y examinado con el debido respeto ambos piés del mismo, se encontró con la

inesperada rareza de que el pié izquierdo no era tal, sino un trozo de madera puesto en lugar del pié dentro del calzado y solo "para el bien parecer", como así se lo aseguró uno de los canónigos de la insigne Colegiata de San Félix, que se hallaba presente; de lo que vino á deducir la exactitud y certeza de la tradición guardada en la Colegiata de Perpiñán, acerca de la legítima procedencia del pié que allí se veneraba desde remotos años, como reliquia del San Narciso gerundense.

Afortunadamente, hoy no tiene ya el santo cuerpo aquella falta, porque, como recordamos muy bien muchos que fuimos testigos presenciales de ello, el pié que se veneraba en Perpiñán fué restituido al sepulcro de San Narciso en el año 1865, merced á amigable acuerdo é inteligencia entre las iglesias de Perpiñán y Gerona, debido en gran parte y originariamente á la actividad y buenos oficios del benemérito hijo de este Obispado de Gerona Rdo. D. Miguel Coderch, cura-párroco á la sazón de la iglesia de Santa Susana del Mercadal (1).

(1) Con motivo de esta preciada adquisición, que llenó de gozo á los buenos gerundenses, se celebró una brillante fiesta religiosa, coronada con solemnisima procesión general, en que se llevó en artístico relicario el dedo principal de aquel pié de San Narciso, separado de él por disposición del Exmo. é Ilmo. Dr. D. Constantino Bonet y Zanny, obispo entonces de Gerona y después arzobispo de la metropolitana de Tarra-gona.

Cómo había ido á parar á Perpiñán tan importante reliquia, es cosa aún no bien averiguada; siendo tradición antiquísima de aquella iglesia que la había llevado allá un peregrino que se vió forzado á dejarla en poder de los canónigos de dicha Colegiata perpiñanense, cuando estaban en Espira d'Agly, junto á Estagell, por no serle posible seguir adelante su camino, hasta que hubo soltado la reliquia. Otros han conjeturado que la habría recogido alguno de los franceses que presenciaron la profanación de que hablaremos en el capítulo siguiente, y llevádola después á Perpiñán: Como quiera que fuese, es lo cierto que allí estuvo guardada durante muchos años, hasta que fué recobrada como dejamos referido.

Respecto de otra observación que apunta el propio P. Relles, referente á la conservación de los vestidos del santo cuerpo, diciendo que no parece sino que les comunicase su prodigiosa incorruptibilidad, y á la idea, que dice ser tradición inmemorial, de que son los mismos que San Narciso usaba en el acto de su martirio, no nos atrevemos á negarlo, ni podemos declarar que lo admitamos como cosa cierta; porque ignoramos la clase y forma de los vestidos ú ornamentos que revestían al santo cadáver en la época en que escribía el citado autor. Pero los ornamentos sagrados que en la actualidad le

cubren, si se atiende en especial á la forma de la casulla y al planchado y rizado del alba, revelan bien claro que su hechura es relativamente moderna y muy probablemente de la época de su última traslación, verificada, como es sabido, el día 2 de Septiembre de 1792.

De todos modos, lo que más hace á nuestro actual propósito, es que nadie puede negar sin temeridad loca y manifiesta que, en estos primeros días del siglo XX, el cuerpo de San Narciso se conserva todavía, á Dios gracias, en la más admirable integridad.



CAPITULO XI

Las moscas de San Narciso

Entre las noticias posteriores al martirio del excelso patrono de Gerona ocupa sin género de duda lugar preferente el hecho verdaderamente prodigioso á que alude el epígrafe con que encabezamos el presente capítulo. La tradición constantemente guardada por espacio de seis siglos y la historia, que nos suministra respecto de aquel suceso copiosísimos datos, atestiguan de consuno la autenticidad de tan celebrado prodigio.

Para que mejor pueda apreciarse su significación é importancia, ha de permitirnos el benévolo lector una breve excursión histórica que nos conducirá al punto en que admiraremos á un mismo tiempo uno de los más sonados triunfos de nuestro Santo héroe y otra de las más preciadas glorias de nuestra patria.

A mediados del siglo XIII (año de 1258), acababa de ser coronado por rey de Sicilia

cubren, si se atiende en especial á la forma de la casulla y al planchado y rizado del alba, revelan bien claro que su hechura es relativamente moderna y muy probablemente de la época de su última traslación, verificada, como es sabido, el día 2 de Septiembre de 1792.

De todos modos, lo que más hace á nuestro actual propósito, es que nadie puede negar sin temeridad loca y manifiesta que, en estos primeros días del siglo XX, el cuerpo de San Narciso se conserva todavía, á Dios gracias, en la más admirable integridad.



CAPITULO XI

Las moscas de San Narciso

Entre las noticias posteriores al martirio del excelso patrono de Gerona ocupa sin género de duda lugar preferente el hecho verdaderamente prodigioso á que alude el epígrafe con que encabezamos el presente capítulo. La tradición constantemente guardada por espacio de seis siglos y la historia, que nos suministra respecto de aquel suceso copiosísimos datos, atestiguan de consuno la autenticidad de tan celebrado prodigio.

Para que mejor pueda apreciarse su significación é importancia, ha de permitirnos el benévolo lector una breve excursión histórica que nos conducirá al punto en que admiraremos á un mismo tiempo uno de los más sonados triunfos de nuestro Santo héroe y otra de las más preciadas glorias de nuestra patria.

A mediados del siglo XIII (año de 1258), acababa de ser coronado por rey de Sicilia

el príncipe tarentino Manfredo, hijo del emperador Federico, entre las aclamaciones y el entusiasmo de sus vasallos, que le guardaron profundo amor durante su reinado. De los continuos sinsabores que amargaron los días de tan egregio monarca, fué quizá el más doloroso la persistente hostilidad que contra él manifestó el papa Alejandro VI, que á la sazón regía los destinos de la Iglesia; contratiempo que no cesó para el rey á la muerte de aquel Pontífice, ocurrida en 25 de Mayo de 1261, sino que continuó y aún recrudesció en el subsiguiente pontificado de Urbano IV, francés de nación, que precisamente por este motivo prosiguió la obra de su antecesor y siguió tan desafecto á la casa real de Sicilia, que llegó á declarar rebelde y usurpador del trono al rey Manfredo, pretextando, como principal motivo de su enemiga, el favor que este príncipe prestaba al bando de los Güelfos contra el partido de los Gibelinos, en quien hallaba el Papa decidido apoyo. En estas pretensiones y mientras Urbano IV se disponía (con razón ó sin ella, que esto anda en opiniones entre los historiadores), á acabar de una vez con la casa de Manfredo, sobrevino la muerte del Papa y le sucedió en el pontificado el célebre Guido de Fulques, ó Fulquerio, también francés, natural de Provenza, bajo el nombre de Clemente IV. Como es natural, siguió apoyando las

pretensiones de Francia contra Sicilia, y si bien, como sus antecesores, fué verdadera gloria de la Iglesia, en esta cuestión política no anduvo tan acertado como quizá hubiera convenido á los intereses de la Iglesia misma, segun opinión de graves y piadosos autores. Puso decidido empeño en exterminar la casa real de Sicilia y llegó á deponer á Manfredo, dando con solemnidad inusitada la investidura real al duque de Andegavia y conde de Provenza Carlos de Anjou, quien, envanecido con el apoyo del Sumo Pontífice, juntó un regular ejército y trató de apoderarse por la fuerza del reino de Sicilia. Manfredo se dispuso á la defensa de sus estados y salió contra el invasor, quedando vencido en los campos de Benavento (Nápoles), donde recibió la muerte en 16 de Febrero de 1266.

El príncipe Carlos se apoderó entonces de los reinos de Nápoles y Sicilia y empezó en ellos la dominación francesa que sembró de luto y horrores aquellas fértiles campiñas. No hubo crimen, brutalidad ni insolencia que no cometieran los franceses contra los sicilianos (1), viéndose el mismo Papa obligado repetidas veces á acudir en queja á su protegido el rey Carlos, por las horribles atrocidades de los que tanto favor le debían.

Antes de su caída, había el infortunado

(1) Mariana, lib. 14, Cap. IV.

Manfredo buscado, para su defensa, una alianza con el rey de Aragón don Jaime I, llamado *el Conquistador*, terror entonces de la morisma, á la que acababa de arrojar de Mallorca y Valencia; y este gran rey, honra y prez de nuestra patria catalana, se prestó gustoso á favorecer la justa causa del rey de Sicilia, concertando el matrimonio de la hija de éste, Doña Constanza, con el primogénito de Aragón D. Pedro III; matrimonio que se realizó con singular contentamiento de ambos reinos.

Desde entonces comenzó D. Jaime á establecer activas negociaciones con la Santa Sede en favor de los desgraciados sicilianos; más todos sus esfuerzos se estrellaron contra la resuelta tenacidad de los Papas, que en mayor ó menor grado fueron siempre afectados á la casa de Anjou, sin que le valiese al piadoso rey aragonés el prestigio y santidad de su ilustre confesor Fr. Raimundo de Penyafort, que nada pudo recabar de Roma, á pesar de su gran valimiento en la corte pontificia.

Muerto el rey de Aragón, entró en posesión del reino su primogénito D. Pedro III *el Grande*, en 1276, y este sabio príncipe, no menos ilustre que su padre y antecesor, debió ocuparse durante algunos años en acallar contiendas ya en el Principado catalán, que formaba parte de sus estados, ya tam-

bién en Mallorca y Rosellón, que habian tocado por herencia á su hermano y feudatario D. Jaime, y hubo además de proseguir la guerra contra los sarracenos, que no cesaron de hostilizarle durante su revuelto y glorioso reinado. Entre tanto, durante el espacio de quince años que habian transcurrido desde el entronizamiento de la casa francesa de Anjou en Nápoles y Sicilia, se sucedieron en el pontificado los papas Gregorio X, Inocencio V, Adriano V, Juan XX y Nicolao III, hasta que en 1281 fué elegido papa el cardenal Simon de Brión, hijo de una ilustre familia francesa de Tourena, que tomó el nombre de Martín ó Martino, conocido en los anales eclesiásticos por Martino IV.

La crueldad y los desmanes de los franceses para con los sicilianos, que habian seguido durante ese período, recrudecieron entonces de una manera espantosa y llegaron á colmar la paciencia de los naturales de aquella isla, en términos que, dirigidos desde Palermo por Juan de Prócida y mediante valiosos recursos con que les favoreció el emperador griego Miguel Paleólogo y el poderoso apoyo que encontraron en D. Pedro de Aragón, urdieron una vasta conjura, y en la vigilia de la Pascua de Resurrección, 30 de Marzo de 1282, al toque de Vísperas, que era la señal convenida, cayeron como un solo hombre sobre los franceses y los pasaron á

degüello, pereciendo 8.000 de éstos; hecho que la historia ha transmitido á la posteridad bajo el conocido nombre de *Vesperas sicilianas*.

Realizada esa atroz matanza, comprendieron los sicilianos que el rey de Francia trataría de vengarla, y mandaron desde luego embajadores al rey de Aragón, suplicándole que, toda vez que le amparaba el derecho á la posesión de Sicilia, por razón de los derechos de su mujer doña Constanza, se dignase volar en su socorro y se coronase rey de aquella isla. Don Pedro no se hizo de rogar y salió inmediatamente con regulares fuerzas, dirigiéndose á Palermo, donde fué en efecto coronado por rey y reconocido por los naturales de aquel territorio. Carlos de Anjou quiso oponerse á ello y entró en lucha con el rey de Aragón; pero quedó vencido, perdió definitivamente el reino de Sicilia y á poco murió de vergüenza al ver á su hijo prisionero de su poderoso competidor.

Indignáronse los franceses contra Don Pedro y su reino, y juraron vengar su derrota. El Papa Martino IV, siempre atento y favorable á las pretensiones de Francia, participó desde luego de las iras de esa nación orgullosa, y con rigor inusitado excomulgó al rey de Aragón, puso en entredicho sus estados y trató de levantar contra él una cruzada, despachando como legado apostóli-

co para predicarla en Francia á Juan de Noentel (1), cardenal presbítero del título de Santa Cecilia, que fué solemnemente recibido con tal objeto por el rey Felipe III, *el Atrevido*, el día 5 de las Idus de Julio del año 1283.

Al rumor de esos precedimientos del Papa y á consecuencia de la solemne publicación de la cruzada, juntó el rey de Francia un formidable ejército y trató de invadir con él los estados del rey aragonés.

No se durmió D. Pedro, y por su parte reunió también la gente de armas que le fué posible reclutar; y sabiendo que el ejército francés se dirigía hácia el Rosellón, con el propósito de llegar y apoderarse de Cataluña, salió con sus tropas de Barcelona, pasó por Gerona y Figueras y fué á acampar sus huestes más allá de la Junquera, al pié del collado de Panissars, donde, por medio de una ingeniosa estratagema, obligó al rey de Francia á replegarse con sus ejércitos hasta Perpiñán, con lo que logró el tiempo necesario para mejor preparar su defensa y recibir considerables refuerzos.

Por fin, se dirigió Felipe hácia el Ampurdán con un ejército treinta veces superior á la reducida hueste catalana, y logró entrar

(1) Odorico Raynaldo, en sus *Anales*, le llama Coletto (*Ad annum 1285*, núm. 24).

en él, auxiliado por los guías é instrucciones que traidoramente le proporcionó el abad del monasterio de San Pedro de Roda, que era francés, y siguió avanzando hasta Figueras y Castelló de Ampurias, logrando apoderarse de esta villa merced á traiciones y felonías de algunos malos ampurdaneses que se vendieron alevosamente al enemigo de su patria.

La inferioridad de las fuerzas del rey Don Pedro hizo que el francés, con relativa facilidad y sin costarle mucha sangre, fuese avanzando hácia Gerona; en vista de lo cual y con el propósito de defender ante todo á esta ciudad, D. Pedro fué ordenando su retirada, poniendo en la posible defensa los lugares más importantes y preparando la resistencia al terrible embate con que el rey de Francia seguía amenazando. Al llegar D. Pedro á Gerona, reunióse en ella un numeroso Consejo para deliberar acerca de la conveniencia de defenderla ó abandonarla al enemigo, en vista de la escasez de medios y de gente. Entre los encontrados pareceres y las serias dificultades que en aquella asamblea surgieron, el rey optó, á pesar de todo, por la resistencia, con tal que hubiese quien tomara á su cargo la dirección de la defensa de la ciudad; y, habiéndose excusado varios de los caballeros invitados para tan honroso cometido, el Vizconde de Cardona don Ramón Folch

levantó la voz y se ofreció á dirigir una defensa que de consuno demandaban los intereses de este país y la suerte de Cataluña toda, pendiente quizá de esta heroica resolución. D. Pedro salió luego con algunas fuerzas hácia Hostalrich, con la principal mira de atender también á la salvación de la capital del Principado, si llegase á verse amenazada, y Gerona se puso desde luego en estado de responder á los ataques del poderoso enemigo.

El rey de Francia puso en movimiento sus huestes sobre Gerona y acampó delante de ella el día 26 de Junio de 1285. El sitio fué estrechísimo, el embate del adversario violento y tenaz en extremo, y la defensa heroica y gloriosa como las que en otros muchos cercos y en épocas posteriores han granjeado á la invicta Gerona el justísimo renombre de inmortal.

Si la índole de este libro lo consintiera, dedicaríamos algunas páginas á la reseña de uno de los más brillantes hechos de armas de esta famosa ciudad catalana; pero la conveniencia y el deseo de no divagar lejos de nuestro objeto nos lo impiden.

Después de una larga y épica resistencia, el cansancio de los defensores, las enfermedades y el hambre impusieron á Gerona una honrosa capitulación que se verificó el 5 de Septiembre del referido año. La guarnición

y los habitantes salieron con todos los honores de la guerra (1).

En una de las escaramuzas del sitio, atacaron los franceses la iglesia de San Félix, que estaba todavía fuera de las murallas de la ciudad y había sido por ello convenientemente fortificada; y, después de una gloriosa resistencia de los sitiados, pudieron los sitiadores llegar hasta la puerta del templo, á la que pegaron fuego, y penetraron llenos de ira en aquel recinto consagrado por la piedad de muchos siglos, y hollaron sacrílegamente el solar regado con la sangre de innumerables mártires, cuyas preciosas reliquias se guardaban allí. El salvajismo de aquellos nobles cruzados, cien veces revelado en las brutalidades que durante aquella campaña habían cometido en los campos del Rosellón y del Ampurdán, se explayó con aquella ocasión de pillaje en el sagrado templo; y la vil soldadesca se echó hambrienta sobre los tesoros de la insigne Colegiata. Robáronse los ornamentos y vasos sagrados; profanáronse los altares, que fueron convertidos en pesebres para las caballerías, y por colmo de vandalismo y profanación, llegaron aquellos bárbaros al sepulcro de San Narciso, y, echando fuera de él al sagrado cadáver que

(1) Tomamos estos datos y fechas de una inscripción monitoria grabada en una lápida que se conserva en el Museo provincial de Gerona. Véase el Apéndice, n.º 3.

yacía prodigiosamente incorrupto durante nueve siglos, lo arrojaron al suelo y lo arrastraron vilmente hasta fuera del templo, dejándolo abandonado en las inmediaciones del mismo poco menos que sobre un montón de basura.

Hasta aquí la historia, que no ofrece más detalles acerca de este particular; pero la tradición guardada por los geroneses y recogida por el P. Relles en su citada obra, refiere que un carpintero, condoliéndose de tanta profanación, recogió el santo cuerpo de nuestro Patrono, lo limpió cuidadosamente y construyó una humilde caja ó ataud en que lo depositó con gran reverencia, escondiéndole en su casa, con el fin de evitar nuevos ultrajes á tan preciada reliquia. A la mañana siguiente notó el buen hombre que por las ventanas de su habitación salía un verdadero enjambre de extrañas moscas de tamaño muy parecido al de los tábanos, salpicadas de manchas rojas, con listas verdes y azules, las cuales, tomando vuelo, se dirigían hácia el llano de Gerona, donde estaba acampado el ejército francés. Examinó la casa, y vió con admiración que aquellos animales iban saliendo continuamente de la caja en que estaba guardado el sagrado cadáver, y dió conocimiento de tal prodigio á muchos que, no menos admirados, aclamaron á San Narciso y bendijeron á Dios que tan vi-

siblemente venía en auxilio de Gerona por intercesión de su santo protector.

Sin que pretendamos dar á los detalles del hecho que acabamos de apuntar más valor que el de simple tradición, podemos no obstante consignar que, en su fondo, la verdad de este prodigioso suceso está comprobada por el testimonio unánime de muchísimos y graves historiadores, que á una voz aseguran y refieren que las milagrosas moscas salidas del sepulcro de nuestro Santo, se echaron sobre los reales del rey *Atrevido* y sembraron en ellos la muerte y exterminio, en términos que, á las picadas del ponzoñoso aguijón de tales insectos, perecieron más de 40.000 combatientes y 24 mil caballos, lo que dió origen á una terrible peste que obligó al invasor á retirar de Cataluña la mayor parte de su ejército, perdiendo el mismo rey Felipe la vida antes de llegar á los territorios de su reino (1).

Pocos hechos pueden, como el prodigio á que nos referimos presentar en su favor tan-

(1) Así parece desprenderse de una inscripción que trae el P. Relles (*Hist. Apol. de S. Narciso*, lib. 2, cap. XV) y dice que existía en la iglesia de Santa Eulalia de Vilanova de la Muga, concebida en estos términos: HIC PHILIPPUS TERTIUS GALLIÆ REX DE MENSE SEPTEMBRIS M.CC.LXXXV, ET CAROLUS DE VALOIS EJUS FILIUS TERRITORIUM ISTUD DEVASTANS CONTRA PETRUM SECUNDUM ARAGONUM REGEM PESTE ORTA EX MUSCIS, QUÆ MIRACULOSÉ A CORPORE SANCTI NARCISSI EPISCOPI GERUNDÆ EXIERANT, È VITA DISCESSIT.

tos y tan valiosos testimonios de autenticidad. Llenaríamos muchas páginas si pretendiéramos siquiera extractar los principales textos de todos los cronistas que refieren este hecho, al que designan á una voz con el nombre de *milagro de las moscas de San Narciso*; y por otra parte, como ya nadie se atreve á negarlo ni siquiera á ponerlo en duda, consideramos innecesario aducir aquí tantas citas que el curioso lector podrá fácilmente hallar en los mismos autores que hemos citado y en otros muchos. Con todo, en obsequio á los que no puedan hojear la historia y como interesante curiosidad, continuaremos cuatro fragmentos de las principales y más fidedignas obras en que se atestigua la verdad de tan raro y prodigioso suceso.

Será el primero un texto tomado de la crónica titulada *Gesta Comitum Barchinensium*, que el erudito Balucio pone á continuación del libro IV de su *Marca Hispanica*, en cuyo capítulo 29.º se leen los párrafos que, traducidos al castellano, dicen así; “La insana rabia de los franceses, tan dañosa para los mortales como para los inmortales aborrecible, fué herida por vehementísimo castigo. Envió el Señor tal multitud de moscas sobre el ejército francés, que aquello podía muy bien reputarse una de las mayores plagas de Faraon, ya que peores y en todo más crueles que Faraon son los franceses. Aque-

llas moscas eran en parte azules y en parte verdes, presentando en su cuerpo algunas manchas rojas. Eran además tan ponzoñosas, que no podían tocar caballo ni mulo alguno sin matarlo al instante; así que, por esta plaga, murieron la mayor parte de los caballos de aquel ejército é innumerables acémilas. Tantos fueron los cadáveres de hombres y mulos, que el aire llegó á corromperse á consecuencia del hedor y putrefacción que allí se desarrollaron. La referida crónica se atribuye á alguno de los religiosos del monasterio de Ripoll, de cuyo archivo fué sacada, y trae fecha del año 1290, esto es, cinco años después del suceso.

Otro texto curiosísimo está sacado de un famoso libro que acerca de los hechos de armas de Cataluña escribió el insigne Rector de Blanes Dr. D. Bernardo Boades, que en el capítulo XXIV dice así: *E mes ara devets saber, que durant lo gran combat quels Francesos davan á la Ciutat de Gerona, tan varen faer quentraren dins la Sgleya de Monseny S. Feliu, hon, com desus vos he recitat, estave locors del benayunturat Monseny S. Narcís, é talant é destruint los sants Altars, é altres coses sagrades, robaren lo sepulcre daquell, é al seu beneit cors volian rosegar: mes Deu los ne va punir greument, car al punt varen exir dels narils daquell sant cors tant grans exams de*

Mosques blaves, é blanques, é verdes, é vermelles, é negras, totes pintades, mes groses que un aglant, é tant verinosos quels qui tocaven, persones é cavalls, de prompte, sense remei morian, é no facian mal á nengú, sino als Francesos, é á la gent de lurs hosts, é lurs cavalls, quen varen matar mes de vint é sinc milia; é de gent ne varen matar mes de cincuenta milia daquesta malaventura de Moscas, quel benayunturat S. Narcís los ne tramet per la lur gran malvestat: é tantost entrells si va metre gran pestilencia quen varen morir infinits. É tots varen romandre confusos, é axí avergonyits sen agueren á anar.

El erudito escritor Gaspar Escolano, en su Década 1.^a, libro 3.^o, capítulo XVII, citando al comendador Marquet, escribe: “No padecieron menos los del Ejército Francés: “porque de peste, y de las picadas de los “moscones ponzoñosos que salían del sepulcro del Santo Mártir y Obispo San Narciso, “que estava en la Ciudad murieron infinitos... “Después como quiera que ello fuese, cuenta “el Comendador Marquet, que los Franceses “rompieron el túmulo y desnudaron el santo “de todas sus insignias Pontificales, y desnudo le echaron en un lodazar en la calle, y con “una soga al cuello le arrastraron diciendo “que no era possible, que hombre de Cataluña fuese Santo: un descomulgado Francés

“le dió una cuchillada en un brazo: y permiti-
“tió Dios, que buelve por la honra de los su-
“yos, que él y los que comenzaron á arras-
“trarle cayeron instantemente muertos. Re-
“cogió el Santo cuerpo un buen hombre de
“Girona, y metiolo en su casa y luego esotro
“día fueron vistos dos ó tres agujeros en el
“sepulcro de la arca de su túmulo, y que por
“cada uno salían enxambres de távanos, y
“moscas, que picavan á los franceses, y les
“matavan sin remedio. La echura de ellos
“era extraordinaria, porque tenían dos agui-
“jones, uno delante, y otro detrás con que
“herían igualmente, y dos piés, y manos á
“cada lado: murieron de sus picadas más de
“sesenta mil y entre ellos hasta el mismo Rey
“que vino á morir de enfermedad en Perpi-
“ñan: Montaner dice que en un albergue de
“un cavallero llamado Simon de Vilanova
“cerca de la vega de Perelada.”

Y como dato de gran valía, citaremos finalmente al Emmo. Cardenal Baronio, que en las adiciones al Martirologio Romano, tratando de San Narciso, nota á 18 de Marzo: *“Illustratur tumulus ejus multis miraculis, quorum illud est celeberrimum sub Petro Rege Aragonum quando capta est Gerunda per Carolum Siciliae, et Philippum Francorum Reges, ex sepulchro S. Narcissi, quod violare attentarunt milites, Muscarum examen egressum, in Exercitum infes-*

to agmine irruens, ingentem cladem intulit, et in fugam egit, á captisque desistere coegit... Ex his apud eos in proverbium abierunt MUSCÆ S. NARCISSI.

Como última prueba en apoyo de la verdad de tan sonado prodigio, ponemos fin á este capítulo notando la circunstancia de que, entre los muchísimos historiadores que de él han escrito, se observa el más admirable concierto en el asenso que unánimemente le han prestado, no teniéndose noticia de que lo haya puesto en duda más que uno sólo, con razones de tan poco peso, que en verdad desdicen del mérito y sensatez que por otra parte deben reconocerse en sus obras. Es éste el erudito Baluzio, el mismo precisamente que nos trasmite en sus libros la crónica rivipulense de que hemos tomado el primero de los cuatro textos aducidos; y comete la extraña inconsecuencia de que, después de hacerse cargo de los más preciosos testimonios de la verdad de aquel suceso, califica inconsideradamente al hecho de las moscas de vieja fábula (*vetus fabula*), en el mismo libro IV de su *Marca Hispanica*, más arriba citado, prestando oídos á un “vago rumor” que no se toma la molestia de comprobar, según el cual, las moscas que diezmaron los ejércitos de Felipe el Atrevido, aparecieron por efecto de un fenómeno natural y más ó menos frecuente en las inmediaciones de Gero-

na, donde supone que existen unas rocas ó cuevas, de las cuales salen algunas veces tan extraordinarios insectos. Estamos persuadidos de que ningún gerundense podrá oír esa peregrina noticia sin que asome á sus labios la risa que suele provocar la expresión de una barbaridad supina, como la que soltó el escritor citado. Porque ¿quién ha visto jamás esas cuevas ó rocas ni tiene conocimiento de la existencia de tan raros y discretos moscardones, que en aquella celebre ocasión respetaron á los habitantes de Gerona para cebarse solamente en las sacrílegas huestes de aquella extraña cruzada?

Preciso es, pues, dar crédito al milagroso suceso que acabamos de referir, y reconocer en él un duro pero merecido castigo de Dios, aplicado á los salvajes autores de la horrenda profanación trasmitida y comprobada por el testimonio de tantos y tan verídicos autores.



CAPITULO XII

Patrocinio de San Narciso

Después de cuanto queda reseñado acerca de San Narciso, especialmente en los dos últimos capítulos que preceden, nadie puede maravillarse de que los gerundenses le hayan distinguido en todos tiempos con singular y profunda veneración, reconocidos al decidido y eficaz patrocinio que el Santo en todos los siglos ha venido dispensándoles. Algunos autores, y entre ellos el P. Relles (1), han pretendido poner límites á esa viva devoción, suponiéndola nacida de la resonancia que en todas partes tuvo el prodigioso suceso de las moscas, que acabamos de referir, y de la misma verdad y evidencia de tan raro acontecimiento. No negaremos que esa notable circunstancia pudiese contribuir, y realmente contribuyese, al aumento de aquel natural afecto de los hijos de Gerona y aun

(1) *Hist. Apologet.* lib. 2, cap. XVI.

na, donde supone que existen unas rocas ó cuevas, de las cuales salen algunas veces tan extraordinarios insectos. Estamos persuadidos de que ningún gerundense podrá oír esa peregrina noticia sin que asome á sus labios la risa que suele provocar la expresión de una barbaridad supina, como la que soltó el escritor citado. Porque ¿quién ha visto jamás esas cuevas ó rocas ni tiene conocimiento de la existencia de tan raros y discretos moscardones, que en aquella celebre ocasión respetaron á los habitantes de Gerona para cebarse solamente en las sacrílegas huestes de aquella extraña cruzada?

Preciso es, pues, dar crédito al milagroso suceso que acabamos de referir, y reconocer en él un duro pero merecido castigo de Dios, aplicado á los salvajes autores de la horrenda profanación trasmitida y comprobada por el testimonio de tantos y tan verídicos autores.



CAPITULO XII

Patrocinio de San Narciso

Después de cuanto queda reseñado acerca de San Narciso, especialmente en los dos últimos capítulos que preceden, nadie puede maravillarse de que los gerundenses le hayan distinguido en todos tiempos con singular y profunda veneración, reconocidos al decidido y eficaz patrocinio que el Santo en todos los siglos ha venido dispensándoles. Algunos autores, y entre ellos el P. Relles (1), han pretendido poner límites á esa viva devoción, suponiéndola nacida de la resonancia que en todas partes tuvo el prodigioso suceso de las moscas, que acabamos de referir, y de la misma verdad y evidencia de tan raro acontecimiento. No negaremos que esa notable circunstancia pudiese contribuir, y realmente contribuyese, al aumento de aquel natural afecto de los hijos de Gerona y aun

(1) *Hist. Apologet.* lib. 2, cap. XVI.

á la propagación del mismo en otras regiones de España y de otros países más lejanos; pero es lo cierto que los gerundenses en especial amaban y rendían profunda veneración á nuestro glorioso Santo ya muchísimo antes de aquella poderosa manifestación de su patrocinio. Y cierto que motivo no les faltaba; porque el hallazgo de su sagrado cuerpo y la maravillosa integridad con que Dios se había servido distinguirlo, eran motivo más que suficiente para que se le tuviese en la estima y veneración debidas. Prueba de ello es, entre otros valiosísimos testimonios, la afirmación del obispo Berenguer Wifredo, consignada dos siglos antes en su carta tantas veces citada, donde asegura el ilustre Prelado que en Gerona se venía á la sazón celebrando cada año con gran solemnidad la fiesta del Santo: *ejus festivitas á nobis annualiter solemniter studio celebratur.*

Que esta ardiente devoción de los gerundenses hácia su Santo Patrono se extendió y ha venido perpetuándose á través de los siglos, lo prueba de una manera indubitable el anhelo con que en todos tiempos se ha procurado ensanchar su culto y fomentar su veneración, construyéndose en su honor ricos altares y magníficos sepulcros, que á la vuelta de algunos siglos se han reputado todavía pequeños y pobres, erigiéndose en seguida otros, hasta llegar á la construcción de la es-

pléndida capilla, artístico altar y riquísimo sepulcro en que actualmente se le venera y que en Capítulo aparte describiremos, por merecerlo esa verdadera joya del arte cristiano. Y es que los hijos de Gerona han reconocido siempre en San Narciso un generoso protector constantemente dispuesto á interceder por ellos ante el Señor de cielo y tierra. En medio de las tremendas pruebas por que ha debido pasar la ínclita Gerona en el curso de los siglos, ya con ocasión de las guerras y duros sitios que se ha visto obligada á sostener y que le han merecido en la historia el calificativo de inmortal, ya por razón de las horribles pestes que han diezclado estas comarcas en no pocas ocasiones, ya también por causa de terribles tormentas que repetidas veces ha descargado el cielo sobre la ciudad y sus alrededores, siempre han podido los gerundenses experimentar el valioso favor de su excelso Patrono.

Los libros que tratan de este glorioso Santo contienen muchas páginas ocupadas por narraciones de sucesos extraordinarios y hechos maravillosos en que la piedad y buen criterio de nuestros antepasados reconoció siempre la poderosa intercesión de San Narciso en favor de toda la ciudad unas veces, y otras en favor de determinadas personas, que en sus infortunios han acudido devotas y llenas de fé al dulce patrocinio del insigne Már-

tir de Cristo. No tratamos de reproducir aquí todas aquellas interesantísimas relaciones, por no hacer interminable este capítulo; pero no sabríamos dejar la pluma sin consignar siquiera dos de los principales sucesos que vienen en corroboración de cuanto acerca del patrocinio de nuestro Santo venimos afirmando.

En la noche del 9 de Enero de 1581, el cielo se había encapotado con apiñadas y siniestras nubes, y levantándose furioso vendabal, estalló sobre la ciudad de Gerona una de las tormentas más horribles de que se tiene memoria. Los relámpagos cruzaban el aire en todas direcciones; el fragor de los truenos se mezclaba y confundía con el sordo rumor del pedrisco que iban á descargar las nubes, y á cada chispa eléctrica que se producía con espantable frecuencia entre el nublado y la tierra, el estallido de la detonación hacía retemblar los edificios, como si la ciudad fuese á hundirse al encontrado choque de los elementos. La tempestad siguió desplegando su furia por largo espacio de tiempo, y hácia la media noche cayó con formidable estruendo un rayo sobre la torre de las campanas de la iglesia de San Félix, y desmochó más de cuatro metros la elevada aguja central en que terminaba, dejándola truncada á la altura en que se ve todavía. Los fragmentos de aquella esbelta cúpula ca-

yeron sobre las casas vecinas al templo y algunos sillares fueron arrojados á gran distancia, llegando alguno de ellos hasta el vecino pueblo de San Daniel (1). A vista de tan grave peligro, acudieron muchos al templo para implorar el favor de la divina clemencia, por intercesión de San Narciso, siendo los primeros que allí llegaron dos canónigos de aquella Colegiata que encendieron algunas velas y abrieron el sepulcro del Santo. Entonces los fieles allí presentes fueron testigos de un prodigio que les dejó á la vez estupefactos y consolados en tan dura angustia: el santo cadáver, que tiene las manos cruzadas sobre el pecho, tenía en aquel instante los brazos levantados, como en ademán de implorar la clemencia del cielo, como así lo refieren, entre otros autores, los citados padres Roig y Relles, añadiendo este último que en tan maravilloso suceso reconocieron todos el valioso patrocinio de nuestro glorioso Tutelar, y que á la mañana siguiente se fué á dar noticia de ello al Ilmo. Obispo Fr. Benito de Tocco, quien dispuso que se hiciese constar en forma auténtica el referido prodigio en la Curia de este Obispado.

El otro hecho con que queremos poner

(1) En el archivo parroquial de San Félix existe un curioso documento relativo á este terrible siniestro. Lo continuamos en el Apéndice, núm. 4.

de relieve el valioso favor de San Narciso para con sus hijos los gerundenses, es la repetición del famoso milagro de las moscas, durante el sitio que Gerona hubo de sostener contra los franceses en el año 1653. La monarquía española, que había logrado el apogeo de su esplendor en los gloriosos reinados de Carlos I y Felipe II, comenzó á descender hácia el período de su decadencia en los subsiguientes reinados de los Felipes III y IV, merced á la corrupción de la corte, fomentada por la inepticia de estos dos últimos monarcas. Mientras el último de ellos malgastaba miserablemente el tiempo y los caudales del reino en inútiles fiestas y devaneos, su orgulloso y petulante valido don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, empuñaba neciamente las riendas del gobierno, y su desastrosa política iba conduciendo el Estado al borde del abismo de su descrédito y funesta ruina. Las cristianas y tradicionales libertades de que gozaban las distintas regiones españolas y á las que se debía el esplendor y pujanza de tan floreciente monarquía, viéronse inicuamente amenazadas por el estúpido absolutismo de ministros negociantes, que quisieron fundir en un mismo molde, para mejor explotarlas, las energías de los pueblos y medir con igual rasero su peculiar administración, iniciando el funesto sistema de ese centralismo absorbente que fue comienzo

de la desmembración y achicamiento del estado más extenso y poderoso de aquella época. Rebelóse Portugal y sacudió definitivamente la dominación española; rebelóse Nápoles, y su revuelta costó á España tesoros de sangre y oro; encendióse la guerra con Holanda, y perdimos miserablemente las Provincias Unidas, que, con la paz de Múnster, hubieron de reconocerse como estados soberanos y países libres; y, para coronamiento de tan desgraciada obra, los desaciertos y brutalidades del Conde de Santa Coloma, don Dalmacio de Queralt, digno representante del inmoral despotismo del Conde-duque, pusieron á Cataluña en la precisión de levantarse en legítima defensa de sus venerandos fueros, ferozmente atacados por la necia omnipotencia del favorito de un rey que estaba muy lejos de ser el padre de sus vasallos. Con este motivo, invadieron el Principado catalán los tercios castellanos, que cayeron sobre él como hordas de salvajes, saqueando pueblos, devastando territorios y profanando templos, sin respetar la honra ni la hacienda de los mejores súbditos del rey de España.

Sangrienta fué la lucha que se entabló entonces entre castellanos y catalanes, y tan mala parte llevaron estos en la contienda, que se vieron obligados á aceptar el auxilio con que les brindó el rey de Francia

Luis XIII, quién llegó á tomar el título de Conde de Barcelona, en virtud de un tratado propuesto por el ilustre canónigo de Urgel D. Pablo Claris y concluído en 3 de Abril de 1641, después del cual envió á Cataluña tropas que invadieron el Rosellón y de buena ó mala fé (que acerca de eso hay mucho que pensar y decir) tomaron la defensa de los catalanes contra las depredaciones de los tercios de Castilla.

La guerra fué generalizándose en todo el Principado, y durante el largo período de doce años, se trabaron en él frecuentes luchas, sangrientos combates y repetidos asaltos á diferentes poblaciones, acentuándose cada día más el odio profundísimo que Francia profesaba á la casa de Austria. Bien pronto pudo verse en todo ese juego político la maquiavélica mano del cardenal de Richelieu, consejero y valido del rey de Francia, quien no tanto se había propuesto la defensa de los catalanes, como la satisfacción de su ambiciosa rivalidad contra la dinastía entonces reinante en España; y esto, al par que llegó á quebrantar un tanto el ánimo de los hijos de Cataluña, fué el primer elemento de salvación de la causa de Castilla en estas tierras. Muerto Richelieu en 1643, tuvo un digno sucesor en el cardenal Julio Mazarino, y éste continuó la obra de su antecesor, llevando su ambición á tal extremo, que los ca-

talanes acabaron por ver claro el juego de los enemigos solapados de España, y antes que seguir siendo auxiliares de la ambición francesa, prefirieron inclinarse á la obediencia y sumisión á su natural soberano, que por otra parte no cesaba de dirigirles y reiterarles promesas de clemencia y protección, á que por fin se acogieron.

Entre tanto, las tropas castellanas iban empujando hácia la frontera á los ejércitos franceses y reduciendo los pueblos del Principado al dominio de Felipe IV, que casi habían logrado sacudir por completo; pero Francia no quiso darse por vencida; y sus tropas, á las que se agregaron algunos catalanes vulgarmente llamados migueletes, acaudillados por José Margarit, entraron de nuevo por el Ampurdán en 19 de Junio de 1653, y comenzaron á reconquistar algunos puntos de donde habían sido desalojados, decidiéndose por fin á caer sobre la ciudad de Gerona, con objeto de apoderarse de ella. Este nuevo movimiento de franceses y la campaña con él emprendida, acabaron de desprestigiarlos á los ojos de los catalanes, porque, si los tercios castellanos habían cometido crímenes y profanaciones al principio de la guerra y durante ella, no fueron menores los desmanes que perpetraron los franceses en esta nueva invasión. Por esto Gerona, amenazada, trató de defenderse, y

lo hizo con la entereza y el heroísmo de siempre.

En 12 de Julio los franceses se presentaron ante la ciudad, bloqueáronla estrechamente y siguieron sus operaciones hasta el 27 en que se unieron á las tropas sitiadoras, mandadas por el marqués de Plesis-Balliere, las del mariscal d'Hocquincourt que acababan de llegar seguidas de los migueletes de Margarit, y comenzaron el asalto de la plaza, que se defendió bizarramente. Los sitiadores formalizaron repetidas veces ataques hábilmente combinados; batieron á vivo fuego, durante muchos días, los principales reductos, y lograron abrir algunas brechas; mas, al entrar por ellas, fueron siempre rechazados con grandes pérdidas y dejaron gran número de cadáveres al pié de las murallas.

Los horrores del sitio se prolongaron por espacio de dos meses, sin que los gerundenses desmayaran en su heroica defensa, ni aún ante la horrible perspectiva del hambre que ya les amenazaba de cerca; y, por fin, el mariscal d'Hocquincourt, considerando que la falta de víveres y municiones tendría ya quebrantado el ánimo de los sitiados y que le resultaría cosa fácil el apoderarse de la ciudad, se dispuso á un ataque que le pareció decisivo y dió á sus tropas orden de avanzar hácia las murallas por distintos puntos; pero se encontró con un espectáculo que jamás

hubiera soñado. Los habitantes de Gerona, que, como dice muy bien un autor moderno, ne conocían el temor ni desconfiaban de la diyina Providencia, acudieron en masa al patrocinio de San Narciso é imploraron pública y privadamente su protección con ayunos y solemnes rogativas; y el ejército sitiador pudo ver como la imágen del santo Martír era llevada procesionalmente en triunfo por las mismas murallas, al són de fervientes cánticos y entusiastas loores. Este inesperado y piadoso alarde del valor y tranquilidad de la ciudad oprimida, llenó de ira á los franceses, y estos, sin ningún género de miramientos, se atrevieron á romper el fuego sobre la devota comitiva; mas, pagaron cara su irreverente osadía. En vano se esforzaron combinando nuevos ataques y dando asaltos mejor dirigidos: viéronse siempre vergonzosamente rechazados; y, entre tanto, fué levantándose en su campo una peste tan maligna, que en pocos dias diezmó terriblemente sus ejércitos, presentándose al fin una nube de extraños moscardones que atacó fieramente á los caballos, obligándoles á huir azorados y arrojarse á las aguas del Ter. Ante tan inaudita confusión, cundió el desaliento en los reales del francés, y Hocquincourt se vió precisado á levantar el sitio en 24 de Septiembre (1).

(1) Esta segunda aparición de las vengadoras moscas se halla confirmada en diversos autores, siendo uno de los testi-

San Narciso había librado una vez más á Gerona de los horrores de una guerra feroz y despiadada.

Y en posteriores épocas y distintas ocasiones, ¡cuántas y cuántas veces han experimentado los hijos de Gerona y los moradores de su Obispado repetidos y señaladísimos favores de la poderosa intercesión de su excelso tutelar! En el apuro de sangrientas turbulencias, en el azote de contagiosas enfermedades, en el estrago de pertinaces sequías en el peligro de horrorosas tormentas y terribles inundaciones, en todo genero de luctuosas calamidades públicas y particulares, háse recurrido siempre al valioso favor de nuestro excelso Mártir, y todos somos testigos ya por experiencia propia, ya por fidedignas noticias recibidas de nuestros mayores, de incesables muestras de protección y amparo del glorioso Santo hácia sus hijos y devotos compatriotas (1).

monios más fehacientes una escritura ó, mejor dicho, acta notarial que trae el P. Roig y Jalpi en el cap. 17, part. I de su *Resumen Historial*, pág. 90, traducida del catalán, y que puede verse abajo en el Apéndice, núm. 5. Son también curiosos é importantes los otros documentos continuados en el Apéndice bajo núm. 6.

(1) Nadie ignora que la profunda fé y piadoso buen sentido de nuestros heróicos antepasados atribuyeron siempre á la valiosa intercesión de San Narciso la salvación de Gerona y el brillantísimo papel que desempeñó esta inmortal ciudad en la verdadera epopeya de la Independencia, á principios del pasado siglo, y por ello los prohombres de la misma ciudad,

Demás de esto, conviene fijarse muy mucho en otro testimonio poderosísimo del valioso patrocinio de nuestro Santo, y es el sello de autoridad puesto por la Iglesia á la ardiente devoción con que siempre le han invocado y honrado no sólo la ciudad de Gerona, sino además todo el Principado catalán y muchos otros países, muy especialmente los de aquella parte de Alemania que, como hemos visto, tuvieron la dicha de oír su predicación y obtener por él el inapreciable don de la fé cristiana. La Iglesia ha confirmado y como refrendado la verdad de esos motivos del culto y veneración á San Narciso, declarándole definitivamente patrono de la ciudad de Gerona y su obispado, después de tener reconocido y aprobado desde remotos siglos el rezo canónico de su fiesta, que el papa Inocencio XI, á instancia del rey Carlos II, hizo extensivo á todos los reinos de España, habiendo posteriormente determinado un Concilio tarraconense que se guardase como señalada fiesta el día 29 de Octubre, para perpétua memoria de la continua protección del Santo, en todo el Principado de Cataluña. ®

en nombre y representación del pueblo geronés, tuvieron el feliz acuerdo de nombrar á San Narciso generalísimo de los ejércitos del Principado, título que fué luego confirmado por la Junta Suprema de defensa en documento que obra en el Archivo de la Corona de Aragón y puede verse en el Apéndice, donde lo trascribimos por entero, bajo núm. 7.

He aquí, pues, el fruto práctico que de estas consideraciones quisiéramos reportar en cuantos tengan paciencia para recorrer las páginas de este desaliñado trabajo: la devoción á San Narciso. Acerca de este punto nos permitiremos dirigir al benévolo lector una observación importantísima, con que daremos fin á este capítulo, último de la presente reseña histórica.

El que visite la espléndida capilla que cobija el riquísimo sepulcro del santo Patrono de Gerona y se fije en la hermosa pintura con que el hábil artista D. Francisco Tramullés decoró la bóveda del camarín, no podrá menos que admirar á un tiempo la feliz idea del pintor y la luminosa y consoladora enseñanza que de ella se desprende. En efecto: ocurriósele representar un cielo como en compendio, al que preside la majestad de Dios uno y trino, rodeada de deslumbrante auréola de gloria, y en torno de aquel abreviado empero y como en éxtasis eterno, las severas figuras de patriarcas, profetas y santos del antiguo y del nuevo Testamento, entre coros de ángeles, arcángeles y serafines, y al pié del trono en que se sienta el Señor de cielo y tierra, la imagen de nuestro excelso Patrono, postrado en ademán de dirigir al Eterno continua oración por sus queridos hijos los que peregrinamos en este valle de miserias. ¡Inspirada representación! ¡sublime y halagüeña idea!

Es doctrina de fé católica que los bienaventurados, hechos semejantes á Dios en la gloria y posesión de la felicidad eterna, ven á Dios cara á cara, *facie ad faciem*, como dice el apóstol San Pablo (1), y venle además en su incomprensible sér y esencia, *sicuti est*, como enseña el apóstol San Juan (2); de donde coligen los teólogos que, por virtud de esa especie de conocimiento intuitivo que designan con el nombre de visión beatífica, los santos ven en la esencia divina todas las cosas, haciéndoseles, por consiguiente, patentes nuestras necesidades, oyendo nuestros ruegos y teniendo perfecto conocimiento de los honores que les tributamos y del afecto y devoción que hácia ellos sentimos. Por esto ha dicho un ilustre comentarista del catecismo de la doctrina cristiana, glosando unas palabras del gran padre San Agustin, que los bienaventurados en el cielo tienen cuanto quieren, que son omnipotentes en el cumplimiento de su voluntad, como Dios lo es en la ejecución de la suya, no absolutamente, pero sí entendiéndolo bajo el supuesto de su conformidad y unión con la voluntad divina, que les hace querer lo mismo que Dios quiere (3). Y, como es igualmente dogma de fé que

(1) I Corint., cap. XIII, v. 12.

(2) I Epist., cap. III, v. 2.

(3) *Beatus habet, quidquid vult... Omnipotentes erunt suæ voluntatis, ut Deus suæ.* (Lib. Manual., cap. 3.)

existe entre los que peregrinamos en la tierra y los moradores del cielo, entre la Iglesia militante y la triunfante, la invisible correspondencia que en el *Credo* confesamos bajo el gráfico enunciado de "comuni6n de los santos", y supuesto el grandísimo valor que, según testimonio del ap6stol Santiago el Menor, tiene la asidua oraci6n de los justos (1), ya no podemos menos que reconocer y convenernos de la verdad y oportunidad con que nuestra santa madre la Iglesia nos enseña y ordena que acudamos á la intercesi6n de los santos, que les invoquemos y veneremos sus reliquias é imágenes, á fin de que ellos, que en el cielo tienen ya la posesi6n de Dios, con sus poderosas oraciones obtengan de él los beneficios que nos sean convenientes, por mediaci6n de su divino Hijo nuestro Señor Jesucristo, á quien únicamente hemos de reconocer por nuestro salvador y redentor (2).

Haciendo, pues, aplicaci6n de esta saludable y hermosa doctrina al pasado y al presente, ya no puede cabernos la menor duda de los inapreciables beneficios y señaladísimos favores que nuestros antepasados han reconocido deber al valioso patrocinio de San Narciso, y por fuerza vémonos obligados á reconocer que anduvieron acertadísimos al

(1) Epist. Cat6l., cap. V, v. 16.

(2) Conc. Trident., sess. XXV.

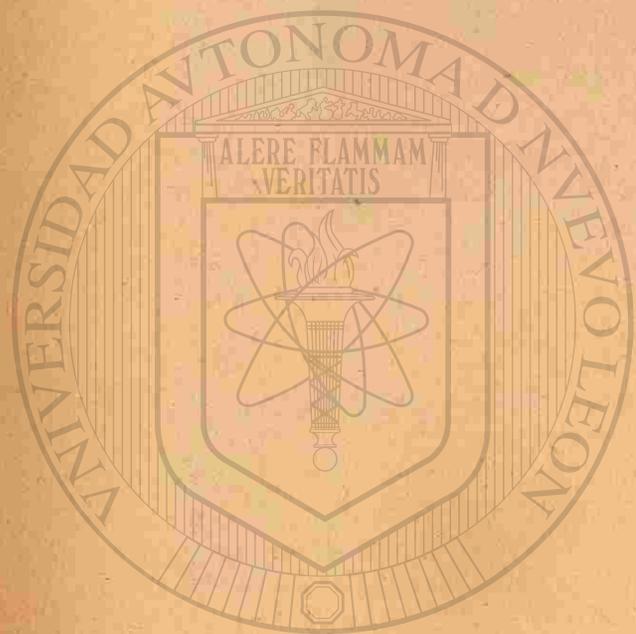
tributarle el loor y veneraci6n que atestigua la historia de nuestra patria. Y debemos, por lo mismo, estimularnos en lo sucesivo á continuar animados de ese mismo espíritu de afecto y devoci6n á un Santo que tanto puede para con Dios en nuestro favor, si se atiende á la verdadera maravilla con que el Señor ha querido distinguirle, conservando entre nosotros en admirable entereza é incorruptibilidad su sagrado cuerpo, como prenda y seña segura de su altísima y poderosa intercesi6n.

Estas consideraciones han de inducirnos á profesar á nuestro Patrono una devoci6n sincera y profundísima, á conocer y propagar la noticia de sus virtudes y celo apost6lico por la gloria de Dios y salvaci6n de las almas, á imitarle y hacernos como él dignos de la gloria de que goza en la patria celestial.

Quiera el Señor que esta devoci6n nos merezca tener á San Narciso por maestro y protector en esta vida miserable, y nos sirva de eficaz auxilio para lograr un día la eterna felicidad.

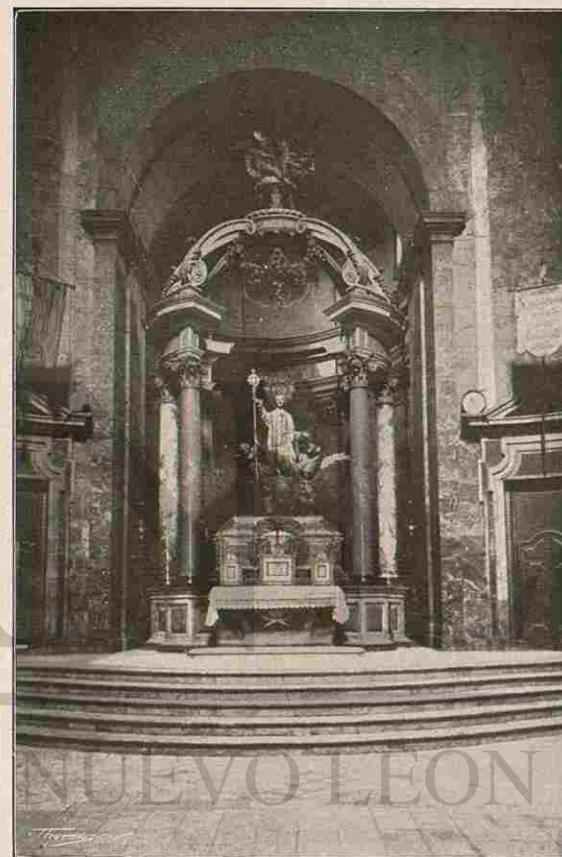
Así sea.



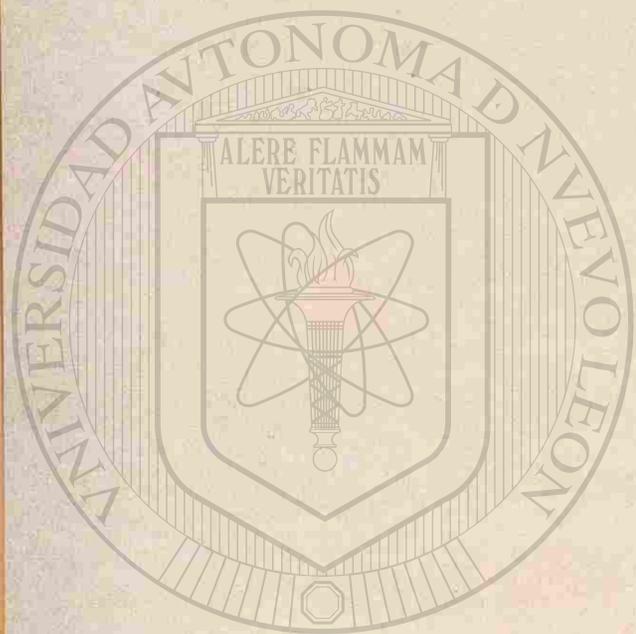


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALTAR DE SAN NARCISO
EN LA EX-COLEGIATA DE SAN FÉLIX DE GERONA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONCLUSIÓN

La Capilla de San Narciso

La piedad de los gerundenses y la ardiente devoción que siempre han profesado á su Patrono no se sentían satisfechas con la muestra de afecto que se le había tributado, ofreciéndole un sepulcro en que el arte cristiano lució sus mejores galas, como es el que todavía se conserva en el altar dedicado á Santa Afra en la iglesia de San Félix; y creyóse necesario levantar en honor del santo Mártir un monumento que atestiguase ante los siglos el profundo amor de Gerona á su excelso tutelar. El Ilmo. y Rvmo. Señor Don Tomas de Lorenzana y de Butrón, dignísimo obispo de la propia ciudad, haciéndose intérprete de las levantadas aspiraciones de sus diocesanos, promovió y tuvo la dicha de llevar á término la construcción de la magnífi-

ca capilla de San Narciso, cuya primera piedra puso el día 14 de Abril de 1782.

Está edificada en el lado Norte de la referida iglesia de San Félix, y basta entrar en ella y fijar la atención en su majestuosa amplitud y en los ricos detalles de su construcción sólida y acabada, para convencerse de que una idea grande é inspirada debió presidir á la dirección de tan importante obra. Las corporaciones todas eclesiásticas y civiles cooperaron á la realización de aquel acertado proyecto, y los particulares contribuyeron también con valiosos donativos, y no pocos de ellos con su trabajo material. Hasta la naturaleza misma parece que, por especial providencia de Dios, hubo de ayudar á los artífices, proporcionándoles á mano materiales cuya adquisición hubiera exigido dispendios quizá imposibles, si hubiesen tenido que buscarse fuera de este país; porque es de notar que los variados mármoles y jaspes que revisten toda la construcción por su parte interior, proceden de canteras abiertas en la vecina montaña de San Miguel.

El estilo arquitectónico de esta hermosa capilla pertenece al orden compuesto, á tenor del gusto dominante en aquella época; y su planta afecta el trazado de tres desiguales elipses unidas entre sí. La primera, que es la mayor, constituye el área de la capilla propiamente dicha; la segunda, que es más es-

trecha y muy prolongada por ambos ejes, lo que podríamos llamar presbiterio; y la tercera, algo más reducida y casi circular, cae á la parte posterior del altar, formando el camarín, desde el cual puede verse el santo cuerpo en el sepulcro, y al que dan acceso dos puertas, á uno y otro lado del altar.

Las bóvedas de los tres indicados cuerpos de edificio descansan en toda su extensión sobre los robustos muros y sólidas pilastras que los circuyen, revestido todo, hasta la altura de la cornisa, de jaspe de diferentes colores y mezclas elegantemente combinados, ostentando dichas bóvedas riquísimas pinturas al fresco, debidas al hábil artista D. Francisco Tramulles, de las cuales son particularmente notables la del cuerpo que forma presbiterio, en que se representa el martirio de San Narciso, y la del camarín, que, como queda dicho en otro lugar, ofrece una bella alegoría del cielo, donde se ve representado al Santo en constante oración ante el trono del Altísimo. El total de la obra mide 35 metros de longitud por otros tantos de altura y unos 15 de anchura en el centro de la capilla y en la extensión del presbiterio.

Debajo de un maciso y elevado arco abierto entre el presbiterio y el camarín, está colocado el altar sobre el cual descansa el sepulcro, teniendo dos mesas para la celebración del santo sacrificio de la Misa, una en la

parte anterior y otra en la posterior del propio altar. El sepulcro es de mármol y tiene una hermosa cubierta de plata, estilo del renacimiento, primorosamente labrada y cincelada, obra del aventajado platero don José Puig, cuyo taller existe todavía en esta ciudad de Gerona, y ofrenda del Ayuntamiento de la propia ciudad, como así lo expresan dos inscripciones grabadas en la misma cubierta, una en el tímpano circular con que termina el cuerpo central, donde campea el escudo de la ciudad, y dice así:

PATRONO · SUO ·
PRAESENTISSIMO
SENATUS · GERUNDENSIS ·
XX KAL. APRI. AN. MDCCC.

y la otra en el borde inferior, en que se lee:

JOSEPHUS PUIG = GERUNDENSIS FECIT.

Al rededor del sepulcro se elevan sobre sus correspondientes pedestales seis esbeltas columnas de jaspe, tres á cada lado, con bases y capiteles de bronce, sobre las cuales se apoya un cornisamento semicircular, del que arrancan otras tantas cercas con volutas, reunidas formando cúpula, y sobre ella se ostenta como bello remate un grupo de angelitos sosteniendo palmas y coronas, sobre un zócalo que á la vez sirve de clave á

la cúpula, y del cual penden sueltas y ligeras guirnaldas, completándose así la riqueza ornamental que ofrece tan vistosa obra. Sobre el sepulcro se halla colocada la hermosa estatua que representa á San Narciso revestido de pontifical, arrodillado en una graciosa nube en que se apoyan á los piés del Santo dos ángeles, uno de los cuales sostiene el báculo pastoral, y el otro la mitra y la palma.

El santo cuerpo yace en el sepulcro, y puede verse por la parte del camarín á través de los cristales con que está guardado, cerrándose éstos con puertas recubiertas por ambas caras con lámina de plata cincelada.

La solemne traslación del cuerpo de San Narciso á este nuevo sepulcro se verificó en la tarde del día 2 de Septiembre de 1792, presidiendo el acto el Ilmo. y Rvmo. Señor Obispo Don Tomás de Lorenzana, con asistencia del Cabildo Catedral y del Cabildo y clero de la entonces Colegiata de San Félix, del Gobernador de la ciudad y de los obremos y pabordes de la misma secular iglesia. El santo cuerpo fué llevado por señores capitulares de ambas iglesias, entre la apiñada multitud que llenaba el espacioso templo, terminando el acto á las 6 con el canto del *Te Deum*, que con toda solemnidad entonó el ilustrísimo Prelado. Luego de colocado el santo en el sepulcro, se levantó el acta nota-

rial de rúbrica, con objeto de acreditar la identidad de tan preciada reliquia.

Desde entonces, ha venido siempre procurándose la conservación y el esplendor de tan notable monumento; y, á pesar de que las interminables depredaciones realizadas bajo el especioso equívoco de desamortización por los malos gobiernos españoles, han dejado en nuestros días á la Administración de la hermosa Capilla casi sin recursos para sostener las dos pobres lámparas que arden ante el sepulcro, esto no obsta para que la piedad de los fieles que supo promover y costear la erección de tan vasta fábrica, se esfuerce ahora en contribuir á que las fiestas y solemnidades de nuestro Santo sigan celebrándose con el lucimiento y ostentación que su elevado objeto requiere y que exige el decoro mismo de nuestra culta ciudad. Así son de ver la espléndida iluminación de la Capilla en las solemnes fiestas del Santo y la grandísima concurrencia de fieles que, de un modo particular en la fiesta principal, llena materialmente su espacioso ámbito á todas horas, siendo innumerables los visitantes que en tales días se acercan reverentes al sepulcro de San Narciso, para contemplar el permanente prodigio de aquel santo cadáver conservado en admirable integridad por espacio ya muy cerca de mil seiscientos años.

Data ya de algunos siglos la costumbre de distribuir entre los visitantes que lo deseen pedacitos de algodón en rama que á este objeto se tiene depositado en el interior del sepulcro, en contacto con la herida que todavía se descubre en la pierna, junto á la parte superior del tobillo. Los devotos recogen con gran reverencia ese algodón y lo conservan para aplicarlo á los enfermos de cualquier grave dolencia, siendo muchísimos los casos que se registran de prodigiosas curaciones obtenidas por intercesión del Santo. El P. Relles, en el capítulo XIX del libro segundo de su *Historia Apologética*, tratando de esta piadosa costumbre, asegura que en su tiempo (siglo XVII) se observaba ya como proveniente de tiempo inmemorial; y refiere un caso que parece haber dado origen á otra piadosa costumbre que todavía se guarda en nuestros días. Cuenta que, en el año 1644, un niño de tres años de edad llamado Cristóbal Serralta, natural de Gerona y que después fué canónigo de la Colegiata de San Félix, estaba sufriendo una gravísima hernia que amenazaba poner en serio peligro su vida; y viendo sus padres que habían perdido inútilmente mucho tiempo y dinero buscando remedio á tan peligrosa dolencia, resolvieron acudir á la poderosa intercesión de San Narciso, y tomando un poco del expresado algodón que se extrae

del sepulcro, lo mojaron con aceite de las lámparas que ardían ante el altar del Santo, é invocándole con gran fervor y confianza, lo aplicaron al enfermo y dieron con él nueve vueltas al rededor del altar, como se hace todavía en semejantes lances, y al concluir la última vuelta, el niño quedaba milagrosamente curado, con admiración y vivo reconocimiento de aquellos fervorosos devotos de San Narciso. Esa práctica de las nueve vueltas sigue observándose todavía, como queda indicado, pero con una circunstancia que no menciona al P. Relles, quizá por haberse introducido con posterioridad á la época en que él escribía su referida historia, y es la de llevar los que la verifican una vela encendida que van cambiando y sustituyendo por otra que nuevamente encienden en cada vuelta, al pasar delante del sepulcro, que está abierto durante el acto.

También hace mención el citado escritor de otra costumbre, que igualmente anota el P. Roig y Jalpí en el capítulo XXI de la primera parte de su *Resumen Historial* y que ha caído en desuso de poco tiempo acá, y es la de que en el día de la fiesta principal de San Narciso (29 de Octubre) se colocaba en varias partes del sepulcro y altar del Santo gran número de manzanas pequeñas, coloradas y muy sabrosas, conocidas por *pomas de Sant Narcís*, y pasada la octava de dicha

fiesta, se distribuían entre los devotos, que luego las guardaban con gran cuidado para darlas á comer á enfermos, que repetidas veces, por ese medio y la fervorosa oración dirigida á Dios, han obtenido completa y rápida curación de su dolencia. Los mismos escritores notan la costumbre, arraigada ya en su tiempo, de arrojar algunas de estas manzanas al rio Onyar en las terribles inundaciones con que las extraordinarias avenidas del mismo ponen á veces en serio peligro á los habitantes de muchos puntos de la ciudad de Gerona, quienes han debido atribuir en no pocas ocasiones á la poderosa intercesión del Santo el pronto descenso de las aguas ó, cuando menos, la detención de su amenazadora crecida y la consiguiente desaparición del peligro de lamentables desgracias. Esa costumbre ha desaparecido hace pocos años, por haberse enajenado en calidad de bienes del Estado la última de las fincas que figuraban entre las rentas de la Administración de la Capilla de San Narciso y en la que se cosechaban las referidas manzanas.

Guárdase además otra costumbre que da mucho realce á la fiesta principal de San Narciso, y es la de bajar en corporación el clero catedral á celebrar el solemne oficio en la iglesia de San Félix el día 29 de Octubre, á cuya solemnidad concurre además todos los años también en corporación el cabil-

do municipal ó Ayuntamiento de la ciudad. Igualmente acuden ambos cabildos á visitar solemnemente el sepulcro de San Narciso el día de Viernes Santo, después de concluidos los divinos oficios de la mañana en la Iglesia Catedral, distribuyéndose entre los fieles, después de la visita, unas tablitas de cera encarnadas, que tienen grabados diferentes trofeos ó instrumentos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

El solemne novenario con que se obsequia todos los años á San Narciso en la misma iglesia de San Félix, desde el viernes anterior á la semana de Pasión hasta el sábado ó vigilia del Domingo de Ramos, comenzó á celebrarse en el año 1702, como actos de públicas rogativas para implorar el favor del cielo, por la poderosa mediación del Santo, con ocasión de presentarse con espantosa frecuencia entre los moradores de Gerona y su comarca muchísimos casos de muerte repentina, á consecuencia de rudos ataques de apoplejía que sembraron el pánico en la ciudad y sus alrededores, calamidad que decreció visiblemente y llegó á cesar casi por completo, á medida que el novenario tocó á su término; en vista de lo cual y como debida muestra de agradecimiento por tan señalada protección del excelso Mártir, se estableció la celebración anual de tan devotos y lucidos ejercicios.

Por tantas y tan repetidas manifestaciones del amor y protección de nuestro excelso Patrón hácia sus hijos, han venido estos fomentando siempre su culto y devoción, y en cada circunstancia que ha marcado un punto notable en la bella historia de tantos y tan señalados favores, ha querido el pueblo geronés depositar á los piés del Santo un nuevo testimonio de su profunda gratitud. Formaríase una lista interminable si se intentase anotar uno por uno los objetos de valor, como vasos y ornamentos sagrados, lámparas, ciriales ó candeleros, imágenes de plata y otros ricos presentes, ofrenda algunos de ellos de reyes, prelados y otros ilustres personajes, que en tiempos mejores han enriquecido la Capilla y Sacristía de San Narciso y de que hoy no existe casi nada, después de tantos trastornos y vicisitudes que han affligido á nuestra patria, y sobre todo después de haber sido víctimas las principales iglesias de Gerona de la rapacidad de los franceses durante la guerra de la Independencia. Pero, si hemos de lamentar la pérdida de tan valiosas joyas, podemos en cambio admirar todavía en el recinto de la Capilla, además del inapreciable tesoro de nuestra antigua fé y devoción, otros preciados recuerdos de nuestras virtudes cívicas y religiosas. Todavía se hallan expuestos en la misma, como gloriosos trofeos, varios objetos arrancados

al ejército sitiador en las memorables jornadas de 1808 y 1809, algunas banderas que guiaban en el combate á nuestros heroicos padres en aquella gloriosa lucha, y otros estandartes que los católicos hemos tremolado en recientes é inolvidables peregrinaciones, como solemne testimonio de adhesión á las salvadoras doctrinas de la Iglesia de Jesucristo.

No hemos de concluir sin dedicar algunas líneas á otro notable particular que guarda íntima relación con lo que acabamos de reseñar á propósito de la Capilla de San Narciso. En el centro de la misma y adosado al muro de la izquierda existe el magnífico panteón de mármol en que yacen los restos mortales del insigne Gobernador de Gerona Don Mariano Alvarez de Castro, el militar pundonoso y esforzado, cuyo imperecedero nombre irá siempre unido al de la invicta ciudad que hubo de compartir con él los azares de la gloriosa lucha y la brillante página que ocupa en los anales de nuestra bendita tierra. Después del valioso auxilio que los gerundenses debieron á su excelso Patrono en el patriótico esfuerzo en pró de la independencia nacional, no han podido menos que reconocerse deudores de eterno agradecimiento al ilustre general, devotísimo por cierto de San Narciso, que les guió en la heroica porfía con que lograron ajar los laureles, hasta

entonces inmarcesibles, con que se engalanaba el orgulloso *Capitan del siglo*. Por esto era natural y debido que las cenizas del intrépido guerrero permaneciesen constantemente junto al sepulcro del Mártir aclamado generalísimo de los ejércitos nacionales.

Como último documento que revela la grandísima importancia que desde remotos siglos ha reconocido la Iglesia á la devoción y culto de nuestro Patrono, terminaremos esta reseña con una breve noticia de dos hechos que ponen de manifiesto la verdad de lo que acabamos de indicar. El primero es la institución de la *Cofradía de San Narciso* en Gerona, iniciada ya en el siglo XIII, poco después del célebre suceso de las moscas y sin duda á consecuencia de la profunda impresión que en todas partes hizo tan notable prodigio. Si se examinan con atención los antecedentes que de dicha cofradía se guardan en el Archivo de San Félix, descúbrese claramente la importancia de esa institución, que fué tomando cuerpo y creciendo durante varios siglos: en 21 Abril de 1307 se escribieron sus primeras Ordenaciones, que sucesivamente fueron reformándose y ampliándose en siglos posteriores, siempre con conocimiento y aprobación de la Santa Sede, siendo varios los Papas que la favorecieron con copiosas gracias é indulgencias, como así consta en particular de las bulas *Romanorum Ponti-*

fex de Gregorio XIII, su data en Túscolo á 13 de Septiembre de 1580, y *Gregis dominici curæ nostræ* de Clemente VIII, expedida en Roma á 9 de Noviembre de 1599. El otro hecho con que se manifiesta el prestigio y fama de la excelencia de nuestro Patrono, es el de haberse concedido para su fiesta oficio propio, con rito doble de primera clase y con octava, cuando la Santidad del papa Pio V había prohibido el uso de los breviarios particulares de las iglesias catedrales, con objeto de que se conformasen todas con el rezo de la universal Iglesia Romana; distinción que se solicitó del papa Gregorio XV en el año 1621, en que presidía la Silla episcopal de Gerona el Ilmo. Sr. Don Pedro de Moncada, y se obtuvo por decreto de la sagrada Congregación de Ritos, con aprobación de Su Santidad, á 28 de Abril de 1628, siendo obispo de Gerona el Ilmo. García Gil de Manrique.

Todas estas noticias y relevantes testimonios de la verdadera distinción con que la Iglesia ha honrado á nuestro patrono, han de servir de poderoso estímulo á los hijos de la inmortal Gerona para seguir constantes en la tradicional devoción de nuestros religiosos antepasados á tan generoso protector. Y ya que podemos legítimamente gloriarnos con la posesión del rico tesoro de su santo cuerpo y apreciar en él una segura prenda de nuevos é inapreciables favores del cielo, con-

viene y es razón que nos esforcemos en acrecentar siempre su culto y promover su fama y esplendor, dando así á las generaciones futuras elocuente prueba de que hemos sabido guardar la fé y piedad heredadas de nuestros mayores y transmitir las á la posteridad, como continuadores de la brillante cadena en que vienen engarzados nuestros mas ilustres blasones y nuestras más preciadas glorias.



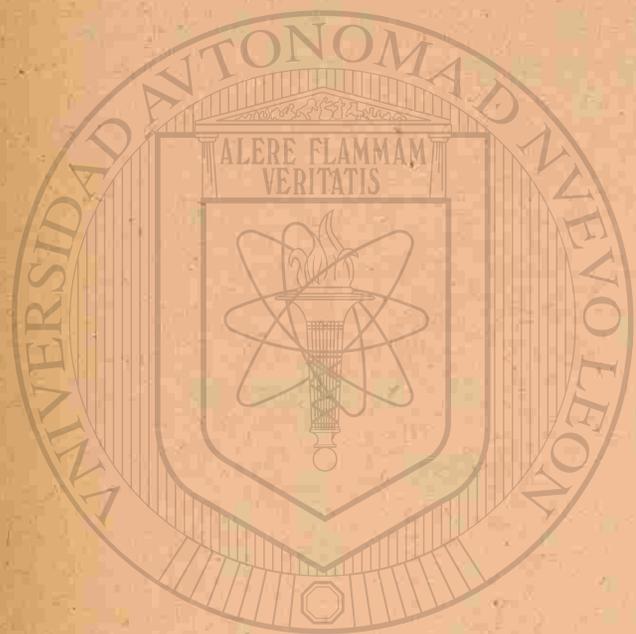
UANL

APÉNDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



APÉNDICE

Reunimos aquí, por vía de apéndice, algunos curiosos documentos de que se ha hecho mención en varios lugares del presente opúsculo y vienen en confirmación de muchos conceptos en el mismo sentados, y algunos otros que, por su especial importancia, creemos que recibirá con gusto el curioso lector.

NUMERO 1

Carta del Obispo Berenguer Wifredo

Al amadísimo Padre y Señor Sighardo, Abad, y á toda la Congregación de San Udalrico y Santa Afra mártir, el Obispo Berenguer de la Santa Iglesia Catedral de Gerona, en unión con todo el Clero y pueblo fiel, desea toda suerte de bienes en Cristo.

Carísimos: El venerando afecto de vuestra fraternidad conocerá que Nos hemos visto á vuestro enviado y leído con el debido respeto las letras que habeis mandado, y que, vencidos por vuestra grandísima devoción, no hemos podido menos que acceder gustosísimos á vuestro ruego, á pesar de que nos pedís lo que, después de Dios, más queremos. Tanta es la entereza de caridad que Jesucristo nos recomienda, que hemos de considerar verdadero crimen el negar á quien nos lo pide aquello que con mayor anhelo hemos querido guardar para nosotros. Por tanto, carísimos hermanos, observando en este punto las leyes de la caridad y haciendo de ello legítimo alarde, si está bien decirlo, os enviamos rico presente de los santos tesoros de nuestra salud, á saber: de los huesos y carne y tierra empapada con sangre y algo de los vestidos de nuestro santísimo doctor Félix, mártir de Cristo, esto es, de aquel á quien veneramos como apóstol y profeta; no de aquel otro Félix conocido como diácono del santo obispo Narciso, puesto que éste yace honrosamente sepultado en la ciudad de París, á donde lo trasladó el piadosísimo Carlos rey de los Francos. Así mismo os mandamos algo del vestido y estola con que está cubierto en el sepulcro nuestro gloriosísimo padre y obispo San Narciso, mártir de Cristo. Pero de su santo cuerpo nada podemos enviaros, porque hasta hoy está, por la gracia de Dios, tan entero é incorrupto como en el día en que su alma voló de este siglo miserable á la paz eterna del Señor. También os enviamos huesos de la cabeza y manos del esclarecido mártir San Román, compañero del referido mártir gerundense y doctor español San Félix. Y á fin de que nadie pueda equivocarse, hemos señalado con sus correspondientes rótulos las cajitas en que van colocadas las santas reliquias, para que puedan distinguirse de una manera indubitable unas de otras.

Alegraos pues, carísimos, en el Señor, y regocijaos por haber obtenido como preciosa dádiva las reliquias de tres Santos tan esclarecidos, en nombre y como símbolo de la Santísima Trinidad; y con humilde respeto os rogamos que conserveis estos ricos presentes confiados á vuestra fé, si no con mayor esplendidez, por lo menos con no menor reverencia de la que nosotros les guardamos; de suerte que, con el favor de aquellos cuyas reliquias depositamos como preciosísimo don en vuestras manos, podais disfrutar de santa paz y tranquilidad en la presente vida y conseguir el eterno descanso de la futura bienaventuranza.

Os enviamos noticia del martirio de San Félix, en la que notamos el día de su muerte, que es á primero de Agosto. De los hechos de Santa Afra no tenemos más noticia que la que teneis vosotros. Y de San Narciso os decimos lo único que sabemos; puesto que el libro de su martirio y el día cierto de su muerte, con la irrupción de los paganos que han devastado nuestras iglesias y despoblado nuestros lugares, los hemos perdido sin esperanza de recobrarlos. No obstante, celebramos anualmente con gran solemnidad la fiesta de su muerte el día cuarto de las kalendas de Noviembre, y la de su traslación el día quinto de las kalendas de Octubre.

Dios os guarde, y rogad por nosotros al Padre Todopoderoso.

Las santas reliquias fueron llevadas á Augusta en el año de Cristo MLXXXVII, el día doce de las kalendas de Agosto.

La anterior carta está tomada y traducida libremente de la que trae en latín Marco Velsero, quién afirma que la sacó de un códice de los archivos ecle-

siásticos de Augusta. Los continuadores de los anales del P. Juan Bolando la insertan en el artículo y nota puestos al día 18 de Marzo, donde tratan de San Narciso. También la pone el P. Domenech en su historia de los Santos de Cataluña, pero equivoca el día del martirio, poniendo el XI de las kalendas de Noviembre, que corresponde al 22 de Octubre, en vez del IV, que corresponde al 29, como está en los dos autores primeramente citados. Pujades incurrió en el mismo error, y se lo rectifican cumplidamente los escritores D. Francisco de Cartellá, el P. Relles y el Dr. Dorca, en las obras ya citadas en el texto.

NUMERO 2

Sermón del Obispo Oliva

Regocijémonos, carísimos hermanos, en el presente día, por habernos traído otra vez la vuelta del año á la fiesta del preclaro confesor y mártir de Cristo San Narciso; porque en tal día como hoy, el justo plantado en la casa del Señor como palma que dió en las alturas tempranas flores, pudo ofrecer sus frutos en el palacio del Rey eterno. En tal día como hoy, el esforzado campeón fué introducido en el celeste alcázar y presentado al Sumo Emperador, coronado de gloria, cubierto con la nítida vestidura que tantas veces había lavado en la sangre del Cordero, adornado con la diadema sacerdotal y bañado con el rosáceo color de su propia sangre derramada. En tal día como hoy, entró en la mansión senatorial y mereció ocupar en ella el lugar debido á sus merecimientos, después de recibido el abrazo de Cristo, verdadero Rey.

Alégrese, por tanto, los justos en el Señor, ya que á los buenos es debida la alabanza; y den al justo enhorabuena porque ha merecido engrandecerse con el fruto de sus buenas obras.

Y tú, dichosa Gerona, goza y regocíjate por haber logrado un don tan particular, que no han podido obtenerlo tal ninguna otra ciudad de estas tierras ni otro lugar alguno. Porque, por disposición divina, el Africa te envió al santo doctor Félix henchido del ardor de la fé cristiana, que con su doctrina implan-

tó en Barcelona la fé y el culto de Jesucristo; con su predicación libró á Empurias del error idolátrico y abrió á los ignorantes el camino de la verdad; y por fin, desempeñando aquí el oficio de apóstol, logró la palma del martirio y durmióse en tu seno con gloriosa muerte. A tí, oh Gerona, el verdadero Oriente y Sol de justicia te envió también á Narciso, flor celestial, lucero y heraldo de su llegada, que, ilustrando á diversas provincias y conduciendo á saludable penitencia á muchas almas seducidas por infernal engaño, mientras te ilustraba con su predicación y te favorecía con santas oraciones, recibió aquí el martirio con otros compañeros, cuyo triunfo queda escrito en el libro de la vida, permaneciendo no obstante en tí como perpétuo defensor.

Mas, oh bienaverado Narciso, flor del cielo y rico perfume de Cristo, permanente en todo lugar, ¿con qué loas te ensalzaremos, ó qué admiraremos antes en tí, la fé ó las virtudes? Pues, la fé; ya que sin ella, que te sirvió de protector escudo, té cubrió como robusta armadura y te defendió con la espada espiritual de la divina palabra, nadie puede ser grato á los ojos de Dios. Y por lo que toca á las muchísimas virtudes con que te enriqueció la divina gracia, vamos á enumerar algunas, para llenar el objeto de nuestro discurso.

Tu santidad, oh Narciso, no há menester justificativo de cuánto hiciste y de lo que enseñaste en la ciudad de Augusta al tiempo que estuviste en ella; puesto que aquella dichosa población, plenamente amaestrada por tu enseñanza y defendida por tus santas oraciones, ostenta todavía los sacerdotes y mártires con que la enriqueciste. Allí, unas torpes mujeres entregadas á la lujuria y á toda suerte de inmundos devaneos, dándote hospitalidad, siendo por largo espacio testigos de tu piedad santísima y viéndote brillar sobre tí el resplandor de la luz sobrenatu-

ral con que el cielo te distinguía, merecieron por tí la dicha de convertirse en fieles adoradoras de nuestro Señor Jesucristo. Porque tú las arrancaste de las fauces del antiguo dragón, y purificadas de las feas manchas de su alma y cuerpo, las consagraste al Criador, introduciéndolas en la congregación de los mártires, fortalecidas con tu santa predicación y coronadas con la diadema de su triunfo; y lleno de la virtud de Jesucristo, obligaste discretísimamente al mismo dragón enemigo del linaje humano á que diese muerte al dragón su amigo, só pena de ser precipitado con él á lo profundo de los abismos; y al propio tiempo, tu dulce oración, purificando las aguas de los Alpes Julios que le dañoso enemigo emponzoñaba, para que los habitantes de aquellas montañas no pudiesen servirse de ellas, las hizo provechosas para el uso de aquellos afligidos pueblos. Así es, venerable padre San Narciso, como te asistía siempre la gracia de Jesucristo, cómo te iluminaba de continuo con sus inapreciables resplandores, cómo te rodeaba de su alta protección, para que de tí pudiese con razón decirse lo que está escrito en el Salmo: que el hijo de Dios sostenía tu diestra con su mano, guiaba tu voluntad y te recibía coronado con el martirio, trasportándote al eterno alcázar y dándote asiento en él, entre los magnates de la corte celestial.

Por tanto, hermanos amadísimos, ya que luce para nosotros el solemne día dedicado al excelso confesor de Jesucristo, á nuestro apóstol y mártir, tributemos por ello gracias y alabanza al omnipotente Criador; y encomendándonos á las oraciones de ese fragante Narciso, que es flor del cielo, esforcémonos por amar lo que él amó, creer lo que predicó é imitar sus obras y virtudes.

Alégrense, pues, el Obispo y el clero, y con ellos regocíjese todo el pueblo; porque, así como Roma, que es cabeza y espejo de todo el orbe, mereció te-

ner á Pedro como primer apóstol y príncipe de su salvación, así Gerona ha logrado la dicha de tener el patrocinio de la celeste flor Narciso. El presente día debe emplearse por entero en tributar alabanzas á Jesucristo y dedicarse al culto divino. Cese toda contienda, ya que celebramos la fiesta del que predicó la paz: absténganse todos de comilonas y embriagueces, porque el Santo cuya memoria honramos, prohibió siempre á los cristianos tales excesos. Y así, amados míos, á la manera con que él fué imitador de Cristo, sedlo vosotros de él, atemperándoos á la doctrina del apóstol San Pablo. Si alguno siente en su corazón una chispa de la gracia que el Señor le concede, acójase á la oración del egregio Mártir, para que lo que está firme en santidad y justicia no caiga en lo sucesivo. Mas, si alguno (no lo permita Dios), oprimido por la enormidad de sus pecados, se siente arrastrado al abismo de la desesperación, procure imitar el arrepentimiento de Afra y sus compañeras, y vea como unas pecadoras, instruídas por San Narciso y salvadas por Jesucristo, pudieron con la divina gracia obtener frutos de perfecta justificación. Nuestro Santo, que cual otro Eliseo, por medio de su oración convirtió en dulzura el amargor de las aguas, podrá igualmente con su oración librarnos de la amargura de nuestras culpas y obtener para nosotros el perdón y la gracia de Jesucristo.

En estas circunstancias, amadísimos hermanos, y con motivo de la solemnidad del presente día, procurad reprimir la conducta de los sacrílegos y pérfidos judíos, á fin de que, mal de su grado, aprendan á respetar la fiesta del santo Mártir, á quien jamás quisieron amar y en quien tampoco quieren creer.

Y tú, santísimo Narciso, flor del empíreo, dignate aceptar nuestras humildes alabanzas; y pues te hallas ya gozando de la eterna felicidad en la posesión del Señor, muéstrate clemente y solícito en procu-

rarnos alivio del terrible peso de nuestras miserias, á fin de que, cuantos nos regocijamos por tu presente festividad, merezcamos ser eternamente partícipes de tus merecimientos. Concédanos esta gracia el mismo Señor que, para honra y gloria de su nombre, te glorificó con inmarcesible corona y te constituyó mediador para nuestro bien presente y felicidad eterna, Jesucristo Dios y Señor, á quien con el Padre y el Espíritu Santo se debe toda alabanza y acción de gracias, potestad, virtud y bendición, por los siglos de los siglos. Así sea.

El anterior sermón está traducido del que se halla continuado en latín y bajo número V en el apéndice de instrumentos, al fin de la citada obra del doctor Dorca, donde dice que está sacado de la copia auténtica que obra en el archivo de la S. I. Catedral de Gerona, firmada por Pedro obispo Adramitteno, sufragáneo y Vicario general de Augusta, y seguida del refrendo de un escribano, con fecha 10 de Febrero de 1625. El P. Relles lo trae también en su *Vida apologetica de San Narciso* (Lib. 2, cap XXI), sacado de un antiguo libro de coro de la Colegiata de San Félix, que debería ser algún leccionario, porque el sermón tiene intercalado en distintos pasajes el texto de las Actas de la conversión de Santa Afra, sin duda con objeto de formar las lecciones del rezo para la festividad del Santo y siguientes días de la octava.

A pesar de que en ninguna de dichas copias consta la época en que el obispo Oliva pronunció dicho sermón, resulta claramente de su contexto que fué el mismo día de la fiesta de San Narciso; y esto debió ser hácia el fin del primer tercio del siglo XI ó poco después, porque aquel ilustre Prelado de la ciudad de Vich, según los datos históricos que hemos podi-

do recoger, estuvo en Gerona dos veces, por lo menos: la primera á mediados de Octubre del año 1022, á su regreso del monasterio de San Pedro de Roda, á donde había ido por encargo y en representación del Obispo de Gerona D. Pedro Roger en la consagración de la iglesia de aquel cenobio; y la segunda, en Septiembre del año 1038, en que asistió á la consagración de la iglesia Catedral de Gerona, celebrada el día 21 de aquel mes, según Baluzio en el apéndice de la *Marca Hispanica* (col. 1065). Y como el mencionado obispo Roger, hijo del Conde de Carcasona y hermano de la condesa de Barcelona Ermesindis, era también pariente del Ilmo. Sr. Oliva, parece muy natural que éste, pasando algún tiempo en su compañía, se encontrase en Gerona el día 29 de Octubre, fiesta de San Narciso, y tal vez por invitación del Cabildo ó del mismo Prelado, predicase en aquella festividad.

NÚMERO 3

Lápida monitoria

En conmemoración del terrible sitio que puso á la ciudad de Gerona el rey de Francia Felipe el Atrevido en 1285, y como provechosa admonición para las generaciones futuras, se colocó, según se cree por mandato del rey de Aragón Don Pedro III, una lápida junto á la antigua puerta del Call de dicha ciudad, con la siguiente inscripción:

ANNO : DOMINI : M : CC : LXXX : V :: VI :
KALENDAS : IULII : PHELIP : REY : DEFRANÇA
: ABLOPODER : SEU : EDELESGLEYA : CETIA :
GERONA : ECOMBATELA : FORT : MENT : AES-
CUT : EALANÇA : EABGINS : EABCIVES : ENO-
LAPOCAVER : PERFORÇA : MESPERFAM : ACSE :
APLEDEYAR : NONAS : SEPTEMBRIS : DAQUEL :
AYN : ETENGUERENLA : FRANCOSOS : L : IO-
RORNS : EPERFAM : PERDERENLA : ECOM : GE-
RONA : SIAESPROVADA : PERVERTADERA :
FORÇA : GUARTSEHOM : DEAQVIIVANT : QUE :
NOSPERDA : PER : FAM : LOQUAL : REY : DE-
FRANÇA : ABSONPODER : FOGITAT : EEXIVEN-
SUT : DECATALUNYA : LODIA : DESENMICHEL :
DELSOBREDIT : AYN :

Vertida esta inscripción al castellano, es como sigue:

“En el año del Señor 1285, al sexto día de las Kalendaras de Julio, Felipe rey de Francia, con su poder y el de la Iglesia, sitió á Gerona y combatióla reciamente á escudo y á lanza, con ingenios y con minas, y no pudo tomarla por la fuerza, mas por hambre hubo de capitular en las Nonas de Septiembre de aquel año, y tuviéronla los franceses 50 días y la perdieron por hambre; y como Gerona sea probada por verdadera fortaleza, guárdese cualquiera de aquí en adelante que no se pierda por hambre. El cual rey de Francia fué arrojado con su poder y salió vencido de Cataluña el día de San Miguel del sobredicho año.”

La calle del Call es la que hoy se llama de la Forsa. La puerta por la cual se entraba en ella estaba junto á la subida llamada antes calle de las Donas y actualmente de Cervantes, entre un extremo de la antigua muralla y una macisa torre, cuyo derribo, empezado en el año 1856, recordamos perfectamente.

La referida lápida se conserva en el Museo provincial de Gerona, instalado en el claustro del ex-monasterio de San Pedro de Galligans.

NUMERO 4

Curioso autógrafo

En el archivo de la iglesia de San Félix se guarda un interesante documento que viene en confirmación de la verdad del suceso referido en el capítulo XII, pág. 130 del presente opúsculo, y revela claramente que la cúpula ó aguja central de la torre ó campanario de aquel insigne templo quedó, al fin de su construcción, terminada en punta, como era regular atendido el hermoso estilo ojival de aquella soberbia obra; puesto que, si hoy vemos á la referida pirámide truncada á poco más de la mitad de su altura, es debido á la circunstancia en el texto consignada de haber un rayo desmochado la cúspide de tan atrevida construcción. Un canónigo de aquella ilustre Colegiata tuvo la curiosidad de escribir pocos días despues del siniestro una memoria que tenemos á la vista, y dice así:

Memoria del encuentre del campanar de sanct feliu

Als 9 de Jener 1581.—Als tres quarts de vna hora passada mitga nit feri lo lamp en lo campanar de st. feliu dels canonges de la qual ferida sen derrocha tot lo cap de ditt campanar que tenie de

Alt in circha de quatre canes de Alt y en derrocha y rompe totes las taulades delas tres voltes de ditta yglesia y forada en algunes parts las voltes de ditta isglesia y en derrocha moltes cases al rededor de la yglesia y fouch miracle molt gran com no mata moltissima gent ino mata sino dos dones que estauen ab vna casa dell metge escura la huna sediu mado hieronima ribotta viuda y laltra sediu mado Anthonia muller de vn texidor de li y las trobaren mortes y abrasades la huna ab laltra, y de dit encontre mori poch apres vn criat dell doctor carreres y lidona la casa desobre: y de dit en contre mori m. dallmau requesens beneficiat de st. feliu, y en la casa hont jo estaua q. es dell benefici de st. steue de s. feliu medona dos sostres de munt q. estaua en lo lit y desobre mi trobaren tres quentons q. pesaue cade hu mes de sis quintas i tot desobre dell lit inom feren mall nigu a mapersona fonch cosa miraculosa y p. so jon fas la pnt. memoria als. 12. mars. 1581

Ha est petrus sans canonicus ac vic. p.^o qui manupropia.

Los libros parroquiales del mismo archivo, llamados de óbitos, correspondientes á la fecha de aquel triste suceso, confirman la verdad de lo consignado en el precedente autógrafo, pues en ellos aparecen continuadas las partidas de defunción de las personas nombradas en la memoria, como hemos tenido ocasión y curiosidad de verlo, con objeto de adquirir un dato más relativo al mismo acontecimiento.

La hermosa y atrevida torre de las campanas de San Félix fué construída bajo la dirección del inspirado arquitecto Pedro Çacoma, según contrata del Cabildo de la Colegiata otorgada en escritura pública ante el notario de Gerona D. Raimundo de Epi-

dio en 5 de Septiembre de 1368. Para levantarla, fué necesario comprar algunas casas que estaban al pié de la iglesia y fueron luego derribadas, comenzándose después la obra, cuya primera piedra puso el Obispo de Gerona D. Beltrán de Monrodó por los años de 1374. Estando ya muy adelantada la construcción tuvieron que abandonarse los trabajos para atender á la fortificación de la iglesia, por mandato del gobernador de la ciudad Lefimber de Foyneilar. En 1385 debió suspenderse otra vez la obra, á consecuencia de haber los franceses intentado poner sitio á Gerona y haberse tenido que convertir el templo en castillo ó fuerte de defensa, construyéndose provisionalmente en lo alto del campanario almenas y aspilleras. Por fin, después de tantos contratiempos y vicisitudes, terminóse la obra el año 1392.

Acta notarial levantada con fecha 27 de Septiembre de 1653 por el escribano público de la villa de San Feliu de Guixols D. Jacinto Solivera, referente á la segunda aparición de las moscas de San Narciso.

Universis, et singulis attestor, et fidem facio ego Hiacyntus Solivera auctoritate Regia, et Admodum R. Domini Abbatis Monasterij S. Felicis Guixolensis Ordinis S. Benedicti, Notarius publicus substitutus in Notaria publica dictae Villae, á Domina Eulalia Axada vidua relicta magnifici Michaelis Axada quondam, Notarij publici Barcinon. domini utilis, et proprietarij eiusdem, ut hypothecaria eius vita naturali durante, quod penes me fuit receptum instrumentum infrascriptum tenoris huiusmodi: Die vigesima septima mensis Septembris, anno á Nativitate Domini millesimo sexcentesimo quinquagesimo tertio in Villa S. Felicis Guixolensis actum. Los magnificos Luis Laporta, Gobernador de infantería Francesa en la presente Villa de San Feliu de Guixols alojada, Juan de Fages y Abel de la Bella-Vila, Capitanes de infantería francesa, y Gisperto Osedrac, Teniente y Ayudante mayor, constituídos personalmente dentro de la casa del magnifico Antonio Axada, Ciudadano honrado de Barcelona y de Gerona, en la villa de San Feliu habitante, en la plaza pública de dicha Villa situada, y

á presencia de mí dicho Jacinto Solivera Notario suscrito, á instancia del Ilustre Señor Doctor José Durán, Ciudadano honrado de Gerona, Jurado en el presente año de dicha Ciudad de Gerona, aquí presente y personalmente asistiendo, mediante juramento por ellos y por cualquiera de ellos, en mano de mí dicho Solivera Notario, á Dios Nuestro Señor y á sus cuatro Santos Evangelios extrajudicialmente prestado, han dicho, referido y concordes denunciado, que estando ellos juntos en Santa Eugenia Sobrehorta de Gerona, donde el Rey de Francia ó sus ministros tenían puesto sitio contra dicha Ciudad de Gerona, se echaron contra dicho sitio gran multitud de moscas verdes y azules, extraordinarias, y que ellos dichos Gobernador, Capitanes y Teniente, ni en Francia, ni en otra parte han visto tal manera de moscas, las cuales mataron más de dos mil caballos franceses de dicho sitio, los cuales caballos, al picarles dichas moscas, tornaban rabiosos y morían rabiando. Y á dicho Capitán Juan de Fages le mataron cuatro caballos, y á dicho Teniente mayor dos, en tanto que han acabado dichas moscas con los Caballos de dicho sitio, y Ejército francés. Más, dicho Gobernador Luis Laporta, mediante dicho juramento, á presencia del Señor don Gerónimo Campero, Capitan de caballería, que es el que ha rendido la plaza de dichos Franceses en dicha presente Villa y con los testigos abajo escritos, ha dicho, y referido, que estando él y el señor Barón de Alés en dicho sitio, oyó decir á dicho señor Barón de Alés, que en otra ocasión los Franceses pusieron sitio contra dicha Ciudad de Gerona para tomarla, y que dichas moscas, por medio de un Santo que está en dicha ciudad de Gerona, mataron asimismo gran número de caballos franceses de dicho sitio. De todo lo cual doy fé yo dicho Solivera Notario, presentes por testigos Mosen Juan Costurer, Andrés Ramon mercader, y Juan Pellicer negociante,

todos de dicha Villa de San Feliu de Guixols, á la otorgación del presente acto llamados.—*In quorum omnium, et singulorum manu propria fideliter scriptorum fidei, ego Hyacinthus Solivera Notarius memoratus, hic me subscribo, et meum solitum artis Notariae appono Sig. ✠ num.*

El P. Roig y Jalpi, de cuyo *Resumen Historial* está tomada la precedente escritura, que dice está traducida palabra por palabra del original escrito en idioma catalán, añade á continuación que, durante aquel grave conflicto, el M. I. Cabildo de la Santa Iglesia gerundense celebraba solemnes rogativas, cantando misa solemne que se celebraba en el altar de San Narciso y á la que asistía la Ciudad "en forma Consular", el miércoles de cada semana; y que luego Gerona fué socorrida y el enemigo derrotado por el Serenísimo Señor don Juan de Austria, lo que obligó á Mr. d' Hocquincourt á levantar el sitio y retirarse roto y descalabrado, como en el texto queda dicho.

NUMERO 6

Otros documentos

Todavía podemos dar noticia de otros curiosos documentos referentes á otras apariciones de moscas de San Narciso, cuya adquisición debemos á la deferente amabilidad del actual señor Cura-párroco de la ex-colegiata de San Félix, Rdo. D. Juan Fuster, bajo cuyos auspicios é ilustrada cooperación se publica el presente libro.

Sabido es que Gerona hubo de sufrir tres diferentes sitios durante la invasión francesa que afligió á estas comarcas, casi sin interrupción, en los siglos XVII y XVIII; el primero por los meses de Mayo y Junio del año 1675, el segundo en igual época del año 1684, y el tercero en los meses de Diciembre de 1710 y Enero de 1711; en todos los cuales pudieron notarse señales manifiestas del poderoso patrocinio de San Narciso para con los gerundenses. Acerca de estos acontecimientos se encuentran curiosas notas en un libro manuscrito de acuerdos ó resoluciones del Cabildo de la Colegiata de San Félix, perfectamente conservado en el archivo de su iglesia y titulado *Llibre de Secretariat del molt. Rnt. Capítol de la Insigne y Secular Collegiada de St. Feliu de Gerona*, del cual tomamos algunos interesantes párrafos.

Del primero de dichos sitios dice en resumen la

historia, que el mariscal Schomberg entró por la Cerdaña y se apoderó de Figueras; que quiso seguir adelante y sitió á Gerona, apoderándose en breve de Monjuí; y que, fuese que tuviera aviso de su rey (Luis XIV), ó que viera imposible la toma de la ciudad, levantó inopinadamente el sitio (1). Y en dicho manuscrito, á continuación de dos notas referentes á las rogativas que se hicieron por causa de la guerra y á una solemne procesión que se celebró el 15 de Mayo, saliendo de la Catedral y siguiendo el curso de las procesiones generales, pero con la particularidad de atravesar por el puente de San Francisco é ir á visitar la iglesia del Mercadal, aparece estampada en el fól. 71 esta otra:

“Die 28 May 1675.—Es de notar per curiositat =
“Dit dia essentse avansat molt lo Enemich fins arri-
“bar al fortí del Puig de Baruffa, y havent peleat los
“nostres á be qe poch, viceren lo Contrari ab mort
“de huna part y altre, essent mayor la dels Contraris;
“entre los Principals moriren fonch D. Francisco
“Pignatello sargento mayor de la Cavalleria, y al-
“guns xambergos als quals sels feu grans honras,
“assistint lo Sr. Bisbe al enterro y cantant les absol-
“tes á Pignatello en les Capuchines, y als xamber-
“gos en St. Feliu de sinch que sen trobaven morts...
“havent lo Enemich que fonch als 29 al mitg dia des-
“emparat y alsat lo siti pretenia posar á la ocasió
“se pensave procuraria algun assalt; y per dita cau-
“sa los Paysans haver posat lo bo y millor en les
“Iglesies, se rebé nova que marxave ab tota pressa
“prenent la retirada, espargint veu que havien vist
“hun Cavaller ab un Cavall blanch quels amenassave,
“que judicaren esser nostre Patró Bisbe y martir St.

(1) Blanch é Illa, *Gerona histórico-monumental*, pági-
na 48.

“Narcís, y era tanta la mala intenció del Enemich,
“que lo General mossur Xamberch havie donat set
“hores de temps á son exercit pera robar y saquejar
“á sa libera voluntad, pero nostre Senyor hó guiá al-
“tremet.”

El segundo de dichos sitios dió ocasión á Gerona para consignar en sus anales una de las páginas más gloriosas. El mariscal de Bellfonds la cercó estrechamente, arrojó sobre ella una verdadera lluvia de fuego y metralla y dirigió á sus defensores terribles amenazas; y si bien llegó á apoderarse de parte del barrio del Mercadal, hubo de batirse por las calles con un pueblo denodado que le obligó á retirar vengonzosamente. Acerca de este glorioso hecho de armas consignó el Rdo. Secretario del Cabildo de San Félix, D. Francisco Rius y Roselló, extensas noticias en el referido libro, del cual, fol. 146, tomamos los siguientes párrafos:

“Als 24. dit (Mayo de 1684) á les nou hores de la
“nit, havent embiat demanar lo general de la Ar-
“mada lo mariscal de Bellfont les claus, amenas-
“sant de passar á fil de espasa los habitants de set
“anys en amunt, en particular als Ecclesiástichs á
“primo ad ultimum, per haver pres les Armes contra
“dell, y donar sacco per dos dies á la Ciutat, li fonch
“respost del Governador D. Carlos Sueré Alemany,
“qe ere escusat demanarles, suposat la porta esta-
“va oberta per medi de la Bretxa havian feta entre
“les dos torres, que están passat los Corral de la
“Ciutat, y que si volía la faría més ample pera qe en-
“trás ab més Comoditat. Vist no podía arribar á sa in-
“tenció; maná acometessen dita Bretxa, y fonch ab
“tanta furia, qe per sinch differents vegades la embes-
“tiren, pero mediant lo auxili de Deu y intercessió
“del gloriós Sant Narcís sempre foren superats dels

“nostres, ab una pelea tant continuada de una part y
“altra q^e durá més de quatre hores ab mols tirs de
“Artillería mosecatería, magranes de foch, y olles de
“terra, que parexia un judici final. Estant en dit temps
“lo Sagrament (q^e sia Alabat pera Sempre) patent
“en la Cathedral, nostra Iglesia y demás de Ciutat y
“tocant axí mateix á rebato, y al Arma les Campa-
“nas delles tant q^e durá dita pelea, quedant los nos-
“tres vencedors á Deu gracias. Aprés que fonch lo
“Xoco.

“A la matnada baxá lo Sr. Bisbe D, Thomás Se-
“vero Auther á cantar lo Te Deum laudamus ab al-
“guns Capitulars de la Cathedral y nostres devant lo
“Altar del gloriós Sant Narcís, y acabada dita funció,
“passant per devant lo Túmol de dit Sant fonch vista
“una mosca ques passejava sobre lo maniple dins lo
“sepulcre q^e ere senyal del que havia obrat dit Sant
“en nostra defensa, lo q^e causá un gran consuelo á
“tots, del que ne llevá Acte authéntich dit Ill^e Capi-
“tol, y Ciutat q^e aprés vingueren los senyors Jurats
“Dr. Juan Vilar Coronell, Rafel Vidal y Miguel Sala
“y Salgas. Cosa particular que luego foren fetes estes
“diligencies desaparegue dita mosca, no obstant aprés
“sen veren algunas fora del dit St Túmol á la banda
“del Altar. Altres senyals hi hagué per q^e quatre ó
“sinch dies antes de la batalla entre les deu y onse ho-
“res de la nit, y tambe quant se peleaua foren vistos
“per persones dignes de fé, en particular de Ecclesiás-
“tichs q^e estauen de guarda en les Serracines, y á To-
“rre Gironella sobre la teulada de St. Feliu al endret
“ahont está lo Sant Cos de San Narcís, tres llums á
“modo de atxes, los quals al principi eren molt lumi-
“nosos, pero aprés venint casi apagarse, aprés se en-
“cenien molt brillants, fent estes mudanses per gran
“espay de temps, q^e ere señal del bon succés se espe-
“raua del Cel per la intercessió del gloriós Sant, q^e
“lo de la terra segons deyen mols no era bastant á re-

“sistir, per esser los nostres molt menos q^e los del
“Enemich (1).“

Durante el tercero y último de los indicados sitios, sostenido por las tropas francesas al mando del duque de Noailles y que terminó con una honrosa capitulación, aparecieron nuevamente las moscas de San Narciso mientras se estaban celebrando solemnes y públicas rogativas, de todo lo cual aparece consignada extensa nota por el Il^{tre}. D. José Font, Secretario del Cabildo de San Félix, al fol. 380 vuelto y siguientes de dicho libro de Secretaría, del cual tomamos lo siguiente:

“Dia 5 de novembre 1710, =A maior honra y Glo-
“ria de Deu Nre. senyor, y del Gloriós martir, Pa-
“tro y Bisbe de Gerona St. Narcís. Sabrán com lo dia
“sinch del corrent mes de Novembre, dia en que se
“celebraua en esta Iglesia lo Cap de Octaua de la fes-
“ta del Gloriós sant Narcís, estant obert lo sepulcra
“del St. per consolació del pobla, entre las dos y las
“tres de la tarda estant per guarda de dit sepulcra
“los Senyors Canonges de Esta Iglesia Dr. Joan Bta.
“Font y Dr. Joan Bta. Garriga comparegué una mos-
“ca de extrahordinaria postura y Colors molt distinc-
“ta de las ordinarias, y molt semblant á la que se
“dexa veure la nit del Xoco del Any 1684, los quals
“senyors Canonges vista la nouedat, ne donaren part
“á altres Canonges mes ancianos de la Iglesia. Y vist

(1) Estas señales de luces, lo propio que la aparición de las moscas y otros particulares relativos á la protección de San Narciso para con la ciudad de Gerona, constan minuciosamente en el Manual de acuerdos del Jurado, hoy Ayuntamiento, de la misma ciudad, del cual las extracta D. Emilio Grahit y Papell en su folleto titulado *El Sitio de Gerona en 1684*, en sus dos últimas páginas.

“per tots era cosa molt extrahordinaria, y que lo
“sanct per aquest medi de las moscas en diferents
“Occasions se nos es mostrat molt fauorable, luego
“lo Canonge Joseph Font Secretari infrascrit en per-
“sona aná á cercar los Senyors Ramon y Fran.^{co}
“Vila pare, y fill tots Notaris públichs de esta Ciutat,
“los quals posats dinte haont esta lo sepulcre del
“sanct, y ocularment vehent lo portento en presencia
“de tot lo poble y de testimonis calificats, llemaren
“acte de lo que veyan, com mes llargament consta en
“dit acte axí de la postura de la mosca com de sos co-
“lors, sots diada de sinch de Nouembre 1710 en lo Ma-
“nual de dits Notaris á que me remeto, com tambe lo
“que á instancia del Sr. V. Gl. Br. Joseph Gallart,
“lleuá lo Sr. Dr. Nadal notari del Vicariat ques tro-
“bava en lo Vicariat dit dia sinch de Nouembre 1710.
“Esta mosca es dexa veurar en dit sepulera, Y sem-
“pre al rededor de la llaga de la clavilla del sant poch
“mes de tres horas, Y desaparegue sens que may mes
“se es vista.

“Lo dia 6, de dit mes á la matinada comparegué
“en dit sepulera altra mosca distincta de la primera
“que exint de molt prop de la llaga del St. desapare-
“gue luego y axí no foran molts los que la veran com
“la primera.

“Dit dia 6, á la tarda, comparegue en dit sepulera
“del St. altra mosca, en la forma y colors molt dis-
“tincta de las dos primeras la qual se posá sobre lo
“cotó que esta al rededor de la llaga del sant. Y allí
“se queda patentment per que tots los que pasauen á
“adorar lo St. Cos y reliquia de St Narcís la podían
“veurer comodament encareque ab algun trebal per
“lo gran concurs de gent acudia axí per la deuoció
“tenan al Sant com per la nouedad de las moscas
“que han aparegut: Los Ilt.^{es} Señors Jurats desijosos
“de veurer lo portento foren auisats entre las set y
“vuyt horas de la matexa nit del dia sis qui eran los

“Senyors Joseph^h Ginesta, D.ⁿ Joseph de Raset, Roch
“Albreda nott. y Esteua Brossa fuster qui vingueren
“tots menos lo s.^r Ginesta Coronell que se trobaua
“desganat, y los tres vista la mosca, Requiriran al
“s.^r Ramon Vila nott. y secretari de la Ciutat que se
“lleuás acta auctentich. Y luego dit Ramon Vila lleua
“acta, lo qual acte se trobra en lo manual de la Ciu-
“tat sots la matexa diada de 6 de Nouembre 1710.

“Lo dia set de dit mes Y any se obri lo sepulcre
“del sant, Y se troba la mosca en el matex floch
“ahont la hauian dexada la nit antes.”

NUMERO 7

Nombramiento de Generalísimo á favor de San Narciso, confirmado por la Junta Superior de Cataluña, durante la guerra de la Independencia.

Don Próspero de Bofarull y Mascaró, Secretario honorario de S. M. Católica, Individuo correspondiente de la Academia Nacional de la Historia, de número de la de bellas letras de Barcelona, y Archivero mayor del general Archivo de la Corona de Aragón, establecido en la presente Ciudad, etc.

Certifico: Que entre los registros que se custodian en este archivo General de mi cargo, pertenecientes al Gobierno de la Junta Superior y Suprema de Cataluña durante la última invasión francesa, que en virtud de Real orden, se depositaron en el mismo, existe uno en folio con cubiertas de pergamino, titulado, "*Fernando IV (de Aragón)*: Despachos expedidos por la Junta de Cataluña, tomo único" en el que, al folio diez y siete vuelto, se encuentra uno del tenor siguiente:—La Junta Superior de observación y defensa del Principado de Cataluña—POR CUANTO en sesión del día veinte y cinco de este mes, á propuesta de D. Ignacio Andreu y Sans, Diputado de la Corregimental de Gerona, y con intervención de todos los corregimientos de la Provincia, convocados de orden de dicha Junta Superior, para tratar y conferenciar sobre el grande objeto de salvar la

Patria, acordó aprovar el nombramiento de Generalísimo y especial Protector de dicha Ciudad, que en cuatro de Julio del año próximo pasado hicieron los esforzados Gerundenses, del glorioso é invicto Patrón y mártir SAN NARCISO: y cierta que su constante patrocinio para con Dios, ha contribuído á la esclarecida, singular y casi sobrenatural defensa de aquella Plaza, infundiendo á sus defensores un coraje y valor asombroso é indecible, decretó que igualmente lo fuese de toda la Cataluña, para que interponiendo sus méritos, interceda con el Dios de los Ejércitos, á fin de que se digne mantener tan invicta é importante plaza de Gerona, sus inimitables defensores, nuestra Provincia, y á la España entera, librar á todos los españoles de la iniqua dominación del tirano de la Francia, y conceder últimamente una paz gloriosa y duradera: POR TANTO manda expedir este título, por el qual no sólo aprueba y confirma el referido nombramiento hecho por los Ilustres moradores de GERONA, sí que declara al mismo glorioso é invicto mártir SAN NARCISO especialísimo protector de todo este Principado y Generalísimo de él, para que desde su celestial morada, se digne infundir á los generales las ideas, luzes y valor, que aseguren el acierto y la victoria de nuestras armas; y que este título sellado con el sello mayor, y firmado por los señores Presidente y Vocales de la propia Junta Superior, y por los Diputados de los Corregimientos, se ponga respetuosamente en manos del mismo Santo, suplicándole con toda humildad, se digne aceptarlo como un testimonio de la devoción, gratitud y confianza de los Catalanes, registrándose en las actas de la Junta Superior, para que conste en todo tiempo, y se transmita su memoria á la más remota posteridad. DADO en la Ciudad de Manresa á los veinte y siete dias del mes de Noviembre de mil ochocientos y nueve.—Jayme Creus, Presidente de

turno=Joaquín Torres Casana, Vocal=Antonio Varata, Vocal=Ramón Hostalrich, Vocal=Fr. José Domingo Martín, Vocal=Juan Rodó, Vocal=Buenaventura Feliu, Vocal=Ignacio Miguel de Sallés, Vocal=Manuel Torren, Vocal=Ignacio Andreu y Sans, Diputado de Gerona=Ramón Torra, Vocal Diputado de Figueras=Juan Genover, Vocal Diputado de Figueras=Fermín Gigó, Vocal Diputado de Lérida=Pablo de Miguel, Diputado del Valle de Arán=José Vidal=Juan Pablo Ribot, Diputado de Barna.=Manuel Especier, Diputado de Talarñ=Jacinto Costa, Diputado de Vich=Fran.^{co} Ant.^o Aitès=Lorenzo de Lentiscla, Diputado de Mataró=Domingo Cortés=Ramón Domingo, Diputado de Cervera=El Marqués de Capmany, Diputado de Cervera=Juan María de Monserrate Ferret, Diputado del Correg.^{to} de Vilafranca=Jacinto Soler, Diputado de Manresa=José Suñer y San Salvador, Diputado del Correg.^{to} de Barna.=Ignacio Solá y de Areny, Comisionado del Correg.^{to} de Puigcerdá=Jaime Barnola de Caors, Dueño Jurisdiccional de la Baronía de Lles, Comisionado de Puigcerdá=El Barón de Cañellas, Comisionado de Villafranca del Panadés=José Roset, Diputado de Tortosa=Por ausencia del Secretario=Felipe Arier de Esteve, Vocal=Lugar del Sello=QUEDA registrado en los folios diez y seis y diez y siete del libro de títulos y despachos de la Secretaría de guerra de esta Junta Superior, de mi cargo. Manresa á veinte y ocho de Noviem^e de mil ochocientos nueve=Ramón Banquells de Aixelá, Secretario.=Concuerda con su original de que certificado=Banquells.

Todo lo que concuerda literalmente con el citado registro y folio á que me refirió; Y para que conste y obre los efectos convenientes, doy la presente certificación en virtud de la real orden de veinte y quatro de Noviem^e de mil ochocientos diez y siete, á so-

licitud de M. I. S. Marqués de Capmany, escrita de mano ajena en un pliego y medio de papel de sello cuarto, firmada y rubricada de la mía y sellada con el sello mayor de las armas de este archivo. Barcelona y Octubre once de mil ochocientos veinte=Próspero de Bofarull=Lugar del Sello.

La anterior certificación, que debe obrar original en el archivo del Exmo. Ayuntamiento de Gerona, fué entregada al mismo el día 16 de Octubre de 1820 por el Sr. Marqués de Capmany, quien manifestó que se la había procurado por constarle que no existía en los archivos del Común de Gerona el documento original, el cual "había caído en manos del enemigo", como así se afirma en la copia certificada por el Secretario de dicho Ayuntamiento D. Juan Perez Claras, remitida al M. I. Abad y Cabildo de la Colegiata de San Félix. que obra en el archivo de la propia iglesia, donde la hemos copiado.

NUMERO 8

Gozos de San Narciso

Como último documento en que aparecen consignadas las principales glorias de San Narciso, continuamos aquí dos antiguas letrillas, ordinariamente llamadas *Gozos*, que desde remota época han venido cantándose en la Capilla de nuestro Patrono. La primera está compuesta en idioma catalán, y aunque se ignora su autor, se cree anterior al siglo XVII, puesto que el P. Roig y Jalpi la inserta en su *Resumen Historial*, escrito en dicho siglo, suponiéndola ya en uso desde muchísimo tiempo. La segunda está escrita en castellano y es composición del Dr. D. Ciro Valls y Geli, citado en el prólogo. Publicóse el mismo día en que se hizo la solemne traslación del cuerpo de San Narciso á la nueva capilla, 2 de Septiembre de 1792.

GOIGS DEL GLORIÓS SANT NARCÍS

Narcís sant, de Deu amat,
pregueu á la alta Potencia
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

-- 193 --

Qualsevol mal y perill
lo vostre amor atropella,
per ser de Gerona fill,
patró, bisbe y mártyr d' ella.
Fentvos Sant Feliu costat,
tinga tal correspondencia,
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

En Augusta d' Alemanyá
com apóstol foreu quist,
y prest tornareu á Espanya
á morir per Jesu-Christ.
De la inmensa Trinitat
impetre vostra presencia
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

Molt contrari del dimoni
foreu, y l' acovardareu;
d' açó Afra es testimoni
y molts més que 'n deslliurareu.
Ab llur esquadró format
vingué del Cel assistencia,
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

Mártyr foreu de gran sort,
quan en aquest temple insigne

dient Missa foreu mort
á mans d' infael maligne.
Vostre martyri sagrat
crída en la suprema Audiencia
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

Quan vingueren los Francesos
los dexareu á les fosques,
y en los propis llochs offesos
castigareu ab les mosques;
miracle tan senyalat
sia de tanta excelencia,
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

Vos, que alcançau als febrósos
y al que mal nafrat se veu,
ab vostres prechs amorosos,
salut de la ma de Deu;
feu, pus ell vos ha dotat
de tan alta preeminencia,
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

Coixos, contrets, ab breus dies,
trencats, presos y lesiats
de diverses malalties,
Deu per vos deixa curats.

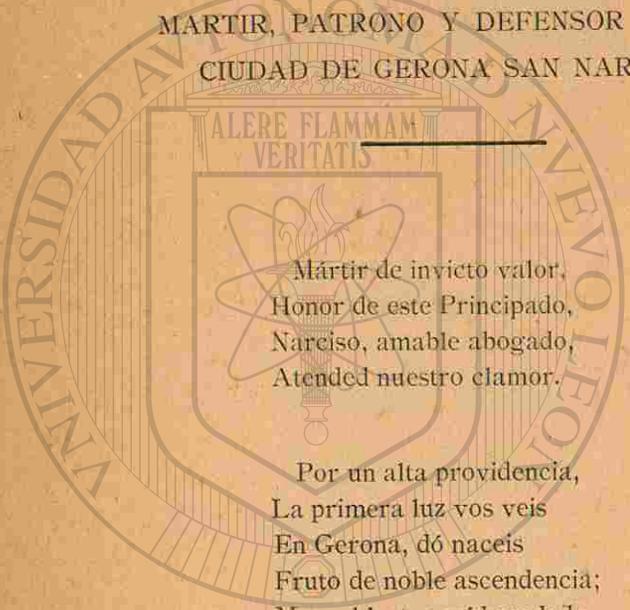
Suplicau al Increat
y á la sua providencia,
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

En senyal de que en la mar
obrau també maravelles,
devant de vostron altar
se mostran unes naus belles.
Usau allí pietat,
mostreu aquí providencia,
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

Pus que gosa y te corona
l' ànima vostra de gloria,
y esta ciutat de Gerona
vostre cos sant en memoria,
recaptaunos advocat
devant la Divina Essencia,
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia,

Pregau al que us ha exalçat
y á la Reyna de clemencia,
que deslliure est Principat
de fam, guerra y pestilencia.

GOZOS DEL GRANDE HIJO, OBISPO,
MARTIR, PATRONO Y DEFENSOR DE LA
CIUDAD DE GERONA SAN NARCISO



Mártir de invicto valor,
Honor de este Principado,
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

Por un alta providencia,
La primera luz vos veis
En Gerona, dó naceis
Fruto de noble ascendencia;
Mas, al lustre así heredado
Dais nobleza superior:
Narciso, amable abogado,
atended nuestro clamor.

Lumbrera la más brillante,
Con venturoso preludio,
La aplicación al estudio
Os anuncia cuando infante!
Serlo habeis manifestado
De celestial resplandor;

Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

Como enviado del Cielo
Augusta idólatra os mira,
Y, por vos, caída admira
La idolatría en el suelo.
Apóstol sois aclamado
Con tan activo fervor;
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

En casa de Afra mostrais
La más rara fortaleza,
Pues triunfais de la impureza
Al punto que en ella entráis;
A tanto candor nevado
Cede tan impuro ardor;
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

La que antes fué pecadora,
Con los suyos penitente,
Confiesa á Cristo obediente,
Y en vos su doctor adora,
Con la luz que allí ha bajado
Conoce y llora su error.
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

Por destino misterioso
El Cielo os vuelve á Gerona,
Y vuelve en vuestra persona
Un obispo el más celoso:
Ella en su Hijo ha logrado
Un Padre y tierno Pastor;
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

Del tirano el artificio
Os proporciona la suerte
De alcanzar gloriosa muerte
Celebrando el Sacrificio.
A un tiempo habeis presentado
Hostia y Ministro al Señor;
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

A Dios Trino honor y gloria
Dais, probando en tres heridas
Que, si tuvierais tres vidas,
Tres dierais en su memoria.
De la sangre lo encarnado
Confirma aun tal valor;
Narciso, amable abogado,
atended nuestro clamor.

Desde el cuarto siglo dura
El cuerpo sin corrupción,

Teniendo tal duración
Quien tuvo un alma tan pura.
Por Dios así conservado
Exhalais divino olor;
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

El Francés irreverente
Saquea el templo en que estais,
Y al sepulcro en que morais
Trata sacrilegamente;
Mas, con moscas vos vengado
Quedais de tanto furor
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

En vuestra patria sitiada
Repetís ese portento,
Para ejemplar escarmiento
De quien la tiene atacada.
Castigo tan señalado
Cuenta Francia con dolor.
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

La peste tira á sembrar
Un extranjero atrevido,
Que por vos queda impedido
Y prohibido de entrar;

Jamás el paso cerrado
El contagio halló mejor.
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

En la total destrucción
Con que fiera tempestad
Amenaza á la ciudad,
Se ve vuestra protección.
Cual Moisés, habeis alzado
Las manos en su favor:
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

Todo fiel, en su dolencia,
Aficción y desconsuelo,
Encuentra pronto consuelo
Si acude á vuestra clemencia;
De cualquier necesitado
Sois seguro bienechor.
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

Gerona, con fé sencilla,
Vuestras finezas publica
Y, agradecida, os dedica
Nueva, suntuosa capilla:
Y pues que ya trasladado
Os mira en ella su amor,

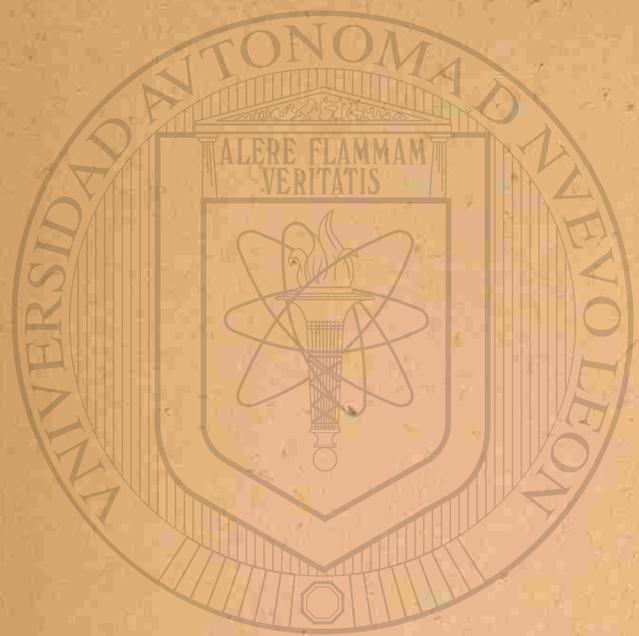
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

Ya que en vos nunca ha faltado
Un singular protector,
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor.

UANL
FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



INDICE

	<u>Páginas</u>
CENSURA.	
LICENCIA.	
PRÓLOGO Y PROTESTA.	I
CAPÍTULO I. Preliminares.. . . .	1
Id. II. Pátria de San Narciso.	11
Id. III. Primera misión de San Narciso.	25
Id. IV. Persecución de Diocleciano	37
Id. V. Misión de San Narciso en Alemania.	47
Id. VI. Prosigue la misma materia.	59
Id. VII. Primeros mártires de Augusta.. . . .	69
Id. VIII. Regreso de San Narciso á Gerona.	77
Id. IX. Martirio de San Narciso.	87
Id. X. Maravillosa integridad del cuerpo de San Narciso.	99
Id. XI. Las moscas de San Narciso.	109
Id. XII. Patrocinio de San Narciso.	127
CONCLUSIÓN.—La Capilla de San Narciso.	145

APÉNDICE

	<u>Páginas</u>
NÚMERO 1. Carta del Obispo Berenguer Wilfredo.	163
Id. 2. Sermón del Obispo Oliva.	167
Id. 3. Lápida monitoria	173
Id. 4. Curioso autógrafo.	175
Id. 5. Acta notarial referente á la segunda aparición de moscas de San Narciso.	178
Id. 6. Otros documentos relativos á lo mismo.	181
Id. 7. Nombramiento de generalísimo á favor de San Narciso.	188
Id. 8. Gozos de San Narciso.	191

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 11 DE OCTUBRE DE 1901
VISPERA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

A. M. D. G.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

